

Prepáralos para elegir carrera

Guía para padres que quieren formar hijos felices y exitosos

Gastón Santos G.

7 de enero de 2026

GASTÓN SANTOS G.

Prepáralos para elegir carrera

Guía para padres que quieren formar hijos felices y exitosos

Primera edición, 2025

Publicación independiente

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo del autor.

© 2026 Gastón Santos G.

Hecho en México

Contacto:

Email: holaprofeg@gmail.com

Teléfono: +52 664 834 1927

Para reportar erratas o sugerencias, por favor contactar al autor.

Agradecimientos

A mi esposa, por ser mi inspiración constante. Por creer en este proyecto cuando era solo una idea, por escuchar pacientemente cada historia que quería contar, y por recordarme siempre por qué vale la pena escribirlo.

A mis padres, maestros de vocación y de vida. Por mostrarme el camino de la docencia con su ejemplo, por nunca rendirse a pesar de las dificultades, y por enseñarme que educar es una de las formas más nobles de servir a los demás.

A cada padre y madre que busca lo mejor para sus hijos. Este libro es para ustedes.

Gastón Santos G.

Prefacio

Hace tiempo entrevisté a una maestra para trabajar conmigo en una empresa donde damos cursos. Después de hablar sobre su experiencia, le hice una pregunta diferente:

“Si tuvieras todo el dinero del mundo y ya hubieras comprado todo lo que quisieras —carros, viajes, casa— y tus necesidades y gustos estuvieran cubiertos, ¿qué harías con tu vida? ¿Qué elegirías hacer si el dinero no fuera una preocupación ni un objetivo?”

Me dijo que haría exactamente lo mismo para lo que estaba a punto de contratarla: enseñar. Le gustaba aprender y le gustaba enseñar. Dijo que seguramente tomaría su tiempo libre para tomar cursos, diplomados, una maestría, prepararse más y luego seguir enseñando frente a un grupo. La contraté de inmediato. Hasta la fecha es una colaboradora excelente, porque no necesito pedirle que haga lo que naturalmente ya quiere hacer. Trabaja extra no porque se lo exija, sino porque lo disfruta. Hace las cosas con excelencia no para cumplir expectativas, sino porque ella busca hacerlo de esa manera. Yo solamente le ofrecí un lugar en donde ella pudiera ser ella misma.

Esa conversación me hizo pensar en cuántas personas viven exactamente lo contrario.

En diciembre del 2025, un grupo de amigos y yo estábamos escribiendo nuestros propósitos de año nuevo. Decidimos preguntarnos qué nos había estorbado para lograr nuestros sueños y metas durante ese año. Todos

contestaron prácticamente lo mismo: su trabajo. Decían que su trabajo era lo que les estorbaba, lo que les quitaba tiempo, energía, lo que no les permitía enfocarse en algo que realmente les interesara.

Yo fui el último en responder. Dije que nada. Se burlaron de mí. Pero era cierto: nada me había estorbado para lograr lo que quería lograr. Tenía muy bien definido qué quería hacer, y a diferencia de ellos, yo amaba mi trabajo. Mi trabajo era parte del plan para lograr mis metas. No era una actividad más, sino algo que intencionalmente quería hacer todos los días.

El contraste me dejó pensando. ¿Por qué para mis amigos el trabajo era un obstáculo y para mí era el vehículo?

Me di cuenta de que hay mucha gente para la que el trabajo es una pausa en su día. El tiempo que le dedican no es suyo, es de alguien más. Como si solo pudieran empezar a disfrutar su vida una vez que llega la hora de la salida. De ocho a cinco es solamente cumplir con expectativas, tareas, no quedar mal, y esperar la salida para por fin poder continuar con sus vidas. Encuentran alivio los viernes y alargan el domingo lo más que se pueda para evitar el tan indeseado lunes.

Mucha gente vive así. Y qué triste es pensar que su energía y creatividad estén enfocadas en un trabajo al que no le encuentran ningún sentido.

Hubo un tiempo yo me sentí así, a inicios de mis veintes. Pero cuando por fin encontré lo que quería para mi vida, donde podía sentirme valioso y usar mis fortalezas, todo cambió. Cada uno de mis empleos tenía un propósito, y lo hacía con muchas ganas y con mucho amor. Recuerdo

que cuando empecé a trabajar como docente me sentía realizado. Sabía lo que estaba buscando, y ese trabajo era parte del proceso.

Cuando una persona hace su trabajo solo porque sabe hacerlo, porque estudió cierta carrera, porque no tiene otra opción o porque no conoce nada más, pero no encuentra un propósito en ella, tarde o temprano se siente vacía. Hacer cosas sin propósito nos deja un vacío por dentro que ningún sueldo o empresa puedes llenar.

Es por eso que decidí escribir este libro.

Gracias a Dios, tuve la oportunidad de tomar riesgos en mis veintes y descubrir lo que realmente me apasionaba. Pero conozco muchos adultos que no están haciendo algo que disfruten, que no encuentran sentido en lo que hacen. He visto a personas cambiar de trabajo creyendo que una mejor empresa, un mejor sueldo o un jefe diferente resolverá su problema, solo para encontrarse a los pocos meses con el mismo vacío que no les asechaba. Porque el problema no estaba en la empresa. Estaba en que nunca encontraron su propósito, no conocen sus fortalezas y se sienten desconectados de lo que hacen.

Para mí, el trabajo es de las mejores cosas que nos pueden suceder como seres humanos. Nos sentimos útiles. Nuestra autoestima sube. Podemos ayudar a otras personas. Transformamos nuestras habilidades en un beneficio económico y social. Pero desgraciadamente, hay mucha gente que ve el trabajo como una condena, un lugar donde renuncian a sí mismos en cierto horario a cambio de una ilusión de seguridad.

La orientación vocacional está muy subestimada. No podemos separar el trabajo de nuestra vida personal. Si nos sentimos mal en lo personal, eso

impacta en nuestro trabajo. Y si nuestro trabajo no tiene sentido, impacta en lo personal. Es imposible separarlos.

En muchas familias hay un dicho de que “en la mesa no se habla de trabajo”. ¿Quién dijo eso? A mí me emociona mi trabajo, me encanta hablar de él, compartir lo que estamos logrando. ¿Por qué privamos a nuestros hijos de hablar de algo que será tan importante en sus vidas? Yo sé por qué: porque la mayoría de las personas, cuando hablan del trabajo, solo se quejan. Pero no tiene que ser así. En mi casa quiero hablar del trabajo para que mis hijos vean lo mucho que se puede ayudar a la gente y lo mucho que se puede lograr a través de él.

El trabajo es una expresión de nosotros mismos. *No somos nuestro trabajo, pero en nuestro trabajo otros pueden ver lo que somos.*

No soy psicólogo ni orientador vocacional de profesión. Soy un maestro de matemáticas que disfruta tanto lo que hace, que ha podido crecer y cosechar frutos de su trabajo, y que intencionalmente ha construido su vida hacia donde sabe que encontrará más plenitud. En ese proceso he aprendido cosas que me gustaría compartir, porque sé que si otros las supieran y se dieran la oportunidad de experimentarlas, podrían sentirse muchísimo más plenos con su vida.

Y si eso es cierto para los adultos, imagina lo que puede significar para un adolescente que todavía tiene tiempo de elegir bien desde el inicio.

Este libro lo escribo para los padres de familia de México y Latinoamérica.

No solo para darles herramientas y conocimiento práctico que ayuden a

la formación de sus hijos, sino también para inspirarlos a buscar plenitud en su propia actividad laboral, a encontrar sentido en su trabajo, a ser valientes para cambiar de rumbo y empezar desde cero si es necesario. Porque podemos decirle muchas cosas a nuestros hijos, pero el ejemplo arrasa. *El ejemplo de buscar nuestros sueños es lo que hará que nuestros hijos quieran buscar los suyos.*

¿Qué encontrarás en este libro?

El libro está organizado en tres partes que siguen un orden lógico: primero los fundamentos, luego las herramientas prácticas, y finalmente el acompañamiento continuo.

Parte I: Lo que todo padre debe saber

En esta primera parte vamos a desmontar algunos mitos que probablemente cargas sin saberlo. Empezamos con una verdad incómoda: *la carrera no define el éxito de tu hijo; la persona que es lo define.* Vas a conocer mi propia historia de cómo pasé de ser un ingeniero frustrado a un maestro realizado, y por qué el lugar donde trabajas importa más de lo que crees.

También vas a aprender los tres principios que, según la investigación, predicen el éxito mejor que cualquier título universitario. Y te daré algunos consejos para descubrir cómo identificar los talentos únicos de tu hijos.

Parte II: De la teoría a la acción

Aquí pasamos de entender a actuar. Vas a aprender por qué “échale ganas” no es un plan, y qué es lo que realmente determina si a tu hijo le irá

bien o no en la vida profesional. Vamos a hablar de cómo funcionan las carreras en el mundo real y cómo conectar las fortalezas de tu hijo con las necesidades del mercado.

También te voy a dar un proceso paso a paso para elegir carrera para que tu hijo no elija desde la fantasía sino desde la evidencia. Y hablaremos un poco sobre los tests vocacionales: qué pueden hacer, qué no pueden hacer, y cómo usarlos correctamente.

Parte III: El acompañamiento

Esta es la parte que muchos libros de orientación vocacional ignoran: qué hacer *después* de que tu hijo elige. Porque las cosas no siempre salen como uno espera.

Vamos a hablar de los escenarios difíciles —cuando quiere dejar la carrera, cuando termina pero ejerce algo diferente, cuando vive insatisfecho con lo que eligió— y cómo manejar cada uno sin destruir la relación ni el futuro de tu hijo. También vamos acerca de tomarse un año libre antes de entrar a la universidad, ya sea voluntaria o involuntariamente, cuándo tiene sentido, cuándo no, y cómo estructurarlo para que sea una inversión de tiempo y no una pérdida.

Cada capítulo termina con un reto práctico. No es un libro para leer y guardar en el librero. Es un libro para leer, reflexionar y actuar.

¿Cómo leer este libro?

Te recomiendo leerlo completo al menos una vez, aunque tu hijo esté en diferentes etapas. Los principios de la Parte I aplican desde la infancia. Las herramientas de la Parte II son más útiles cuando tu hijo está en secunda-

ria o preparatoria. Y la Parte III te prepara para lo que viene después. Si tu hijo está en primaria o secundaria, léelo con calma. Tienes tiempo para ir implementando cada capítulo. Si tu hijo ya está en preparatoria o a punto de elegir, necesitarás tomar acción más rápido —pero aun así no te saltes la Parte I, porque es muy importante.

Mi única petición es esta: no leas pasivamente. Cada vez que algo te haga pensar diferente sobre ti, sobre tu hijo, o sobre la relación entre ustedes, detente. Reflexiona. Y si es necesario, actúa.

Por ejemplo, si después de leer algo entiendes mejor a tu hijo en algo que antes no comprendías, acércate y dile: “Hijo, perdóname, no había entendido esto que me decías. Ahora me gustaría entenderlo, plátícame más”. Esa conversación vale más que cien páginas leídas sin acción.

Tu hijo necesita tu presencia y tus palabras. Aunque lo veas grande, todavía necesita escuchar ciertas cosas de ti, ver ciertos ejemplos, ciertas acciones. Necesita que seas un papá o una mamá valiente.

Tampoco me considero escritor. Me gusta leer y disfruto mucho aprender y ,unque comunicarme por escrito nunca ha sido mi fuerte, las palabras que están plasmadas en este libro sé que tienen el poder de marcar una diferencia en muchas familias. Hay mucho tiempo, intención, experiencia y amor en cada una de estas páginas.

No escribí este libro para darte todas las respuestas. Lo escribí para ayu-

darte a hacer las preguntas correctas.

La decisión final siempre será de tu hijo. Pero la preparación que le des —el carácter que formes, los talentos que descubras, las experiencias que le ofrezcas, el ejemplo que le muestres— eso está en tus manos.

El momento de actuar no es cuando tu hijo llegue a sexto semestre de preparatoria sin saber qué estudiar. El momento de actuar es ahora.

Espero que este libro te dé las herramientas para hacerlo.

Si este libro te es de ayuda, te pido un favor. Pásalo. Recomiéndalo. Compartelo con otros padres que lo necesiten. Porque lo valioso no se esconde, se comparte.

Gastón Santos G.

Tijuana, México

Enero, 2020

Índice general

Agradecimientos	III
Prefacio	v
I Lo que todo padre debe saber	i
1 La persona define el destino, no la carrera	3
El lugar sí importa	3
La ansiedad del sexto semestre	8
La investigación que me abrió los ojos	12
Las preparatorias olvidaron su propósito	15
Los primeros responsables	18
Dos tipos de familias y la carrera	23
El mito de las carreras bien pagadas	26
La vocación no es magia, es proceso	27
Reto del capítulo	29
2 El carácter que garantiza el éxito	31
Más allá de la carrera correcta	31
Los tres principios del éxito	32
La trampa del prestigio	37
Tu trabajo como padre	40
Reto del capítulo	42

3 El talento que nadie nombró	45
Lo que creí defecto era fortaleza	45
De talento a fortaleza	49
Los 34 talentos que tu hijo puede tener	54
La cultura que nutre o que apaga	58
El laboratorio de casa	61
Reto del capítulo	65
II De la teoría a la acción	69
4 El mundo real de las profesiones	71
Conocerse es solo el inicio	72
El secreto para que les vaya bien	74
Valor no es buena intención	76
Por qué existen las carreras	77
El concepto central de la orientación vocacional	78
El contexto importa más de lo que crees	80
La ecuación del valor	83
Servir para servir	84
Donde todo se conecta	88
Reto del capítulo	90
5 El proceso de elegir	93
Por qué elegir carrera es tan difícil	94
Lo nuevo siempre da miedo	97
Tres pasos para elegir bien	99

El default reflexivo	104
Los tests vocacionales	107
Criterios para la decisión final	III
Reto del capítulo	113
III El acompañamiento	117
6 Cuando ya eligió	119
Cuando las cosas no salen como esperabas	120
El año sabático estratégico	134
Tu rol cambia pero no desaparece	141
Tu hijo no es tu proyecto	145
Reto del capítulo	147
7 El mentor permanente	151
El vacío que ninguna carrera llena	152
Dios no compite con la vocación: la ordena	155
El padre como mentor espiritual	158
El verdadero éxito	161
Tu legado real	164
Reto del capítulo	166
Bibliografía	169

Parte I

Lo que todo padre debe saber

Fundamentos, principios y cambio de mentalidad

La persona define el destino, no la carrera

EL LUGAR SÍ IMPORTA

A los 26 años, después de algunos años trabajando como ingeniero industrial, me senté frente a mi madre y le dije algo que sabía que no le iba a gustar mucho escuchar.

“Ma, quiero ser maestro, quiero llegar a ser director y algún día tener mi propia escuela.”

Se quedó callada. Luego me miró con cierta preocupación que solo una madre puede expresar. “Nunca quise eso para ti, hijo”. Yo ya lo sabía. Toda mi vida me había dicho lo mismo. “No seas maestro.”

Ella había pasado décadas dando clases de matemáticas. Era excelente. Sus alumnos la adoraban y sus directores la valoraban muchísimo. Pero ella sabía que, aunque la vida de docente era una vida cómoda, venía acompañada de ciertas limitaciones financieras, no se podía vivir de una forma holgada, con lujos. Ella no quería eso para mí. Quería que yo tuviera más opciones, más oportunidades, más caminos abiertos. Quería que las cosas que fueron difíciles para ella fueran más fáciles para mí.

Yo había hecho exactamente lo que ella me pidió. Estudié Ingeniería Industrial. Busqué trabajo en las maquilas. Perseguí el sueño que ella tenía para mí. Intenté ser ese gran ingeniero que ella siempre había querido que yo fuera.

Pero ya no podía seguir así. Le expliqué por qué.

“Ma, pasé años intentando ser el ingeniero que tú querías y no logré sentirme yo mismo. No porque sea incapaz, sino porque ese lugar me apagó. Necesito intentar esto. Dame una oportunidad de demostrarte que puedo lograr lo que tú quieras haciendo lo que yo realmente quiero hacer.”

Ella guardó silencio. Luego dijo algo que nunca olvidaré.

“Si quieres ser director de tu propia escuela, necesitas mucho dinero. Mejor ponte a trabajar, ahorra mucho, y luego piensas en eso. Pero trabajando de maestro va a estar muy difícil.”

Ahí lo vi claro. Mi mamá no estaba tratando de controlarme. Estaba tratando de darme lo que ella sintió que le faltó. Oportunidades. Crecimiento. Mi madre no estaba siendo pesimista. Simplemente estaba siendo realista. Ella sabía que los sueños grandes requieren recursos grandes. Y desde su experiencia, un salario de maestro no iba a ser suficiente para llegar ahí.

Pero ese es el peligro cuando orientas a tus hijos desde tus propias limitaciones y malas experiencias, no desde su potencial y sus fortalezas.

Mis padres son docentes de matemáticas ya jubilados —toda su vida dedicada al aula. Crecí rodeado de calendarios escolares, exámenes apilados en la mesa del comedor, y conversaciones sobre estudiantes durante la cena. El ambiente escolar era mi normalidad. Pero intenté escapar de él.

Pasé años intentando encajar en un lugar que no era para mí. La maquila se me hizo fría. El ambiente de la maquila me resultaba ajeno. No importaba cuánto me esforzara, no lograba destacar. Me sentía frustrado, con baja autoestima, lleno de desconfianza en mí mismo. La maquila te aniquila, como dicen por ahí.

Las preguntas difíciles empezaron a aparecer. *¿Por qué, si soy trabajador*

e inteligente, no puedo destacar como ingeniero?

Ahora lo entiendo. Un trabajo que no encaja con quién eres produce desequilibrio en todas las partes de tu vida. La insatisfacción laboral no se queda en la oficina —te persigue a casa, te roba el sueño, te apaga la alegría, te quita la motivación. Un trabajo tedioso, realizado en condiciones inadecuadas o sujeto a tensiones constantes, puede hartarte fácilmente y hasta llegar a enfermarte. En cambio, una actividad interesante, gratificante y con propósito puede compensar muchas deficiencias, darte propósito, sentido, hacer que llevar una vida llena de alegría y satisfacción sea mucho más sencillo. Vivir haciendo lo que realmente quieras hacer provoca que te sientas feliz cuando llega el lunes.

La conversación con mi papá fue completamente diferente.

Mi papá, con su estilo más exploratorio, me dijo algo que cambió todo.

Mira, todos los directores que yo conozco empezaron siendo maestros. ¿Qué te parece si das unas horas de clase y ves cómo te sientes? Pruébalo. Si no funciona, buscas otra cosa. Pero al menos sabrás.

Fue el mejor consejo que pude haber recibido. No me dijo qué hacer. Me dio permiso para explorar.

Una semana después, mi papá, usando algunos contactos, logró conseguirme 20 horas de matemáticas en una escuela privada en Tijuana. Primer y quinto semestre. Iba a empezar el lunes siguiente.

Recuerdo el domingo en la noche, pensando: *¿Y si mi mamá tiene razón? ¿Y si esto es un error?*

El primer día llegué 30 minutos antes. Tenía la planeación de clase en una carpeta azul que había comprado especialmente para la ocasión. Entré al salón vacío, escribí mi nombre en el pizarrón y esperé.

Los nervios estaban ahí, pero no eran de miedo. Eran de esos nervios buenos, como cuando sabes que algo importante está por comenzar. Había una certeza extraña. Una sensación de estar exactamente donde debía estar.

Cuando entraron los alumnos de primer semestre, esa certeza se confirmó.

Lo sorprendente fue la velocidad con la que me adapté. En solo unos días ya dominaba el ritmo del salón. Me adapté a levantar mi voz para que el estudiante de hasta atrás me pudiera escuchar, pero sin gritar para no asustar a los de enfrente. Me acostumbré rápidamente a los residuos de plumón en mis manos, a las carpetas llenas de listas de asistencias y exámenes que me llevaba a casa para calificar, y a que todos me saludaran en los pasillos mientras iba caminando de un salón a otro.

Nunca, en los años que fui ingeniero, sentí eso. Nunca.

En la maquila, cada día era una batalla contra mí mismo. Aquí, cada día era una oportunidad. Disfrutaba preparar mis clases —pensar cómo explicar ecuaciones de forma que hasta el alumno más distraído pudiera entenderlas. Me encantaba entrar al salón sabiendo exactamente qué iba a hacer, dar la clase de 50 minutos, y luego perfeccionar la misma explicación en la siguiente hora con otro grupo.

Los alumnos respondían. Me hacían preguntas. Se quedaban después de clase. Me buscaban en los pasillos para pedirme que les explicara algo que no habían entendido con otro maestro.

Después de cuatro meses frente al grupo, llamé a mi papá y le dije algo que me costó admitir: “Creo que soy mejor maestro que ingeniero. No sé cómo explicarlo, pero con solo algunos meses dando clases me siento el mejor maestro de matemáticas de toda la escuela.”

De esa experiencia nació una verdad que ahora comparto en todas mis conferencias sobre orientación vocacional.

El lugar sí importa.

Hay un dicho popular que dice “el que es cotorro donde sea es verde.” Pero eso no siempre es verdad. Para empezar, porque nosotros no somos cotorros. Y segundo, porque ser bueno en algo específico no garantiza el éxito en cualquier carrera relacionada.

Yo era bueno con los números. Siempre lo fui. Pero eso no significaba que como ingeniero iba a destacar. Una habilidad aislada no define toda una carrera. Hay más factores que considerar. El ambiente. El propósito. El tipo de problemas que resuelves. Las personas con las que trabajas. La cultura del lugar.

Puedes ser inteligente, trabajador, disciplinado, y aun así no prosperar si estás en el lugar equivocado. No porque seas incapaz. Sino porque tus fortalezas no son valoradas ahí, porque el ambiente no te motiva, porque no le encuentras sentido a lo que haces.

Yo era la misma persona en la maquila y en el salón de clases. Misma inteligencia. Mismo esfuerzo. Pero en la maquila me sentía mediocre. En el salón me sentía extraordinario.

Cuando migré mi vida profesional al área correcta, todo cambió.

- Mi autoestima subió

- La confianza en mis planes subió
- Los elogios llegaron naturalmente
- Pude ver un futuro claro para mí

El lugar sí importa. La carrera sí importa. Lo que haces importa y cómo te sientes al respecto importa muchísimo.

Puedo decir que gran parte de lo que he podido lograr fue porque con apoyo de mis padres pude cambiar de profesión. Me atreví a empezar de nuevo a mis 26, sin miedo. Y valió totalmente la pena.

Porque cuando se trata de hacer lo que realmente tienes que hacer, **el tiempo perfecto es HOY.**

LA ANSIEDAD DEL SEXTO SEMESTRE

Terminé mi primer semestre como maestro con buenas evaluaciones de mis alumnos y una sensación de logro que nunca había experimentado. Pasaron las vacaciones de invierno. Regresamos a clases a mediados de enero.

Mis alumnos de quinto semestre ahora pasaban a sexto. El último semestre de preparatoria. El semestre donde todo está a punto de cambiar.

Lo noté de inmediato, desde el primer día de clases. El ambiente era distinto. Ya no había ese aire despreocupado de meses anteriores. Entré al salón y en lugar de las pláticas habituales sobre el fin de semana, escuché fragmentos de conversaciones tensas.

“¿Ya decidiste qué universidad?”

“Mi mamá quiere que estudie Medicina, pero yo no sé...”

“El examen de admisión a la universidad está imposible.”

“Si no entro, mis papás me van a matar.”

El ambiente había cambiado radicalmente. Ya no hablaban de fiestas ni futbol. Hablaban de carreras, universidades, exámenes de admisión. Y no lo hacían con emoción. Lo hacían con ansiedad. Como si estuvieran a punto de tomar la decisión más importante de sus vidas sin tener idea de cómo tomarla.

Y tenían razón. Lo era. Y no tenían idea.

Yo los escuchaba con atención. Me gustaba hacer preguntas. Entender cómo estaban procesando esta decisión gigante. Lo que descubrí me alarmó. Las respuestas que escuché me dejaron helado.

- “Voy a buscar en Google las carreras mejor pagadas y elijo la primera.”
- “Mis papás son abogados, yo voy a estudiar Derecho.”
- “Quiero Medicina porque dicen que pagan bien.”
- “Ingeniería porque ahí siempre hay trabajo.”

Ninguno hablaba de lo que *disfrutaba* hacer. Todos hablaban de lo que *creían* que era lo que tenían que hacer para ser “exitosos”.

Dinero. Estatus. Aprobación familiar. Seguridad. Todo menos vocación. Esa misma semana, después de clases, fui a una librería y me compré un libro llamado *El profesor y la orientación vocacional*.¹ Lo leí emocionado a diario. Subrayé párrafos enteros. Tomé notas. Quería ayudar a mis alumnos, pero no tenía las palabras ni los principios. Necesitaba prepararme. Sabía lo que se sentía cometer el error de elegir la carrera equivocada por las razones equivocadas.

¹Cortada de Kohan, N. (2008). *El profesor y la orientación vocacional* (2.ª ed.). Editorial Trillas.

LA NIÑA DE LOS PLUMONES

Recuerdo a una alumna en particular. Era la “la niña de los plumones” de su clase.

Siempre llegaba con una mochila repleta de marcadores Sharpie de todos los colores imaginables. Mientras yo explicaba derivadas en el pizarrón, ella tomaba apuntes que parecían páginas de un comic. Decoraba cada título con tipografías elaboradas, dibujos en los márgenes, esquemas visuales que convertían conceptos aburridos en arte.

Un día, al revisar su libreta, noté que había dibujado un pequeño cohete al lado de una ecuación. Le pregunté por qué.

“Es que cuando resuelvo problemas, me gusta imaginar que son misiones espaciales”, me dijo, un poco apenada. “Hace que las matemáticas sean menos aburridas.”

Le pregunté si hacía eso en todas sus materias. Me mostró sus libretas de Historia, Química, Literatura. Cada una era una obra maestra visual. Me confesó que había descargado por su cuenta toda la suite de Adobe —Photoshop, Illustrator, InDesign— y que pasaba horas en YouTube viendo tutoriales de diseño.

Nadie le había pedido que lo hiciera. Lo hacía porque *le encantaba*.

Y le hice la pregunta del millón: “¿Ya decidiste qué vas a estudiar?”

“Derecho”, me contestó, sin mirarme a los ojos.

Me quedé callado un momento. Esperé. Luego pregunté con genuina curiosidad: “¿Por qué Derecho?”

Suspiró. Como si hubiera estado esperando que alguien le hiciera esa pregunta.

“Mis papás tienen un despacho. Me dijeron que es la mejor idea. Cuando me gradúe voy a tener trabajo seguro en su oficina. Nunca voy a batallar. Y dicen que en Derecho pagan bien.”

Ahí estaba. El error clásico. Padres con buenas intenciones —padres que aman a su hija— tomando la decisión por ella, creyendo que “trabajo seguro” es sinónimo de éxito y felicidad. Sin preguntarle qué le apasiona. Sin observar lo obvio, que ella ya era diseñadora, solo le faltaba el título. Me senté en el escritorio frente a ella. Le dije algo que había aprendido del libro que acababa de terminar.

Mira, lo que haces sin que nadie te lo pida es la señal más clara de tu vocación. Nadie te obliga a decorar tus libretas ni a ver tutoriales de diseño. Lo haces porque te encanta. Esa pasión natural vale más que cualquier promesa de trabajo seguro.

Ella me miró, sorprendida. Como si nadie nunca le hubiera dicho eso. Le expliqué algo más. Que eso la posicionaba muy por delante de cualquier diseñador promedio. Porque ella iba a hacer trabajo extra siempre. No porque su jefe se lo pidiera. Por puro gusto. Y quien hace más horas de práctica intencional, se vuelve mejor. Quien es mejor, eventualmente cobra más. Mucho más.

“Pero mis papás dicen que los diseñadores no ganan bien”, me interrumpió.

“Los diseñadores mediocres no ganan bien”, le respondí. “Pero tú no vas por ese camino. Porque ya estás practicando. Ya tienes las herramientas. Ya estás construyendo un portafolio sin que nadie te lo pida. Eso te hace

diferente. Todavía ni has empezado la universidad y ya tienes más experiencia que muchos que ya van a la mitad.”

Hice una pausa. Luego le dije algo más fuerte.

“Tener un trabajo seguro en el despacho de tus papás suena cómodo. Pero imagínate trabajar en algo que odias 40 o 50 horas a la semana durante 30 años. Levantarte cada lunes con la sensación de que estás desperdiando tu vida. Eso no es seguridad. Es condena.”

Se quedó callada. Guardó sus plumones en la mochila lentamente. Al salir del salón, se volteó y me dijo: “Gracias, profe.”

Años después me enteré que estudió Comunicación —una carrera que requiere habilidades creativas y sociales. Me la encontré en un Starbucks. Trabajaba como directora creativa en una agencia de publicidad. Me mostró su portafolio en su iPad. Ganaba el triple de lo que ganaban sus papás como abogados.

No sé si mi conversación influyó en su decisión. Pero me gusta pensar que sí.

Y me gusta más pensar que hay un padre leyendo esto ahora mismo que tiene una hija igual. Y que después de leer esta historia, tendrá una conversación diferente con ella.

LA INVESTIGACIÓN QUE ME ABRIÓ LOS OJOS

Mientras daba clases en la preparatoria, seguía estudiando el MBA en Cetys Universidad en Tijuana. Clases los sábados. Proyectos entre semana. Todo porque seguía cargando esa visión heredada de mi mamá de

querer ser “algo más” que solo un maestro.

Cuando llegó el momento de elegir tema para mi proyecto final de maestría, lo tuve claro de inmediato. Para terminar el MBA en Cetys, todos los estudiantes debíamos elaborar una tesina. A diferencia de una tesis doctoral que requiere investigación original y extensa, una tesina es un trabajo de investigación más breve y aplicado, enfocado en resolver un problema específico del mundo real.

Como era una maestría en administración de negocios, se esperaba que al final de la investigación propusiera un programa o modelo de negocio que resolviera el problema identificado. Pero lo que realmente me interesaba era el proceso de investigación. Los datos. Los patrones. Entender el *por qué*.

Elegí investigar por qué los jóvenes desertan de la universidad. Tenía todo a la mano. La población objetivo en mi preparatoria, acceso directo a alumnos de sexto semestre a punto de elegir carrera, y una motivación personal profunda. Quería entender por qué tantos jóvenes entraban a la universidad con esperanza y salían años después con una carrera trunca y una deuda emocional gigante.

Diseñé encuestas. Hice entrevistas personales. Pasé meses recopilando datos. Y lo que encontré fue sorprendente.

En parte de mi investigación, encontré una estadística muy reveladora y preocupante.

Descubrí, según el INEGI, que del total de alumnos que logran entrar a la universidad, en promedio, solo el 30 % logra graduarse. Esta estadística es a nivel nacional, en universidades públicas del país, que son las que reciben a la mayor cantidad de adolescentes en México.

Es muy preocupante porque el proceso de admisión ya es extremadamente competitivo. Muchos jóvenes quedan fuera sin siquiera poder intentarlo. Y de los pocos que logran entrar, solo 3 de cada 10 terminan.

Esto significa que 7 de cada 10 jóvenes que logra ingresar a la universidad terminan dejando su carrera trunca. No por falta de inteligencia. No siempre por falta de dinero. Sino por una razón mucho más simple y fácil de solucionar.

Como maestro les puedo compartir que nuestro orgullo no solamente está en que el alumno pase su examen parcial del semestre, o que termine el semestre, ni siquiera que termine la prepa. Nuestro orgullo está en que logre entrar a la universidad y en poder encontrarnos en la calle años después y que nos digan: “Hola profe, ¿qué tal? ¿Se acuerda de mí? Ahora soy doctor, ahora soy ingeniero, ahora soy docente.”

Ese es el verdadero orgullo que tenemos como maestros. Porque como dice Yoda, “**Somos lo que ellos llegan a ser. Esa es la verdadera carga del maestro.**”

Algo aún más sorprendente que la estadística de los pocos alumnos que llegan a graduarse de la universidad son las causas que llevan a esos alumnos a dejar la universidad.

Entre ellas se encontraban las que muchos nos imaginamos. Problemas financieros, la carrera se puso muy difícil, problemas de salud, cambios de ciudad. Pero esas causas representaban a la minoría de las personas que desertaban.

La causa número uno por la cual las personas dejan una carrera trunca es esta.

“No era lo que yo esperaba.”

“Siempre no me gustó.”

Y esto es alarmante, no solamente porque representa a la mayoría de las personas que desertan de la carrera universitaria, sino porque **es una causa tan sencilla de arreglar y nadie está haciendo nada al respecto.**

Déjame repetirlo para que quede claro.

7 de cada 10 jóvenes abandonan la universidad porque eligieron una carrera que no era lo que esperaban o que terminó no gustándoles.

Esto no es un problema de dinero. No es un problema de capacidad intelectual. Es un problema de **orientación vocacional fallida.**

Y lo más frustrante es que este problema tiene solución. Pero requiere que tanto escuelas como familias hagan su trabajo. Y ahora mismo, casi nadie lo está haciendo.

LAS PREPARATORIAS OLVIDARON SU PROPOSITO

¿Para qué existe la preparatoria?

La respuesta debería ser obvia. Para, valga la redundancia, **preparar** al alumno para su educación superior, para la universidad. Para ayudarlo a descubrir sus fortalezas, explorar diferentes campos, y tomar una decisión informada sobre su futuro.

Pero si eso es el propósito, entonces tenemos un problema grave. Porque la mayoría de las preparatorias han olvidado completamente este propósito.

La orientación vocacional no debería ser una materia más en el programa

de las preparatorias. Debería estar impregnada en todo lo que se hace ahí, porque ese es su verdadero propósito. De poco sirve el enfoque académico si solo formamos jóvenes inteligentes pero incapaces de identificar su lugar correcto en el mundo.

La orientación vocacional tendría que integrarse explícitamente en la escuela en todos sus niveles: talleres, experiencias reales, visitas a universidades y empresas, conversaciones con profesionales y exploración genuina. Mientras esto no suceda, seguiremos obteniendo el mismo resultado: jóvenes que eligen carreras de forma subjetiva, sin información real, guiados por estereotipos sociales y presiones familiares en lugar de por un auténtico autoconocimiento.

Pero la realidad es otra. Las preparatorias se han enfocado en cumplir programas académicos, no en orientar vidas.

- En el caso de las públicas, solamente quieren cumplir fechas, cumplir planes.
- En el caso de las privadas, solamente quieren tener más inscripciones, más alumnos, más prestigio.

Hoy en día, muchas preparatorias ofrecen “capacitaciones” o “especialidades” que suenan impresionantes en el folleto de publicidad, pero cuando investigas qué están aprendiendo realmente los alumnos en esas capacitaciones, descubres que la mayoría están completamente desactualizadas.

Y lo peor no es que estén desactualizadas sino que estas capacitaciones no tienen el propósito de dejar al alumno explorar y descubrir si esa área le apasiona. Son simplemente una materia extra en el horario. Una cajita

más que marcar en el plan académico.

Cuando hice encuestas en preparatorias públicas de mi ciudad, los números me sorprendieron.

- **30 % de los alumnos** que estaban en alguna capacitación o especialidad **ni siquiera querían estar ahí**. No eligieron esa especialidad. Les tocó por sorteo, por cupo lleno, por llegar tarde a la lección.
- **90 % de las escuelas** ni siquiera te permiten cambiarte de especialidad o capacitación. Si te tocó Contabilidad y descubres que la odias en primer semestre, tienes que soportarla hasta sexto.

Piénsalo. Un joven de 15 años queda atrapado en una “especialidad” que no eligió, que no le gusta, y que se supone debería ayudarlo a orientarse vocacionalmente. Pero en lugar de orientarlo, lo está desorientando.

¿Cómo podemos decir con la cara seria que la preparatoria tiene el propósito de preparar a los alumnos para la universidad si ni siquiera se toma en serio el trabajo vocacional de mostrarle al alumno, por medio de experiencias reales, las diferentes áreas profesionales que existen?

¿Cómo esperamos que un alumno escoja bien y llegue a sexto semestre con alguna idea clara de lo que quiere, si nunca le dimos la oportunidad de experimentar, comparar, equivocarse y ajustar?

Este tema me molestaba profundamente. No podía quedarme callado viendo cómo año tras año, generación tras generación, jóvenes brillantes tomaban decisiones terribles por falta de información.

Me di a la tarea de preparar talleres ocasionales en mi ciudad. Empecé pequeño. Un taller de vez en cuando por mi cuenta. Luego me invitaron a

otras escuelas. Eventualmente terminé dando conferencias en preparatorias públicas y privadas acerca de cómo elegir carrera. Abarco diferentes ejemplos, mitos, estrategias para que los alumnos puedan tomar esta decisión de manera informada.

Y es parte de lo que vamos a estar analizando en este libro. Estrategias que funcionan. Preguntas que importan. Ejercicios que revelan.

Pero hay algo más importante que cualquier estrategia o ejercicio.

¿Cuál es el trabajo de papá y mamá en casa para poder guiar a nuestros adolescentes a un futuro próspero?

Porque déjame decirte algo que tal vez no quieras escuchar.

LOS PRIMEROS RESPONSABLES

Si tu hijo está en sexto semestre y no tiene idea de qué estudiar, la escuela tiene parte de la culpa.

Pero tú tienes más.

Si bien la escuela de nivel medio superior tiene la responsabilidad de preparar a los alumnos para su educación universitaria, no son los únicos que tienen esta responsabilidad. Ni siquiera son los principales.

Los primeros responsables de esta preparación son ustedes, padres de familia.

No me malentiendas. No estoy diciendo que seas mal parente o mala madre. Estoy diciendo que el sistema educativo nos ha vendido una mentira gigante. Nos ha hecho creer que su trabajo es educar y el nuestro es solo proveer. Llevarlos a la escuela, comprarles útiles, pagar colegiaturas. Y confiar en que “los expertos” harán el resto.

Pero no es cierto.

Ustedes son los que tienen el rol más importante en la vida de sus hijos. No solamente por comprarles ropa y alimentarlos. Como diría Franco de Vita:.

No basta

Con llevarlos a la escuela a que aprendan

Porque la vida cada vez es más dura

Desde la infancia hasta la adolescencia, como padres, son responsables de guiarlos, mentorearlos, exponerlos a diferentes áreas de la vida. Experiencias. Retos. Responsabilidades. Lugares donde ellos puedan no solamente conocer cómo funciona el mundo, sino algo más importante aún: **conocer cómo funcionan ellos mismos.**

¿En qué son buenos? ¿Qué disfrutan? ¿Qué los frustra? ¿Qué los emociona? ¿Qué despierta su interés?

Esas respuestas no se encuentran en un examen vocacional de 100 preguntas. Se encuentran en años de exposición intencional a diferentes experiencias. Y papá y mamá son quienes tienen la responsabilidad de crear esas oportunidades.

No es bueno decirles a los 17 años: “Ya estás grande, ya tú sabrás qué carrera elegir.” Porque aunque parezcan grandes, aunque tengan la estatura y la actitud de adultos, todavía no lo son. Todavía no conocen el mundo como tú lo conoces. Todavía no han cometido los errores que tú ya cometiste. Y si tú se los compartes de forma prudente —sin sermones, con historias— ellos pueden aprender sin tener que pasar por el mismo dolor.

Como profesor de matemáticas, me hablaban constantemente para dar asesorías personalizadas. Regularizaciones. Preparación para exámenes. Ayuda con tareas. La mayoría de las clases eran en las casas de los alumnos. Esto me dio algo que pocos maestros tienen. Acceso.

Pude entrar a casas muy grandes en fraccionamientos privados con seguridad en la entrada. Y a casas muy pequeñas en colonias populares donde el techo de lámina apenas protegía de la lluvia. Familias muy ricas que me pagaban 500 pesos la hora. Y familias muy humildes que juntaban con esfuerzo para pagarme 200.

Y en cada casa, observé. Cómo hablaban los padres con sus hijos. Qué había en las paredes. Cómo pasaban su tiempo libre. Qué expectativas tenían. Qué hábitos practicaban.

Lo que vi me enseñó más sobre orientación vocacional que cualquier libro.

EL PATRÓN DE LAS FAMILIAS ESTABLES

Una de las cosas que pude observar de las familias que tenían más control sobre lo que estaban haciendo —su dinámica familiar, su estabilidad económica, su claridad de propósito— fue un patrón consistente.

Siempre tenían a sus hijos en alguna clase de algo.

Desde los 5 o 6 años. Inglés los martes y jueves. Karate los lunes y miércoles. Piano los sábados. Natación los domingos. No necesariamente todo al mismo tiempo, pero siempre algo.

Cuando les preguntaba a estos alumnos qué querían estudiar, casi siempre tenían una respuesta clara. O al menos dos o tres opciones bien pensadas. Habían probado cosas. Sabían qué se les daba bien y qué no. Tenían

referencias.

“Profe, tomé clases de dibujo desde los 8 años. Me encanta. Voy a estudiar Arquitectura.”

“Profe, jugué futbol 10 años. No voy a ser profesional, pero me gusta el deporte. Voy a estudiar Fisioterapia o Educación Física.”

“Profe, siempre me han gustado las computadoras. Llevo 3 años aprendiendo a programar por mi cuenta. Voy a estudiar Ingeniería en Software.”

Nota el patrón. Todos tenían *años* de exposición a algo que los apasionaba. No estaban adivinando. Estaban decidiendo con evidencia.

Por el otro lado, los hijos de familias de escuelas públicas casi nunca tenían actividades extracurriculares. Llegaban a casa a las 2 de la tarde y pasaban el resto del día frente a una pantalla. Celular. Computadora. Televisión. YouTube. TikTok. Videojuegos.

No era por flojera. Era porque nadie los había expuesto a nada más.

Cuando les preguntaba qué querían estudiar, la respuesta era casi siempre la misma.

“No sé, profe.”

“Lo que pague bien.”

“Lo que mis papás me digan.”

Y estos jóvenes se pierden años valiosos de explorar el mundo, de descubrir qué hay afuera, de conocerse a sí mismos a través de experiencias reales.

No es raro entonces que las familias que toman decisiones intencionales sobre la exposición de sus hijos —no necesariamente las más ricas, sino

las más intencionales— tengan hijos que a los 17 años ya saben lo que quieren. O al menos tienen una idea clara de hacia dónde apuntar.

Pero había algo más que distinguía a estas familias. Algo que al principio me pareció menor, pero con el tiempo reconocí como fundamental.

Los hijos de familias estables tomaban sus propias decisiones a partir de los 13, 14, 15 años. Y los papás los dejaban.

Suena obvio, pero la diferencia era dramática.

Muchos de mis alumnos de escuelas privadas eran los que me marcaban directamente para solicitarme clases. No sus papás. Ellos.

“Profe, habla Daniela. Necesito ayuda con cálculo diferencial. ¿Tiene tiempo el jueves a las 5?”

“Profe, soy Roberto. Saqué 6 en el último examen y necesito subir mi promedio. ¿Cuánto cobra por clase? Tengo presupuesto de mi domingo.”

Ellos agendaban la clase. Ellos me pagaban. Cuando llegaba a la casa, ellos me recibían, me ofrecían agua o café, me hacían pasar a la mesa donde íbamos a trabajar. Tenían el material listo. Sabían exactamente qué necesitaban repasar. Se encargaban de todo.

¿Por qué? Porque desde chiquitos los habían entrenado para hacerse cargo de sus propias necesidades.

Por otro lado, en familias sin estas prácticas, el contraste era brutal.

Los papás eran los que me marcaban. Casi siempre en modo de urgencia.

“Maestro, necesito que venga YA. Mi hijo reprobó matemáticas y tiene examen mañana.”

Cuando llegaba, el hijo estaba en su cuarto jugando videojuegos. La mamá tenía que gritarle tres veces para que bajara. Llegaba arrastrando los pies, sin material, sin idea de qué temas venían en el examen. Me miraba con una mezcla de resentimiento y apatía.

Nunca me ofrecían agua. Me sentaba en la mesa del comedor mientras la mamá me explicaba —en voz alta, para que el hijo escuchara— lo “flojo” que era su hijo. El joven miraba hacia abajo o hacia su celular, desconectado completamente.

Algunos de estos jóvenes tenían 16, 17 años y no se atrevían a ordenar una pizza por teléfono. Les daba pena hablar con extraños. Les daba ansiedad tomar decisiones simples.

El contraste era devastador. Y todo se reducía a una cosa.

Hábitos.

¿Qué hábitos habían cultivado con sus hijos desde pequeños? ¿A qué los habían expuesto? ¿Qué les habían enseñado sobre responsabilidad personal? ¿Cómo los habían retado progresivamente? ¿Qué tanto conocían el mundo? ¿Qué tanto se conocían a ellos mismos?

DOS TIPOS DE FAMILIAS Y LA CARRERA

Estas observaciones revelaron algo más profundo. Dos filosofías completamente diferentes sobre la elección de carrera.

Familias que confían en la persona

Las familias económicamente estables —o más bien, las familias intencionales— dejaban que el hijo tomara sus propias decisiones sobre la carrera.

Casi siempre. No porque fueran permisivos o desinteresados. Sino porque confiaban en el proceso que habían construido durante años.

“Hija, si quieres estudiar Psicología, adelante. Confío en ti.”

“Hijo, Diseño Gráfico me preocupa por los ingresos, pero si es lo que amas y ya has investigado, te apoyo.”

“Si no funciona, ajustas. Pero la decisión es tuya.”

Claro, había rebeldía ocasional. Como con todo adolescente. Pero era más fácil de navegar cuando había claridad de información y confianza mutua construida desde la infancia.

Y aquí está lo importante. Estas familias no creían en la mentira de que el éxito depende de la carrera que elijas. Ellos sabían algo más profundo. **De nada sirve que tu hijo sea médico si va a ser un médico miserable, mediocre, que odia su vida.**

Los papás de estas familias querían que sus hijos fueran lo que ellos quisieran ser. Porque confiaban en que habían hecho un buen trabajo formándolos. Confiaban en que su hijo tenía la capacidad de tomar buenas decisiones. Confiaban en que tenía las habilidades y el carácter para tener éxito en cualquier carrera que eligiera.

La carrera era el vehículo. El hijo era el motor.

Familias que creen en la carrera mágica

Por otro lado, en las familias sin estabilidad económica —o sin estas prácticas intencionales— solía operar una filosofía completamente diferente.

Una que he visto destruir sueños una y otra vez.

La superstición de la carrera mágica.

Estas familias creían fervientemente que el futuro de su hijo, su éxito, su

estabilidad económica, su bienestar general, dependía casi completamente de la carrera que eligiera.

No de quién era como persona. No de su carácter o habilidades. Sino de tres letras en un título universitario.

Entonces, con toda su buena intención, con todo su amor, presionaban.

“Tienes que estudiar Medicina. Es la única forma de que te vaya bien.”

“Ingeniería o nada. Todo lo demás es perder el tiempo.”

“Si no estudias Derecho, vas a terminar de Uber.”

El mensaje implícito era devastador. *No confío en que puedas tener éxito en cualquier campo. Solo puedes salvarte si eliges la carrera “correcta”.*

Aquí opera la mentira del prestigio social. Elegir una carrera solo por su imagen social —porque “suena bien” decir “mi hijo es doctor” en reuniones familiares, porque da estatus en la iglesia o en el trabajo— es una de las formas más equivocadas y conflictivas de orientar a un joven.

Muchos renuncian a sus disposiciones naturales más sobresalientes para elegir algo distinto solo por el prestigio que encierra. Pero ese sacrificio personal no reporta gran beneficio ni a ellos ni a su comunidad.

El caso más común que he visto son jóvenes que estudian Derecho sin mayor interés, solo por prestigio social o influencia familiar, en un país donde esa carrera ya está sobresaturada. Muchos terminan en cargos políticos o burocráticos que los dejan al margen del ejercicio real de su profesión. El título de “doctor” (en leyes) empieza a fastidiar muy pronto a quien no ve en esa profesión un desafío genuino para sus aptitudes ni puede atribuir valor a tareas que le aburren profundamente.

Y el resultado es predecible. Años de universidad. Deuda estudiantil. Un título enmarcado en la pared. Y una vida de mediocridad infeliz.

EL MITO DE LAS CARRERAS BIEN PAGADAS

En cada conferencia vocacional hago el mismo ejercicio. Les pregunto a los alumnos cuáles creen que son las tres carreras mejor pagadas. Las respuestas más comunes son Medicina, Ingeniería, Odontología. Luego pregunto cuáles creen que son las peor pagadas. Algunos se ríen, otros dudan, hasta que alguien dice: “Maestro.” Risas nerviosas. Después añaden Diseño, Psicología, Artes.

Lesuento historias reales de algunos conocidos. Conozco un médico que trabaja en un hospital público ganando 18,000 pesos al mes después de 11 años de estudio. Vive con sus papás porque no le alcanza para rentar. También conozco un médico con clínica de medicina estética que gana en una semana lo que el primero gana en seis meses. Misma carrera. Dos vidas completamente diferentes.

Conozco ingenieros de universidades privadas manejando Uber porque nadie los contrató. No tiene nada de malo manejar Uber, es un trabajo honesto. Pero no fue para eso que estudiaron cinco años de carrera. Y conozco ingenieros liderando equipos en empresas automotrices con sueldos de seis cifras. Misma título. Dos realidades opuestas.

Y lo mismo pasa con las carreras “mal pagadas”. Hay maestros agotados que ganan poco. Y hay docentes que dan clases en universidades privadas, escriben libros, dan conferencias, y tienen muy buenos ingresos. Hay diseñadores gráficos que ganan 8,000 pesos al mes en una imprenta. Y hay diseñadores freelance que facturan 80,000 pesos al mes para clientes internacionales.

Entonces les pregunto: “Si en las carreras ’buenas’ hay gente a la que le va

mal, y en las carreras 'malas' hay gente a la que le va increíble... ¿de qué depende realmente el éxito?"

Y ahí lo ven. **No depende de la carrera. Depende de quién eres como persona.**

La elección vocacional óptima es **aquella que trae satisfacción personal**. La que te da posibilidad de desarrollar tus mejores aptitudes, de afirmar tus verdaderos intereses, y de no contradecir la estructura básica de tu personalidad.

LA VOCACIÓN NO ES MAGIA, ES PROCESO

Antes de cerrar este capítulo, necesito confrontar un mito que paraliza a muchos jóvenes: la idea de que la vocación es un "llamado misterioso" que te cae del cielo un día. Que existe una sola carrera "correcta" para ti, y si no le "atinas", vivirás fracasado el resto de tu vida.

Muchos padres de familia y jóvenes creen esto. Y esa creencia los paraliza. Les genera ansiedad. Los hace sentir que si eligen mal, todo está perdido. Pero la realidad es otra. Como explica Nuria Cortada de Kohan en su libro sobre orientación vocacional, "no se nace con una vocación, sino que surge luego de un proceso de madurez y aprendizaje."² El concepto erróneo de la vocación como algo innato —algo con lo que naces o no naces— "frustra todo intento de verdadera orientación, porque si la vocación es percibida como algo totalmente innato, orientar vocacionalmente sería una contradicción."

²Cortada de Kohan, N. (2008). *El profesor y la orientación vocacional* (2.^a ed.). Editorial Trillas.

No existe una única carrera perfecta para tus hijos. Existen varias carreras donde podrían desarrollarse bien. Y la que elijan se irá convirtiendo en “su vocación” a medida que dediquen tiempo a ella, la conozcan a fondo, y se especialicen. Siempre y cuando la elijan con base en sus intereses y fortalezas, claro está.

La vocación no aparece de repente. Se va formando a medida que adquirimos mayor experiencia y profundizamos en la realidad de una profesión. Cuando empezamos a conocer a fondo cualquier disciplina, es difícil que no la encuentremos interesante.

Muchos grandes profesionales no empezaron con una vocación perfectamente clara. Tenían intereses, inclinaciones, curiosidades. Y eligieron una carrera que se alineaba con esas inclinaciones, aunque sin certeza absoluta. Pero a medida que profundizaron en ella, esa elección inicial se fue convirtiendo en vocación.

La vocación es una forma de expresar nuestra personalidad, intereses y fortalezas frente al mundo del trabajo. No es un destino escrito en las estrellas. Es un proyecto de vida que se construye con decisiones, experiencias y ajustes constantes.

Como padre, tu trabajo no es ayudar a tu hijo a “descubrir su vocación misteriosa”, sino a **construirla**. Y eso requiere trabajo. Para ese trabajo, podemos considerar las siguientes cuatro cosas:

- Exponerlo a diferentes áreas (deportes, artes, trabajo, servicio)
- Darle responsabilidades crecientes que desarrolleen su carácter
- Tener conversaciones honestas sobre lo que disfruta y en lo que destaca
- Darle libertad para explorar sin miedo al fracaso

Entonces, aprendemos que la vocación no se encuentra. Se construye. Y tú eres el primer arquitecto de ese proceso en la vida de tus hijos.

RETO DEL CAPÍTULO

Ahora viene tu parte. Siéntate con tu hijo o hija y tengan una conversación honesta. No un sermón. Una conversación.

Pregúntale:

- ¿Qué haces en tu tiempo libre que nadie te pide que hagas?
- ¿En qué actividades pierdes la noción del tiempo?
- ¿Qué te gustaría probar pero te da miedo o pena intentar?

Pregúntate:

- ¿En qué áreas de la vida he expuesto a mi hijo en los últimos años?
- ¿He visto a mi hijo destacar en algo sin que nadie se lo pida?
- ¿Estoy dispuesto a dejar que mi hijo elija una carrera que no me gusta a mí?

Al terminar, comprométanse a dos cosas: explorar juntos 2 áreas nuevas en los próximos meses (un curso, un taller, una visita a una empresa) y asignarle una responsabilidad real que maneje solo.

No te obsesiones todavía con QUÉ carrera va a elegir tu hijo. Primero obsesióname con QUIÉN está siendo.

Si tu hijo desarrolla carácter, habilidades sociales y aprende a resolver problemas, casi cualquier carrera le funcionará. Si no desarrolla eso, ninguna carrera lo salvará.

La vocación no es un tesoro enterrado esperando ser descubierto. Es un

músculo que se desarrolla con exposición, práctica, reflexión y decisiones. Y tú eres el entrenador principal.

En el siguiente capítulo vamos a profundizar en esto: qué significa desarrollar carácter y cómo puedes ayudar a tu hijo a construirlo desde casa.

El carácter que garantiza el éxito

MÁS ALLÁ DE LA CARRERA CORRECTA

Si terminaste el Capítulo 1 esperando que ahora te dijera exactamente qué carrera debe estudiar tu hijo, te tengo malas noticias.

No lo voy a hacer. Porque esa no es la pregunta correcta.

La pregunta correcta es “¿Quién necesita ser mi hijo para tener éxito independientemente de la carrera que elija?”

Y la respuesta a esa pregunta sí te la puedo dar. Es una respuesta clara, probada, respaldada por investigación y por mi propia experiencia. Una respuesta que cambió mi forma de orientar a los jóvenes cuando la encontré.

Hace muchos años, mientras recorría el camino de descubrir qué quería hacer con mi vida, me encontré con un libro del Dr. Henry Cloud llamado *Integridad: Valor para hacer frente a las demandas de la realidad*.¹

Cloud no habla de carreras. Habla de algo más profundo. Habla de lo que hace que una persona tenga éxito, independientemente de su título universitario, su campo profesional, o su industria.

Habla de **carácter**.

Y articula de forma sencilla los requisitos para lograr eso que casi todos buscamos pero pocos encontramos. Tener éxito genuino en lo que hace-

¹Cloud, H. (2006). *Integridad: Valor para hacer frente a las demandas de la realidad*. HarperBusiness.

mos. No solo tener dinero. No solo tener un buen estatus. Sino prosperidad sostenible, satisfacción profunda, y la confianza de que estás donde debes estar. **Lo más importante no es la carrera que tu hijo escoja. Es quién es como persona.**

LOS TRES PRINCIPIOS DEL ÉXITO

Cloud identifica tres principios fundamentales que separan a las personas que prosperan de las que se estancan. Tres capacidades que predicen el éxito mucho mejor que cualquier título universitario o test vocacional. Y aquí está lo importante para ti como padre. Estos tres principios **no se enseñan en la universidad**. Se forman en casa. Durante la infancia y la adolescencia. Antes de que tu hijo pise un salón universitario. Si tu hijo desarrolla estos tres principios, casi cualquier carrera le funcionará. Si no los desarrolla, ni la mejor carrera en la mejor universidad lo salvará.

Principio 1: Ser bueno en algo

El primero suena obvio, pero la mayoría de los padres lo aplican al revés. Si quieres que a tu hijo le vaya bien en la vida, tiene que **ser competente** en algo. Realmente bueno. No más o menos. No “apenas pasando”. No solo que le guste. Sobresaliente. Mejor que el promedio.

Pero aquí está el error gigante que veo constantemente. Muchos padres creen que la carrera existe para arreglar las debilidades de su hijo.

“Mi hijo es malo en matemáticas. Que estudie Ingeniería para que aprenda.”

“Mi hija es tímida. Que estudie Comunicación para que se suelte.”

No. Así no funciona.

La carrera no arregla debilidades. La carrera debe de *maximizar* fortalezas.

Tiene sentido. Si una persona es débil en el uso de herramientas o en entender cómo funcionan las máquinas, no por eso debería entrar a Ingeniería. Si es débil con los números, no va a estudiar Contabilidad “para aprender más”. Al contrario, la carrera debe potenciar lo que ya hace bien, no intentar arreglar lo que hace mal.

Yo sé que suena obvio, pero aun así tenemos padres de familia queriendo que sus hijos estudien Arquitectura, Medicina o alguna otra carrera de moda cuando sus hijos no han mostrado ni el mínimo interés por esa carrera o algún habilidad relevante. No podemos obligar a alguien a destacar en algo para lo que no tiene inclinación. Y pensar que “la carrera lo arregla” es un error. Si un adolescente no quiere ser médico, dentista o abogado, la carrera no resolverá esa falta de interés. Además, en el mercado laboral, quienes sí tienen esas fortalezas serán más competentes y atractivos para contratar.

¿Cómo aplicamos este principio? Descubriendo primeramente las fortalezas de nuestros hijos para elegir una carrera acorde a ellas. No importa si otros piensan que “esa carrera no es bien pagada”. Si tu hijo es creativo, puede ser un gran diseñador gráfico porque será muy bueno en lo que hace, y la empresa que lo contrate le pagará muy bien por su trabajo.

¿Y cómo descubrimos esas fortalezas? Exponiendo a nuestros hijos a diferentes experiencias desde pequeños. Clases de música, deportes, idiomas, arte, programación. No para saturarlos, sino para que prueben. Observa

qué actividades disfrutan sin que nadie los obligue. Pregúntales qué harían aunque no les pagaran. Ponlos en situaciones reales donde puedan demostrar habilidades. Las fortalezas se revelan cuando hay oportunidad de practicarlas. Más adelante hablaremos más al respecto.

Principio 2: Saber relacionarse

Ser muy bueno en algo no siempre es suficiente.

Pensemos en el alumno que siempre saca 10, hace todas las tareas y entiende todo rápido, pero no tiene amigos, trata mal a las personas, o no sabe ni siquiera pedir la hora. Es lo que algunos llaman un “raro social”. Cuando toca hacer equipos, nadie lo quiere incluir.

Esto también importa en el mundo profesional. Por más talento que recluten las empresas, se requieren habilidades sociales. En cualquier trabajo habrá que colaborar, comunicar y resolver con otros. Si no hay buena relación con compañeros o jefes, no habrá apoyo ni promoción, y el futuro prometedor se truncará por no saber construir buenas relaciones.

Así que el segundo principio para el éxito, después de la competencia, es saber construir y mantener relaciones.

Hay personas que quizás no son sobresalientes técnicamente, pero alcanzan buenos puestos por sus habilidades sociales. No digo que ese sea el objetivo, pero es evidente el impacto real de esas habilidades en la vida profesional.

Pregunta para padres: ¿Tu hijo sabe trabajar en equipo sin crear conflictos? ¿Sabe comunicarse claramente? ¿Puede mantener una conversación con adultos sin ansiedad? ¿Tiene amigos duraderos?

Si la respuesta es no, tiene un problema más grande que no saber qué

carrera estudiar.

¿Cómo desarrollamos estas habilidades? Creando oportunidades para que practique. Que invite amigos a casa y aprenda a ser buen anfitrión. Que participe en deportes de equipo o actividades grupales. Que pida perdón cuando se equivoque y aprenda a recibirlo cuando otros se equivocan con él. Que hable por teléfono para hacer citas o pedir información en lugar de que tú lo hagas por él. Que resuelva conflictos con hermanos o amigos sin que intervengas. Cada interacción social es práctica, y la práctica reduce la ansiedad.

Principio 3: Resolver problemas

Ahora, incluso tener competencia y buenas relaciones no basta si no se saben resolver problemas. Este es el tercer principio.

En la vida, como dice la Biblia, siempre habrán aflicciones. Siempre habrá algo que nos saque de nuestra comodidad, nos exija enfrentar la realidad y salir adelante.

Te vuelves una persona de confianza cuando, ante un problema, entregas resultados a pesar de las dificultades. Muchos son contratados o permanecen en sus puestos porque en tiempos difíciles supieron reaccionar mientras otros se paralizaron o se rindieron.

De nada sirve ser competente y sociable si, cuando aparece el problema, desapareces, entras en pánico o empeoras la situación. Este principio es crucial no solo para conseguir trabajo u oportunidades, sino para seguir creciendo. Avanzar profesionalmente suele significar haber resuelto un problema y estar listo para el siguiente nivel de complejidad.

Las empresas no ascienden a personas por sus títulos. Ascienden a perso-

nas que entregan resultados, incluso bajo presión.

¿Cómo desarrollamos esta capacidad? Dejando de rescatarlos. Muchos padres, con buena intención, resuelven todos los problemas de sus hijos. Pero eso les roba la oportunidad de desarrollar el músculo. Permíteles enfrentar consecuencias reales. Que olviden la tarea y enfrenten la mala calificación. Que les digan que no y aprendan a lidiar con el rechazo. Que fallen y aprendan. Empieza con retos pequeños y ve aumentando. El objetivo no es que nunca fallen, sino que aprendan a levantarse y continuar.

Henry Cloud integra estos tres principios en lo que llama *carácter*. Y hace una distinción importante. La personalidad son tus preferencias naturales —lo que te gusta, cómo prefieres interactuar con el mundo. Pero el carácter es diferente. El carácter es **la capacidad de responder a las demandas de la realidad**, especialmente cuando la realidad no es lo que esperabas.

Cuando algo sale mal. Cuando te critican. Cuando fallas. Ahí se revela tu carácter.

Una persona con buen carácter se vuelve *confiable*. No solo responde bien una vez. Responde bien consistentemente. Y esa confiabilidad nace de la exposición repetida a experiencias reales.

Si tú, como padre, privas a tu hijo de esas experiencias —si le resuelves todo, si lo rescatas de todo conflicto— entonces ni él mismo va a confiar en sí mismo. Porque nunca se ha demostrado que puede.

Ahora bien, desarrollar estos tres principios es fundamental. Pero hay una trampa en la que muchas familias caen cuando llega el momento de

elegir carrera. Una trampa que tiene que ver con cómo percibimos las profesiones.

LA TRAMPA DEL PRESTIGIO

Las investigaciones en orientación vocacional revelan algo interesante. La mayoría de los jóvenes eligen carreras basándose en “imágenes sociales” que tienen poco contenido informativo real, pero gran fuerza emocional.²

Cada profesión viene acompañada de una calificación en la escala del prestigio social. Y muchas familias eligen más por prestigio que por ajuste real con las fortalezas del hijo.

El problema es que estas imágenes sociales no siempre coinciden con la realidad profesional. La imagen de la medicina, por ejemplo, sugiere independencia, autonomía, estatus. Pero la realidad actual es diferente. Médicos en hospitales públicos con sueldos bajos, horarios agotadores, burocracia excesiva. La imagen que tenemos de hace años ya no corresponde a la realidad de hoy.

Lo mismo pasa con el estereotipo de que las profesiones universitarias automáticamente pagan mejor que los oficios técnicos. Hay trabajos técnicos que se realizan con máquinas de precisión y son mejor pagados que muchos trabajos intelectuales. Hay profesionistas con maestría que ganan menos que electricistas o plomeros especializados.

El trabajo de traje y corbata tiene más prestigio social que el realizado con

²Cortada de Kohan, N. (2008). *El profesor y la orientación vocacional* (2.ª ed.). Editorial Trillas.

uniforme. Eso es cierto. Pero **el prestigio no paga la renta. El ser competente sí.**

Y hay otro factor importante que debemos entender como padres. Los adolescentes que están en preparatoria atraviesan una etapa natural del desarrollo. Están empezando a pensar en su futuro, pero todavía lo hacen desde sus emociones, no desde la información. Dicen “quiero ser médico” porque les gusta la imagen del doctor con bata blanca, no porque hayan investigado cómo es realmente la vida de un médico. Dicen “quiero estudiar Derecho” porque suena importante, no porque hayan pasado un día en un juzgado.

Es normal. Así funciona el cerebro adolescente. Primero sienten, luego piensan. Primero imaginan, luego investigan.

El problema es que muchos se quedan ahí. Nunca pasan de la fantasía a la realidad. Nunca contrastan lo que imaginan con lo que realmente existe. Y cuando finalmente entran a la universidad, el choque es brutal. “No era lo que yo esperaba.” Ya conocemos esa frase.

¿Por qué se quedan atrapados en esa etapa? Porque nadie los ayuda a dar el siguiente paso. Nadie los expone a experiencias reales que les permitan conocer las profesiones más allá de la imagen social. Nadie les muestra que hay una diferencia enorme entre lo que imaginan y lo que existe.

Aquí es donde todo se conecta. Y donde tú, como padre, entras en escena. Piensa en tu propia historia. En las decisiones que tomaste a los 17 o 18 años. ¿Las toмaste con información real o con imágenes sociales? ¿Alguien te ayudó a pasar de lo que sentías a lo que realmente podías hacer

bien? ¿O tuviste que descubrirlo solo, a golpes, después de años de prueba y error?

Ahora piensa en tu hijo. Está parado en el mismo lugar donde tú estuviste. Con las mismas dudas. Con la misma presión. Con las mismas mentiras sociales bombardeándolo desde todos lados. Pero con una diferencia importante.

Te tiene a ti.

Tú ya recorriste ese camino. Ya sabes que el prestigio a veces es una ilusión que cambia con las décadas o el contexto. Hace 50 años, ser artista o músico descalificaba socialmente. Hoy tienen gran prestigio. Hace 50 años, el sacerdocio era una de las carreras más respetadas. Hoy tienen dificultades para cubrir vacantes. Las modas pasan. Las imágenes sociales se transforman.

Lo que no cambia es el valor de una persona con carácter firme. Una persona competente, con buenas habilidades sociales, que resuelve problemas, será valiosa en cualquier época, en cualquier carrera, en cualquier país.

Si tu hijo elige solo por prestigio, probablemente elegirá mal. Si elige desde la fantasía, sin contrastar con la realidad, probablemente desertará. Si no desarrolla los tres principios del carácter, no importa qué carrera elija, no prosperará.

Pero si desarrolla carácter —competencia, relaciones, resolución de problemas— puede tener éxito en cualquier camino que tome. Porque el carácter es transferible. El carácter es permanente. El carácter es lo que queda cuando todo lo demás cambia.

La pregunta entonces es clara. ¿Qué vas a hacer tú para ayudarlo a desa-

rrollar ese carácter?

TU TRABAJO COMO PADRE

Estos tres principios —competencia, relaciones, resolución de problemas— no aparecen mágicamente. Hay que *provocarlos*. Y ese es tu trabajo como padre.

Pero hay algo que quiero que entiendas antes de cerrar este capítulo.

Hay un modelo perfecto de paternidad que muchas veces pasamos por alto. Dios, como Padre, nos muestra algo profundo sobre cómo amar a nuestros hijos.

Dios, en su infinito amor y a pesar de saber todas las cosas que podrían suceder, no nos obliga a nada. Nos da la libertad de tomar nuestras propias decisiones, incluso cuando sabe que podemos equivocarnos. En Deuteronomio 30:19 dice: “*He puesto delante de ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida.*”

Nota lo que hace. Presenta las opciones. Explica las consecuencias. Da una recomendación clara. Pero al final dice “escoge tú”. No obliga. No manipula. Respeta la libertad que Él mismo nos dio, porque a través de ejercer esa libertad, se forma nuestro carácter, y Dios sabe que eso es muchísimo más importante que solo decirnos qué hacer.

Amar así es difícil. Porque requiere soltar el control. Requiere aceptar que tu hijo puede elegir diferente a lo que tú elegirías. Pero cuando amas dando libertad, algo hermoso sucede. Es más fácil recibir amor y respeto de vuelta. No hay resentimiento. No hay rebeldía forzada. Hay confianza

mutua.

Ahora, Dios nos da libertad, pero no nos deja sin guía. Nos da instrucciones, principios, mandamientos. Un norte claro para no perdernos. Y cuando nos perdemos, deja pistas para regresar a casa.

Eso es exactamente lo que hacemos como padres. Formamos. Enseñamos. Damos herramientas. Exponemos a experiencias. Pero al final, damos la libertad de elegir. Y confiamos en que, incluso si eligen mal, tienen lo necesario para remediar su error, aprender, volver a intentarlo, para regresar a casa.

Nuestro trabajo no es resolverles la vida. Nuestro trabajo es **exponerlos a situaciones** que les permitan aprender a resolver la suya.

En un ambiente seguro y progresivo durante la adolescencia. Con retos bien dosificados, cuidando su autoestima, avanzando paso a paso.

No los lanzas a la alberca profunda sin saber nadar. Pero tampoco los dejas toda la vida en la parte bajita con flotadores. Les enseñas en la parte bajita. Luego quitas los flotadores. Luego los dejas nadar en la parte media. Luego, cuando están listos, los dejas ir a la parte profunda.

De menos a más. A los 13 años, un trabajo de un mes ayudando en el negocio familiar. A los 15 años, un trabajo de verano de tres meses. A los 17 años, un proyecto de seis meses con responsabilidad real.

Pequeñas pruebas con consecuencias pequeñas que enseñan sin destruir la confianza. Si lo vemos como proceso, el tropiezo deja de ser sorpresa y se convierte en parte del plan.

Caerse no está mal si uno aprende a levantarse.

Al final, todo se reduce a esto.

¿Quieres que tu hijo tenga éxito profesional? Entonces forma una persona en la que otros puedan **confiar**.

Todos preferimos profesionales experimentados. Personas que ya han enfrentado problemas similares al nuestro y saben cómo reaccionar. Esa confiabilidad nace de años de exposición a experiencias reales donde tuvieron que responder y entregar resultados.

Si privas a tu hijo de esas experiencias durante la adolescencia, llegará a la vida adulta sin referentes. Sin evidencias de que puede. Sin confianza en sí mismo.

La buena noticia es que la adolescencia es el laboratorio perfecto para esto. Es el momento donde pueden cometer errores con consecuencias manejables. Donde pueden fracasar sin destruirse. Donde pueden intentar, fallar, ajustar, y volver a intentar.

Pero necesitas ser intencional. No va a pasar solo. Y necesitas soltar. No controlarlo todo. Confiar en el proceso. Confiar en lo que ya sembraste. Y darle la libertad de crecer.

RETO DEL CAPÍTULO

Siéntate con tu hijo y evalúen honestamente dónde está en cada pilar.

Pilar 1: Competencia

- ¿En qué es naturalmente bueno? (que otros reconozcan, no solo él)
- ¿Qué hace sin que nadie se lo pida?
- ¿Tiene evidencias tangibles de esa competencia?

Pilar 2: Relaciones

- ¿Tiene amigos cercanos que han durado al menos 2 años?
- ¿Puede trabajar en equipo sin crear conflictos?
- ¿Puede recibir crítica sin colapsar?

Pilar 3: Resolución de problemas

- ¿Puede completar proyectos aunque se compliquen?
- ¿Aprende de sus errores o repite los mismos?
- ¿Puede trabajar bajo presión sin paralizarse?

El trabajo de este capítulo

El carácter no se hereda. Se construye.

Y se construye mediante exposición repetida a situaciones donde tu hijo tiene que aportar valor (competencia), trabajar con otros (relaciones), y salir adelante a pesar de dificultades (resolución de problemas).

La universidad no va a formar el carácter de tu hijo. Eso es tu trabajo. Y el tiempo para hacerlo es ahora, durante la adolescencia, antes de que tome decisiones permanentes sobre su futuro.

No necesitas ser perfecto. No necesitas tener todas las respuestas. Solo necesitas ser intencional. Crear oportunidades. Soltar el control poco a poco. Y confiar en que lo que siembres dará fruto, aunque no lo veas de inmediato.

Recuerda. Amar es dar libertad. Pero libertad con guía. Libertad con principios. Libertad con la seguridad de que, pase lo que pase, tu hijo sabe que puede volver a casa.

Ahora bien, hemos hablado de carácter en general. Pero hay algo más específico que necesitas entender. Porque además de ese carácter hay fortalezas únicas que tu hijo tiene y que otros no. Talentos naturales. Inclinaciones. Cosas que hace bien sin esfuerzo aparente.

Y esas fortalezas no se descubren con una prueba académica. Se descubren en casa. En el día a día. En las conversaciones que tienes con él. En lo que observas cuando nadie lo está evaluando.

En el siguiente capítulo vamos a hablar de cómo identificar esas fortalezas únicas. Cómo crear una cultura familiar que las nutra en lugar de apagarlas. Y cómo usar ese conocimiento para guiar, sin imponer, la decisión de carrera.

Pero todo empieza aquí. Con carácter.

Porque al final del día, **el éxito no depende de la carrera que elijas, sino del carácter que desarrolles.**

III

El talento que nadie nombró

LO QUE CREÍ DEFECTO ERA FORTALEZA

Siempre fui esa persona a la que le gustaba aprender de todo. Me gustaba la música, los deportes, la historia, las matemáticas. Disfrutaba estudiar, pero también salir a fiestas. Practiqué fútbol americano, soccer, voleibol y basketball. Pero nunca fui excelente en algo específico. Era promedio en todo.

Mucha gente me lo criticaba. Mi mamá me decía que si no escogía una sola cosa, nunca iba a poder ser muy bueno en algo. Pero a mí me parecía imposible elegir. Todo atraía mi atención. Y llegué a pensar que eso era un defecto. Que nunca iba a poder sobresalir en nada porque me gustaba todo. Creí que esa era mi maldición.

Además, siempre fui competitivo. Me gusta ganar y detesto perder. Esa intensidad se me notaba en el cuerpo, en las expresiones, en mi forma de hablar cuando competía. Si no me sentía satisfecho con el resultado, lo volvía a intentar hasta lograrlo.

Pero durante años escuché lo mismo de mi familia. “Relájate.” “No es para tanto.” “No pasa nada si pierdes.” No lo decían con mala intención. Simplemente ellos no eran competitivos como yo. Proyectaban su forma de ver las cosas sobre mí. Y yo, como muchos adolescentes, les creí. Concluí que algo estaba mal conmigo por querer ganar.

Me pasó algo similar con mi curiosidad por probar cosas nuevas. Me gus-

taba asumir riesgos que otros evitaban. Pero nunca tuve la guía correcta, y esa tendencia me metió en muchos problemas. De nuevo, escuché que “estaba mal”. Y sí, me estaba metiendo en problemas. Pero la valentía de hacer lo que otros no se atrevían no era el problema. El problema era que no sabía canalizarla. Terminé teniéndole miedo a esa parte de mí.

También fui esa persona que disfrutaba reunir amigos, buscar la armonía del grupo, tomar el rol de coordinar. Me llegaron a decir “el queda bien”. Otra vez, interpreté que algo estaba mal, y dejé de ser intencional con mis amistades.

Como muchos, crecí con inseguridades. Sin libertad para ser yo y disfrutarlo. Desconectado de mi propia realidad.

Todo cambió alrededor de los 23 años, cuando salí de casa y me independicé.

Dejé de escuchar esos comentarios negativos y pude ser yo mismo. Me permití ser competitivo e intenso. Y descubrí que me iba *mucho mejor* cuando dejaba de pelear contra mi naturaleza y empezaba a usarla a mi favor.

La competitividad y lo arriesgado me llevó a emprender. Y eso de que “me gustaba todo” resultó ser una ventaja enorme. Cuando tuve mi propio negocio, podía entender las diferentes áreas: ventas, atención al cliente, logística, impuestos, administración, finanzas, planeación, etc. Eso me colocaba muy por delante de mi competencia. La curiosidad por “estar en todo” me dio visión integral de un negocio. Y esa búsqueda de armonía que me habían criticado me convirtió en un jefe que escucha, reconoce talentos en otros, y construye confianza en equipos.

Lo que antes creí debilidad, hoy opera como ventaja.

Nadie lo había nombrado como fortaleza. Al ser incómodo para otros, la trataron como debilidad. Pero siempre estuvo ahí. Solo necesitaba permiso para salir.

Años después encontré una herramienta que me ayudó a ponerle nombre a todo esto. Se llama CliftonStrengths, desarrollada por la organización Gallup.¹

Cuando hice la evaluación y leí mis cinco fortalezas principales, se me salieron las lágrimas. Varias de ellas las había estado suprimiendo durante muchos años. Dentro de mí yo sabía que eran algo bueno, pero el mundo me había enseñado a suprimirlas.

Pude identificar que había vivido reprimiendo cualidades únicas en mí. Que reprimirlas y evitar ser yo mismo era parte de mis inseguridades. Y cuando descubrí que eran fortalezas, me sentí con la libertad de poder usarlas para mi beneficio.

Esa experiencia me enseñó algo que ahora comparto contigo.

Tu hijo tiene fortalezas que probablemente nadie ha nombrado. Y si nadie las nombra, corre el riesgo de tratarlas como defectos. De suprimirlas. De que crezca desconectado de lo mejor que tiene.

Tu trabajo como padre, además de formar su carácter, es **descubrir y validar las fortalezas únicas de tu hijo.** Darles nombre. Darles valor. Darles espacio para crecer.

Y esto no me pasó solo a mí. Le pasa a muchos.

¹Rath, T. (2007). *StrengthsFinder 2.0*. Gallup Press. Edición en español: Rath, T. (2022). *Descubre tus fortalezas 2.0*. Reverté Management.

Tus hijos desde chiquitos saben que todos somos diferentes. A algunos les gusta el helado de chocolate, a otros el de vainilla. A algunos les gusta el ballet, a otros el fútbol. A algunos les gusta correr, a otros quedarse quietos leyendo.

Eso lo saben. Lo aprendieron en el kínder.

Pero hay algo que muchos nunca aprenden. Algo que tú, como padre, tienes que enseñarles intencionalmente.

Necesitan aprender a valorar esas diferencias, no a rechazarlas.

Y aquí está el problema. Un niño o adolescente solo va a valorar lo diferente que es si esa diferencia le trae resultados positivos. Si su diferencia solo le trae críticas, burlas, o problemas, va a intentar suprimirla. Va a intentar ser como todos los demás.

Piensa en el niño callado y observador que prefiere leer en el recreo en lugar de jugar futbol. Si sus compañeros se burlan y su papá le dice “no seas raro, ve a jugar”, ese niño va a concluir que algo está mal con él. Va a esconder ese rasgo. Cuando en realidad, ser observador y reflexivo es una fortaleza valiosa en campos como la investigación, la escritura, el análisis de datos.

O piensa en la niña hiperactiva que no puede quedarse quieta, que siempre está organizando juegos y reuniendo amigos. Si los maestros la etiquetan como “problemática” y sus papás la regañan constantemente por “no estarse quieta”, va a crecer creyendo que su energía es un defecto. Cuando en realidad, esa capacidad de movilizar personas es oro puro en campos como ventas, liderazgo, organización de eventos.

Un adolescente que aprende que sus diferencias son fortalezas —que son valoradas, que dan resultados en ciertas áreas de la vida— va a

empezar a querer desarrollarlas.

Cuando un adolescente se da cuenta que es bueno en algo, no necesitas empujarlo a practicar. Lo va a hacer solo. Va a querer hacer más de lo que él sabe que es bueno, porque dar resultados y tener pequeñas victorias lo hace sentir bien y lo mantiene motivado para seguir creciendo.

Pero para que eso pase, alguien tiene que nombrarlo primero. Alguien tiene que decirle: “Eso que haces es una fortaleza. Tiene valor. Vamos a desarrollarla.”

Ese alguien eres tú.

Y para poder nombrarlo, necesitas herramientas. Necesitas un lenguaje. Necesitas saber qué buscar.

DE TALENTO A FORTALEZA

En el Capítulo 2 hablamos del primer principio del éxito: ser competente en algo. Ser realmente bueno. No mediocre.

Pero surge una pregunta obvia. ¿Cómo logras que tu hijo sea sobresaliente en algo?

La respuesta está en una fórmula que Gallup descubrió después de décadas estudiando a personas exitosas en todo el mundo:

$$\text{Talento} \times \text{Inversión} = \text{Fortaleza}$$

Déjame explicar cada parte, porque entender esta fórmula puede cambiar la forma en que ves a tu hijo.

Talento es una forma natural de pensar, sentir o actuar. Es algo con lo que naces. No lo eliges. Simplemente está ahí.

Todos tenemos talentos naturales. Todos. Tus hijos están incluidos. La pregunta no es *si* tiene talentos, sino *cuáles* son y si alguien los ha identificado.

El talento se manifiesta como una tendencia natural. El niño que siempre está organizando cosas tiene talento para eso. La niña que no puede dejar de hablar y convencer a otros tiene talento para comunicar. El adolescente que pasa horas investigando un tema que le interesa tiene talento para aprender. No es esfuerzo forzado. Es inclinación natural.

Inversión es el tiempo de práctica que dedicas a desarrollar ese talento. Las habilidades que adquieres. El conocimiento que acumulas. Las horas que inviertes intencionalmente en mejorar.

El talento solo no basta. Un diamante en bruto sigue siendo una piedra si nadie lo pule. Un talento sin inversión es potencial desperdiciado.

Fortaleza es el resultado. La capacidad de generar un rendimiento excelente de forma constante. No solo hacerlo bien una vez. Hacerlo bien siempre. Es cuando el talento natural, cultivado con práctica intencional, se convierte en una ventaja real.

Aquí está lo importante. En esta fórmula, el talento funciona como *multiplicador*.

Piénsalo con números. Si tu hijo tiene poco talento natural para algo (digamos, un 2 en una escala del 1 al 5), pero invierte muchísimo esfuerzo (un 5), su fortaleza resultante sería 10. Podrá lograr un nivel básico de competencia y con mucho trabajo invertido.

Pero si tu hijo tiene talento natural alto (un 5) y además invierte esfuer-

zo (otro 5), su fortaleza resultante sería 25. Más del doble con el mismo esfuerzo.

El mismo esfuerzo produce resultados radicalmente diferentes dependiendo de si se aplica sobre un talento natural o no.

Ahora veamos los escenarios que se pueden dar:

Escenario 1: Mucho esfuerzo, poco talento. Es la persona que trabaja durísimo en algo para lo que no tiene inclinación natural. Pasa años estudiando, practicando, esforzándose. Puede lograr un nivel aceptable, pero nunca sobresaliente. Se frustra porque ve a otros avanzar más rápido con menos esfuerzo. Muchos desertan de carreras universitarias por esto. Eligen algo que no encajaba con sus talentos y, por más que se esforzaron, nunca pudieron destacar.

Escenario 2: Mucho talento, poca inversión. Es la persona que tiene un don natural pero nunca lo desarrolla. El niño que dibuja increíble pero nunca toma clases. El adolescente que tiene facilidad para liderar pero nunca acepta responsabilidades. El joven que podría ser brillante en algo pero prefiere la comodidad. Tiene el diamante en bruto, pero nunca lo pule. Y el potencial se queda en eso: potencial.

Escenario 3: Talento identificado e inversión intencional. Es cuando alguien descubre su talento natural y decide cultivarlo. Practica. Estudia. Se expone a retos progresivos. El talento se multiplica con la inversión y se convierte en fortaleza real. Esta persona no solo es buena en lo que hace. Es sobresaliente. Y además disfruta haciéndolo, porque está alineado con su naturaleza.

Hay una historia antigua que ilustra esto perfectamente. En la Biblia, Jesús cuenta una parábola sobre un hombre que, antes de salir de viaje, les confía dinero a tres empleados.² A uno le da cinco monedas, a otro dos, y a otro una. A cada uno según su capacidad.

Los primeros dos invierten lo que recibieron. Trabajan con ello. Lo multiplican. Cuando el jefe regresa, le entregan el doble de lo que les dio. El tercero tuvo miedo. En lugar de invertir su moneda, la enterró. La escondió. No hizo nada con ella. Cuando el jefe regresa y le pregunta qué hizo, su respuesta es reveladora: “Tuve miedo y escondí lo que me diste.” El jefe no lo felicita por “proteger” lo que tenía. Lo reprende por no hacer nada con ello.

Esta historia enseña principios poderosos que aplican directamente a lo que estamos hablando:

Primero, **los talentos se nos dan según nuestra capacidad.** No todos recibimos lo mismo, y eso está bien. Tu hijo tiene talentos específicos para él.

Segundo, **se nos pedirá cuenta de lo que hicimos con ellos.** No de los talentos de otros. De los propios.

Tercero, **no hacer nada con un talento es desperdiciarlo.** El problema del tercer empleado no fue que tenía poco. Fue que no hizo nada con lo que tenía.

Y cuarto —y esto es crucial— **el miedo aparece cuando comparamos nuestros talentos con los de otros.** El tercer empleado vio que los otros tenían más y se paralizó. Menospreció lo que él tenía. Pero nadie le pidió

²Mateo 25:14-30

que administrara los talentos de los demás. Solo los suyos.

Más adelante hablaremos de cómo evitar la trampa de la comparación. Por ahora, quédate con esto: tu trabajo como padre no es comparar a tu hijo con otros. Es ayudarlo a identificar sus talentos únicos y crear las condiciones para que los multiplique.

Hay una creencia cultural muy arraigada que dice: “Si te esfuerzas lo suficiente, puedes alcanzar todas tus metas.” Suena inspirador. Pero no es del todo cierto.

La realidad es otra:

No puedes ser todo lo que quieras ser. Pero puedes llegar a ser mucho más de lo que ya eres.

No todos servimos para todo. Y eso no es malo. Es simplemente la realidad. Tu hijo tiene talentos naturales en ciertas áreas y no en otras. Tu trabajo no es forzarlo a ser bueno en todo. Tu trabajo es descubrir dónde están sus talentos y ayudarlo a invertir ahí.

Cuando tu hijo trabaja desde sus fortalezas, todo cambia:

- Tiene ganas de practicar sin que nadie lo obligue
- Aprende más rápido que otros en esa área
- Se siente motivado y con energía
- Los resultados llegan de forma natural
- Su confianza crece con cada pequeña victoria

Cuando trabaja fuera de sus fortalezas, pasa lo contrario. Tiene que esforzarse el triple para lograr lo mismo que otros. Se frustra. Pierde motivación. Y aunque logre un nivel básico de competencia, nunca será sobresaliente.

LOS 34 TALENTOS QUE TU HIJO PUEDE TENER

Ahora viene la parte práctica. ¿Cómo identificas los talentos de tu hijo? Gallup identificó 34 temas de talento que aparecen consistentemente en las personas. No son los únicos talentos posibles, pero representan los patrones más comunes que encontraron después de estudiar a millones de personas.

Te presento estos 34 temas organizados por categorías. Mientras los lees, piensa en tu hijo. ¿Cuáles reconoces en él? ¿Cuáles has visto pero nunca habías nombrado?

Talentos de Ejecución — Hacen que las cosas sucedan

- **Logrador:** Siempre está haciendo algo. Le molesta el tiempo sin producir. *Funciona bien en:* emprendimiento, ventas, proyectos con metas claras.
- **Organizador:** Coordina muchas cosas a la vez y encuentra la mejor forma de acomodarlas. *Funciona bien en:* logística, producción, organización de eventos.
- **Creencia:** Tiene valores firmes que guían todo lo que hace. *Funciona bien en:* trabajo social, ministerio, causas con propósito.
- **Disciplina:** Le gusta el orden, la rutina y la estructura. *Funciona bien en:* contabilidad, administración, control de calidad.
- **Enfoque:** Cuando elige una meta, no la suelta hasta lograrla. *Funciona bien en:* gerencia de proyectos, deportes, investigación.
- **Responsabilidad:** Lo que promete, lo cumple. Su palabra vale. *Funciona bien en:* cualquier puesto de confianza, supervisión, aten-

ción al cliente.

- **Restaurador:** Le encanta arreglar lo que está roto. Detecta problemas y busca soluciones. *Funciona bien en:* soporte técnico, medicina, consultoría.

Talentos de Influencia — Toman el mando e impactan a otros

- **Activador:** No le gusta planear demasiado. Prefiere actuar ya. *Funciona bien en:* startups, ventas, roles que requieren iniciativa rápida.
- **Mando:** Tiene presencia natural. Toma decisiones difíciles sin problema. *Funciona bien en:* dirección, política, situaciones de crisis.
- **Comunicación:** Explica ideas complejas de forma simple. Es buen conversador. *Funciona bien en:* periodismo, docencia, marketing, ventas.
- **Competitivo:** La competencia lo motiva. Le gusta medir su progreso contra otros. *Funciona bien en:* deportes, ventas, cualquier ambiente con rankings.
- **Maximizador:** Busca la excelencia. Prefiere mejorar lo bueno que arreglar lo malo. *Funciona bien en:* desarrollo de talento, coaching, producción de alta calidad.
- **Autoconfianza:** Confía en su criterio. Puede tomar riesgos sin penalizarse. *Funciona bien en:* emprendimiento, liderazgo, roles con autonomía.
- **Significación:** Quiere dejar huella. Le importa ser reconocido por hacer algo importante. *Funciona bien en:* cargos públicos, fundaciones, proyectos de alto impacto.

- **Carisma:** Le encanta conocer gente nueva y ganarse su confianza rápido. *Funciona bien en:* relaciones públicas, ventas, networking, política.

Talentos de Relación — Construyen y mantienen vínculos

- **Adaptabilidad:** Fluye con los cambios. No le estresa lo inesperado. *Funciona bien en:* atención a clientes, trabajo en campo, ambientes cambiantes.
- **Conexión:** Ve cómo todo está relacionado. Encuentra sentido en los eventos. *Funciona bien en:* roles espirituales, terapia, trabajo comunitario.
- **Desarrollador:** Disfruta ver crecer a otros. Detecta potencial donde otros no lo ven. *Funciona bien en:* docencia, coaching, recursos humanos, mentoría.
- **Empatía:** Siente lo que otros sienten. Entiende perspectivas diferentes. *Funciona bien en:* psicología, servicio al cliente, trabajo social, salud.
- **Armonía:** Busca acuerdos. Evita conflictos innecesarios. *Funciona bien en:* mediación, trabajo en equipo, negociación, diplomacia.
- **Inclusión:** Nota quién se siente excluido y hace algo al respecto. *Funciona bien en:* recursos humanos, trabajo social, educación especial.
- **Individualización:** Ve lo único de cada persona. Sabe cómo armar equipos diversos. *Funciona bien en:* reclutamiento, docencia personalizada, liderazgo de equipos.
- **Positivo:** Su entusiasmo es contagioso. Motiva a otros con su op-

timismo. *Funciona bien en:* ventas, servicio, cualquier rol de cara al público.

- **Relación:** Prefiere pocas amistades profundas que muchas superficiales. *Funciona bien en:* roles de confianza, asesoría personal, trabajo con clientes recurrentes.

Talentos de Pensamiento Estratégico — Analizan y toman decisiones

- **Analítico:** Necesita datos y pruebas. No le basta con opiniones. *Funciona bien en:* investigación, finanzas, ciencia, análisis de datos.
- **Contexto:** Entiende el presente mirando el pasado. La historia le da perspectiva. *Funciona bien en:* historia, derecho, consultoría, política.
- **Futurista:** Visualiza lo que podría ser. El futuro lo inspira más que el presente. *Funciona bien en:* innovación, tecnología, planeación estratégica.
- **Ideación:** Le fascinan las ideas nuevas. Conecta cosas que otros no relacionan. *Funciona bien en:* publicidad, diseño, investigación, emprendimiento.
- **Intelección:** Disfruta pensar profundamente. Es reflexivo e introspectivo. *Funciona bien en:* filosofía, escritura, investigación, roles de análisis.
- **Estudioso:** Ama aprender. El proceso de descubrir algo nuevo lo emociona. *Funciona bien en:* cualquier campo que requiera actualización constante.
- **Estratégico:** Ve caminos donde otros ven obstáculos. Identifica patrones y rutas alternativas. *Funciona bien en:* consultoría, direc-

ción, planeación, negocios.

- **Prudencia:** Piensa antes de actuar. Anticipa riesgos. *Funciona bien en:* finanzas, seguridad, auditoría, roles de riesgo.
- **Recopilador:** Guarda información que podría ser útil después. Le gusta saber de todo. *Funciona bien en:* investigación, bibliotecas, periodismo, archivo.

Esta lista no es para que tu hijo memorice o para que le pongas etiquetas. Es una herramienta para que tú, como padre, empieces a observar con otros ojos.

La próxima vez que veas a tu hijo haciendo algo sin que nadie se lo pida, pregúntate: ¿qué talento está usando ahí? La próxima vez que lo veas frustrado o energizado, pregúntate: ¿está trabajando con sus talentos o contra ellos?

Si quieres profundizar más, te recomiendo que tu hijo haga la evaluación oficial de CliftonStrengths y que ambos lean el libro *Descubre tus fortalezas 2.0*. Pero incluso sin hacer el test, esta lista te da un punto de partida para empezar a nombrar lo que observas.

Porque lo que no se nombra, no se valora. Y lo que no se valora, se suprime.

LA CULTURA QUE NUTRE O QUE APAGA

Identificar los talentos es solo el primer paso. El segundo —y más difícil— es crear un ambiente en casa donde esos talentos puedan practicarse sin miedo.

Cuando un padre adopta la filosofía de fortalezas, no basta con nombrarlas. Hay que construir una cultura familiar donde esas fortalezas puedan desarrollarse en libertad, sin culpa, sin crítica constante.

Déjame compartirte cuatro errores que he visto una y otra vez en familias bien intencionadas. Cuatro formas de apagar los talentos de un hijo sin darte cuenta.

Error 1: Comparar

“¿Por qué no puedes ser como tu hermano?”

“Tu prima ya sabe tocar piano y tú apenas estás empezando.”

“Mira cómo se porta el hijo de los vecinos.”

La comparación entre hermanos, primos o compañeros entrena a un adolescente a desconfiar de sí mismo. Lo obliga a medir su valor por métricas ajenas. Y lo peor: rompe con la premisa básica de las fortalezas, que cada persona tiene una combinación única de talentos.

Si afirmo que la combinación de fortalezas de mi hijo es única e irrepetible, entonces compararlo con otros es incoherente. Es como criticar a un pez por no saber trepar árboles.

La regla puede ser simple: “En esta casa no comparamos. Y tampoco cancelamos la libertad que otros tienen de ser quienes son.”

Error 2: Imponer

“Vas a estudiar Medicina porque yo siempre quise ser médico.”

“En esta familia todos somos abogados.”

“Esa carrera no te conviene. Vas a estudiar lo que yo te diga.”

Imponer tu vocación frustrada o tus miedos profesionales sobre tu hijo

cancela su discernimiento. Convierte la elección de carrera en obediencia ciega, no en buena administración de sus talentos.

El objetivo no es que tu hijo repita tu biografía. Es que tenga la libertad de elegir cómo y dónde usar sus fortalezas. Tu papel es orientar con datos, escenarios y consecuencias. No dictar sentencia.

Recuerda lo que vimos en el capítulo anterior. Dios nos da libertad para elegir, aunque sabe que podemos equivocarnos. Porque a través de ejercer esa libertad se forma el carácter. Nosotros, como padres, hacemos lo mismo.

Error 3: Amenazar con dinero

“Si no estudias Ingeniería, vas a morirte de hambre.”

“Los artistas no ganan nada. Mejor estuda algo de provecho.”

“¿Psicología? ¿Y de qué vas a vivir?”

Esto es pedagogía del miedo. Y el miedo puede forzar decisiones, pero aborta la confianza y la curiosidad. Las mejores decisiones de la vida no se toman desde el miedo.

La Biblia dice en 1 Juan 4:18 que “en el amor no hay temor”. Si amas a tu hijo, no lo manipulas con miedo. Lo orientas con información.

En lugar de amenazar, habla de modelos de ingreso. Explícale qué problema resuelve cada profesión, a quién se lo resuelve, y cómo se cobra por eso. El dinero deja de ser látigo y se vuelve consecuencia natural del trabajo bien hecho.

Error 4: Rescatar de todo

“No te preocunes, yo hablo con tu maestro.”

“Déjame resolver esto por ti.”

“Tú no te metas, yo me encargo.”

Rescatar sistemáticamente a tu hijo de todo problema no le enseña a manejar conflictos. Le roba la oportunidad de desarrollar el músculo.

Recuerda la fórmula. Talento × Inversión = Fortaleza. La inversión incluye práctica. Y la práctica incluye fallar, ajustar, y volver a intentar. Si quitas el obstáculo, quitas el músculo.

Esto no significa abandonarlos. Significa acompañar sin resolver. Estar presente sin tomar el control. Dejar que el dolor tolerable haga su trabajo. El micro riesgo cuidadosamente administrado construye autoestima real. No la autoestima que viene de halagos vacíos, sino la que nace de evidencias: “lo intenté, mejoré, lo logré”.

Estos cuatro errores —comparar, imponer, amenazar, rescatar— son comunes porque vienen de buenas intenciones. Ningún parente los comete queriendo hacer daño. Pero el resultado es el mismo: talentos que se apagan, fortalezas que se suprimen, hijos que crecen desconectados de lo mejor que tienen.

La buena noticia es que puedes cambiar. No tienes que ser perfecto. Solo tienes que ser intencional.

EL LABORATORIO DE CASA

Tu rol como parente es crear el ambiente donde tu hijo pueda descubrir sus talentos, nombrarlos, y practicarlos sin miedo a ser ridiculizado o criticado.

Pero no basta con identificarlos. Tienes que ser intencional en cultivarlos. Un talento sin inversión es solo potencial. Y el potencial sin acción no paga cuentas, no abre puertas, no construye carreras. Tu trabajo como padre es crear las condiciones para que ese talento se convierta en fortaleza real.

¿Cómo se ve eso en la práctica?

Primero, observa sin juzgar. ¿Qué hace tu hijo cuando nadie lo obliga? ¿En qué actividades pierde la noción del tiempo? ¿Qué cosas hace mejor que sus compañeros sin esfuerzo aparente? Esas son pistas de talento.

Segundo, nombra lo que ves. No basta con observar. Tienes que decirlo en voz alta. “Hijo, noto que tienes facilidad para organizar cosas. Eso es una fortaleza.” “Hija, veo que la gente te busca cuando tiene problemas. Tienes talento para escuchar y conectar.”

Cuando nombras un talento, le das permiso de existir. Le das valor. Le das identidad.

Tercero, crea oportunidades de práctica. Si tu hijo muestra talento para comunicar, busca espacios donde pueda practicar: un club de debate, un podcast escolar, presentaciones en familia. Si muestra talento para organizar, dale proyectos que coordinar. Si muestra talento para analizar, involúcralo en decisiones familiares que requieran investigación.

La fortaleza no se desarrolla solo observando. Se desarrolla haciendo.

Cuarto, celebra el progreso, no solo el resultado. No esperes a que gane el concurso para celebrar. Celebra que se atrevió a participar. Celebra que practicó tres horas sin que nadie lo obligara. Celebra que mejoró respecto a la semana pasada.

El progreso constante construye confianza. Y la confianza alimenta más práctica. Y más práctica produce más progreso. Es un ciclo virtuoso.

Quinto, protege el espacio de experimentación. Tu hijo va a fallar. Va a intentar cosas que no funcionan. Va a descubrir que algunos talentos que creía tener no eran tan fuertes. Eso es parte del proceso.

Tu trabajo no es evitar que falle. Tu trabajo es crear un espacio donde el fracaso no sea catastrófico. Donde pueda experimentar, equivocarse, ajustar, y volver a intentar. Eso es lo que hace un laboratorio. Y tu casa puede ser ese laboratorio.

Ahora, hay algo importante que debes entender sobre las debilidades.

Muchos padres se obsesionan con corregir las debilidades de sus hijos. “Mi hijo es malo en matemáticas, hay que meterlo a clases hasta que las entienda.” “Mi hija es muy tímida, hay que forzarla a hablar en público.”

Pero piénsalo. ¿Conoces a alguna persona exitosa que haya llegado a donde está perfeccionando sus debilidades?

Yo no conozco a ninguna.

Los atletas de alto rendimiento no se enfocan en los deportes que se les dificultan. Se especializan en el que dominan.

Nadie se vuelve extraordinario perfeccionando sus debilidades. Las personas exitosas se vuelven exitosas perfeccionando sus fortalezas.

Entonces, ¿qué hacemos con las debilidades? Las gestionamos. No las ignoramos, pero tampoco invertimos toda nuestra energía en ellas. Las conocemos, las aceptamos, y buscamos formas de compensarlas.

Hay una historia que ilustra esto perfectamente.

Cuentan que un periodista le preguntó a Bill Gates: “Señor Gates, dicen que usted no es el mejor programador, ni el mejor ingeniero, ni el mejor administrador. ¿Cómo se explica entonces que haya construido el imperio tecnológico más grande del mundo?”

Gates sonrió y respondió: “Tienes razón. Yo no soy el mejor en nada de eso.”

El periodista, sorprendido, insistió: “Entonces, ¿cuál es su talento? ¿Qué lo hizo triunfar?”

Gates contestó: “Muy simple. Tengo el número de teléfono de los mejores. Si necesito arquitectura de software, llamo al mejor arquitecto. Si necesito un líder de negocios, llamo al mejor líder. Si necesito resolver un problema que no entiendo, llamo a quien sí lo entiende.”

Y remató: “Mi habilidad no es hacerlo todo. Mi habilidad es rodearme de quienes pueden hacerlo mejor que yo.”

Esto es lo que quiero que entiendas como padre.

Tu hijo no necesita ser bueno en todo. Necesita ser excelente en algo. Y necesita aprender a trabajar con personas que lo complementen.

En el mundo real, nadie trabaja solo. Las mejores empresas están formadas por equipos de personas con talentos diferentes que se complementan. El que es bueno analizando trabaja con el que es bueno comunicando. El que es bueno ejecutando trabaja con el que es bueno planeando.

Tu trabajo no es crear un hijo que pueda hacerlo todo. Es ayudarlo a identificar en qué es fuerte, desarrollar esa fortaleza al máximo, y enseñarle a colaborar con otros que son fuertes donde él es débil.

Eso es más realista. Y mucho más efectivo.

RETO DEL CAPÍTULO

Ahora viene tu parte. Este ejercicio te ayudará a identificar los talentos naturales de tu hijo y crear un plan para cultivarlos.

Paso 1: Observa y anota.

Durante esta semana, observa a tu hijo con ojos nuevos. Lleva un registro diario en tu teléfono o en un cuaderno. No juzgues lo que ves. Solo anótalo.

Preguntas para observar talentos naturales:

- ¿Qué actividades hace sin que nadie se lo pida?
- ¿En qué momentos parece más energizado o motivado?
- ¿Qué cosas hace mejor que otros de su edad sin esfuerzo aparente?
- ¿Qué tipo de problemas le gusta resolver?
- ¿Cómo se relaciona con amigos? ¿Es el que organiza, el que escucha, el que propone ideas?
- Cuando explica algo, ¿lo hace fácilmente o le cuesta encontrar las palabras?
- ¿Qué hace cuando tiene tiempo libre? ¿Lee, dibuja, arma cosas, investiga, socializa?
- ¿Qué elogios ha recibido de maestros, entrenadores o amigos?

Paso 2: Revisa la lista de 34 talentos.

Vuelve a leer la sección anterior con las descripciones de los 34 talentos de Gallup. Mientras lees, piensa en situaciones concretas donde has visto esos comportamientos en tu hijo.

Marca los 5 talentos que más reconoces. No tienen que ser perfectos. Solo

los que más se acercan a lo que observas.

Paso 3: Revisa los 4 errores.

Antes de hablar con tu hijo, hazte estas preguntas con honestidad:

- ¿He comparado a mi hijo con sus hermanos o primos respecto a estos talentos?
- ¿Estoy abierto a que su talento lo lleve por un camino diferente al que yo imaginé?
- ¿He usado el miedo (“no vas a ganar dinero con eso”) para desanimarlo de algo que le apasiona?
- ¿Lo rescato demasiado en lugar de dejarlo practicar y fallar?

Si respondiste sí a alguna, está bien. Ahora lo sabes. Puedes empezar a cambiar.

Paso 4: Ten la conversación.

Elige un momento tranquilo. Sin distracciones. Siéntate con tu hijo y comparte lo que observaste durante la semana.

Usa frases afirmativas:

- “He notado que tienes facilidad para...”
- “Me di cuenta de que cuando haces X, te ves muy motivado.”
- “Creo que uno de tus talentos naturales es...”

Luego pregúntale:

- ¿Estás de acuerdo con lo que observé?
- ¿Qué otros talentos crees que tienes?
- ¿Hay algo que te guste hacer pero que sientas que no puedes porque alguien te ha dicho que no es bueno?
- Si pudieras ser excelente en algo, ¿quéería?

Escucha más de lo que hablas. No corrijas. No minimices. Solo escucha.

Paso 5: Planeen juntos un experimento.

Recuerda la fórmula: Talento × Inversión = Fortaleza.

Ya identificaron el talento (Paso 1 y 2). Ahora necesitan crear la inversión (práctica intencional).

Elijan *un solo talento* que quieran desarrollar en los próximos tres meses.

Pregúntale a tu hijo cuál le gustaría explorar primero.

Busquen juntos:

- Una actividad, curso, o proyecto donde pueda practicarlo
- Un mentor, coach, o persona que ya sea fuerte en ese talento
- Un espacio seguro donde pueda experimentar sin miedo a fallar

Comprométanse a revisarlo juntos cada mes:

- ¿Qué aprendió este mes?
- ¿Qué le gustó? ¿Qué no?
- ¿Siente que está mejorando?
- ¿Quiere seguir o probar algo diferente?

No necesitas tener todas las respuestas. No necesitas ser experto en fortalezas. Solo necesitas empezar a observar con intención, nombrar lo que ves, y crear espacios para que tu hijo practique.

Porque al final del día, **las fortalezas no se nos dieron por accidente.**

Se nos confiaron para multiplicarlas.

Y tu rol como parente es ser el primero en nombrarlas. El primero en valorarlas. El primero en crear el espacio donde puedan florecer.

En el siguiente capítulo vamos a hablar de algo que complementa todo

esto: cómo ayudar a tu hijo a pasar de la teoría a la práctica. Cómo convertir esos talentos identificados en evidencias concretas de valor. Cómo prepararlo para el mundo real antes de que el mundo real lo ponga a prueba.

Parte II

De la teoría a la acción

Herramientas prácticas para explorar y decidir

IV

El mundo real de las profesiones

Hace unos años conocí a un joven llamado Eduardo. Tenía 24 años, acababa de terminar la carrera de Administración un par de años antes, y se sentía un poco frustrado. No porque le hubiera ido mal en la escuela. Al contrario. Había sido buen estudiante, responsable, dedicado. Terminó con promedio alto y hasta hizo sus prácticas en una empresa reconocida. El problema era otro.

Eduardo, aunque había hecho todo bien, no sabía qué hacer con su vida. Había elegido Administración porque le dijeron que “podía trabajar de todo”. Que era una carrera “muy versátil”. Que “siempre hay trabajo para un administrador”. Y técnicamente era cierto. Pero después de un par de años buscando su lugar en el mundo laboral, seguía sintiéndose perdido. “Es que soy bueno para muchas cosas”, me dijo, “pero no sé en qué enfocarme.”

Y ahí estaba el problema. Eduardo conocía sus fortalezas. Sabía que era organizado, analítico, bueno para comunicar. Pero nunca nadie le enseñó la otra mitad de la ecuación: *¿para qué sirven esas fortalezas en el mundo real? ¿Qué problemas pueden resolver? ¿A quién pueden ayudar?*

Eduardo tenía poder. Pero no tenía dirección. No tenía propósito.

Si llegaste hasta aquí, papá o mamá, ya aprendiste tres principios importantes que no a todos nosotros nos enseñaron:

- I. La carrera no define el éxito. La persona lo hace.

2. El carácter es el verdadero seguro del éxito, porque la vida real premia a quien sabe ser competente, construir relaciones y resolver problemas. No a quien presume títulos.
3. Los talentos en nuestros hijos existen, aunque no siempre lo identifiquemos fácilmente. Y cuando invertimos bien en ellos, se convierten en fortalezas.

Hasta aquí ya tienes una parte del mapa, que es la parte de adentro, la parte que te describe quién es tu hijo, qué lo hace único y en qué puede destacar.

Ahora sigue conocer otra parte, la parte del mundo real, que es donde tus hijos van ejercer sus fortalezas.

CONOCERSE ES SOLO EL INICIO

Muchos padres creen que si sus hijos “se conocen bien”, la decisión de elegir carrera será fácil. Que el camino se revelará solo.

Ojalá fuera así de simple.

La realidad es que conocernos es necesario, pero no siempre es suficiente. Conocer las fortalezas, tener un carácter desarrollado, haber explorado los intereses... todo eso es un excelente punto de partida, **pero hay más que necesitamos saber antes de elegir carrera.**

También necesitamos ser conscientes del contexto que nos rodea, de la sociedad de la que somos parte y las necesidades que tiene. Sin eso, las fortalezas se quedan flotando en el aire, sin lugar donde aterrizar.

Déjame explicarlo con una frase que quiero que recuerdes:

La fortaleza es poder, pero el contexto nos muestra la dirección.

Tu hijo puede tener una fortaleza genuina y aun así terminar frustrado. Puede ser realmente bueno en algo y no prosperar. No por falta de capacidad, sino porque nadie le enseñó a conectar lo que sabe hacer con lo que el mundo necesita. ¿Has conocido a alguien con mucho talento pero que nunca logró algo grande en la vida? Probablemente esa persona tenía poder de sobra, pero le faltaba propósito. Y aunque con poder puedes avanzar mucho, seguramente no será muy lejos o será hacia el lugar incorrecto.

Déjame darte un ejemplo concreto.

Imagina que tu hijo es naturalmente bueno explicando cosas. Cuando un compañero no entiende la tarea, él encuentra la forma de explicárselo de una manera clara y sencilla. Esa es su fortaleza.

Ahora, ¿dónde puede usar esa fortaleza?

Puede quedarse solo ayudando a su amigo cuando se lo pide. O puede convertirse en el tutor de su salón de clases, ayudando a varios compañeros y ganándose reputación de “el que explica bien”. O puede crear videos cortos explicando temas difíciles y compartirlos con toda su generación. Misma fortaleza. Tres niveles de impacto completamente diferentes.

La diferencia no está solo en qué tan bueno es. Está en dónde y a cuántas personas ayuda con esa habilidad.

Por eso la pregunta importante no es solo *¿en qué soy bueno?* La pregunta completa es: *¿En qué soy bueno y quién necesita esto que puedo hacer?*

EL SECRETO PARA QUE LES VAYA BIEN

Todos los padres quieren que les vaya bien a sus hijos. Eso es natural. Sin embargo, no todos les dan una estrategia para que esto suceda.

Como vimos en el Capítulo 1, a veces confiamos en que la escuela está haciendo su trabajo de enseñarles algo importante para que les vaya bien en la vida. Pero no siempre es el caso.

Normalmente, ¿qué consejos les damos les damos a nuestros hijos para que les vaya bien? Los clásicos son: “Échale ganas, hijo”, “Estudia mucho”, “Trabaja duro”, “Sé buena persona”. Frases que suenan bien y que decimos con cariño, pero el problema es que estos consejos son muy ambiguos. No le dan un indicador claro al adolescente para tomar decisiones. Él cree que el trabajo en exceso es la clave. Pero en la vida real no siempre es así.

Conocemos muchas personas que no trabajan ni 30 horas a la semana y les va el doble o triple mejor financieramente que los que trabajan 60. Muchas personas que no eran las más inteligentes de su salón tienen mejores pero puestos que los que sacaban puros dieces. Gente muy trabajadora que nunca prospera. Gente muy inteligente que nunca despega.

¿Por qué?

Porque **el esfuerzo por sí solo no garantiza resultados**. El esfuerzo necesita un objetivo.

Te lo digo claro:

“Echarle ganas” no es un plan. Es solo un deseo.

Las ganas ayudan. El esfuerzo importa. Pero no reemplazan una verdad

básica que nadie nos enseñó:

El mundo no recompensa esfuerzo ni las buenas intenciones. Recompensa valor agregado.

¿Y qué es “valor”?

- Resolver un problema que a alguien le duele
- Mejorar un proceso que cuesta tiempo o dinero
- Hacer algo más fácil o más rápido para otros
- Reducir un riesgo que preocupa

Eso es valor. Y el mundo paga por eso. Las oportunidades se abren a partir de eso.

Piensa en cualquier negocio exitoso. ¿Qué hace? Facilita algo. Resuelve algo. Mejora algo. Y como mucha gente lo necesita, al dueño y a todo su equipo les va muy bien. No porque sean los más inteligentes o los más trabajadores. Sino porque resuelven un problema para muchas personas.

La regla es simple: entre más personas ayudes, mejor te irá.

Entonces, si tú como padre quieres hacer bien tu parte, la clave no es decirle “échale ganas”. La clave es enseñarle a tu hijo a **aportar valor** a la sociedad en la que vive.

No se trata de qué tan inteligente sea, qué tan trabajador, o cuántas ganas tenga. Al final es un juego de aportar valor. Entre más valor pueda aportar, mejor le va a ir.

Y tampoco se trata solo de ayudar. Se trata de ayudar usando *su conjunto de fortalezas únicas*. Ahí es donde puede aportar más y mejor que otros.

VALOR NO ES BUENA INTENCIÓN

Aquí es donde muchos papás se confunden.

Educamos a nuestros hijos con amor. Les enseñamos valores. Queremos que sean “buenas personas”. Y eso está bien. Es fundamental.

Pero a veces nos quedamos solo en la intención. Decimos cosas como “Mi hijo es bueno”, “Mi hijo no se mete con nadie”, “Mi hijo tiene buen corazón”. Y todo eso es valioso moralmente. Pero no es suficiente para que le vaya bien en el mundo adulto.

El mundo adulto exige también **ser competente**. No basta con querer hacer el bien.

Piensa en la diferencia entre dos tipos de personas. Por un lado, el que es “buena persona” pero no sabe producir resultados. Es amable, educado, bien intencionado, pero cuando hay que resolver algo, construir algo o ejecutar algo, no sabe por donde empezar. Por otro lado, el que es buena persona y además sabe hacer que las cosas sucedan. El segundo casi siempre termina creando oportunidades. El primero, casi siempre termina frustrado preguntándose por qué no le va mejor si “es tan bueno”.

Conozco a muchos jóvenes así. Son amables, educados, bien portados. Pero cuando llega el momento de producir algo, de resolver algo, de crear algo... no saben cómo. Nadie les enseñó.

Sus papás les enseñaron a ser “buenos”. Pero no les enseñaron a ser *útiles*.

La bondad sin competencia es impotencia.

Y también existe el caso contrario. Personas muy capaces pero sin prin-

cípios. Que saben producir resultados pero no les importa a quién pisan en el camino.

Ser competente sin ser bondadoso es peligroso.

Necesitas las dos. Tu hijo necesita las dos.

Enseñarle a ser buena persona es fundamental. Pero si solo le enseñas eso, lo estás preparando a medias.

POR QUÉ EXISTEN LAS CARRERAS

En las conferencias de orientación vocacional que doy, una de las preguntas que le hago a los alumnos es: “¿Por qué creen que tienen que ir a la universidad?”

Las respuestas casi siempre son las mismas:

- “Para conseguir el título, porque el papelito habla”
- “Para tener mayores probabilidades de generar más ingresos”
- “Para tener un trabajo seguro”
- “Porque mis papás me mandan”

Estas respuestas no son incorrectas. Pero no cubren lo más importante.

Las universidades no se inventaron para dar papeles enmarcados. No se inventaron solo para que la gente gane dinero.

El propósito de la universidad es educarnos en algún área específica para que podamos aportar valor a la sociedad.

Esa es la verdadera razón. Formarnos para contribuir.

Piénsalo. Si una sociedad tiene industria manufacturera, las universidades de esa región ofrecerán ingenierías. Si tiene un sector financiero fuer-

te, encontrarás carreras de economía, finanzas y contaduría. Si tiene necesidades de salud, habrán más programas de medicina, enfermería y nutrición. La universidad no existe en el vacío. Está diseñada para satisfacer las necesidades de crecimiento de la sociedad donde opera. Las carreras no son etiquetas sociales ni títulos de adorno. **Son respuestas a problemas reales que alguien tiene que resolver.**

Por eso, si quieres que a tus hijos les vaya bien, conviene no basar la decisión solo en una carrera “que pague bien” o “que tenga mucho trabajo” o “que sea segura”, sino en una carrera en la que pueda aportar mucho valor usando sus fortalezas.

Porque el dinero es consecuencia del valor que aportamos. No al revés.

EL CONCEPTO CENTRAL DE LA ORIENTACIÓN VOCACIONAL

Hay una frase que resume todo lo que estamos hablando y es, desde mi punto de vista, el concepto máximo de la orientación vocacional:

“Todos nos deberíamos dedicar a aquello para lo que estamos mejor dotados.”

Así de simple. Así de profundo.

¿Por qué alguien se dedicaría a algo para lo que no es bueno? ¿Por qué alguien se dedicaría a algo donde no puede usar sus fortalezas? ¿Por qué alguien se dedicaría a algo que no le permite aportar lo mejor de sí?

Si todos como sociedad siguieramos este principio sería genial.

Si todos nos dedicáramos a aquello para lo que estamos mejor dotados, nos iría bien a todos en lo individual y también como sociedad. Tendríamos los mejores doctores, los mejores abogados, los mejores maestros, los mejores ingenieros. Cada quien aportando desde su mejor versión. Lo hermoso de la orientación vocacional es precisamente eso, que cuando todos están bien orientados, no solo se benefician en lo individual sino que se beneficia a la sociedad entera.

Ahora piensa en lo contrario.

Piensa en la última vez que recibiste un mal servicio de alguien. Tal vez un trámite que tardó semanas cuando debió tardar días. Una consulta donde sentiste que el profesional no sabía lo que hacía. Una clase donde el maestro parecía estar en el lugar equivocado.

En mis conferencias les digo a mis alumnos: “Levanten la mano quienes tienen un profesor o profesora del que algun día dijeron: ‘Este profe no sé quién le dijo que podía dar clases’.”

Casi todos levantan la mano.

No estoy diciendo que esas personas sean malas. Probablemente tienen buenas intenciones. Pero en algún momento eligieron un camino para el que no estaban mejor dotados. Quizá porque era “fácil”, porque “estaba disponible”, porque “pagaban bien”, o porque alguien les dijo que era “trabajo seguro”.

Pero elegir carrera así solo genera un profesional frustrado dando un servicio mediocre a personas que merecían algo mejor.

Cuando alguien se dedica a aquello para lo que no está mejor dotado, todos perdemos. Esa persona pierde porque vive insatisfecha. Y

quienes reciben su servicio pierden porque no obtienen lo mejor. Por eso importa tanto la orientación vocacional. No es un lujo. Es una responsabilidad.

EL CONTEXTO IMPORTA MÁS DE LO QUE CREE

Ahora bien, hay algo más que debemos considerar. Y esto es algo que muchos padres no enseñan.

No todas las fortalezas valen lo mismo en todos los contextos.

Una misma habilidad puede generar alto valor en un lugar, poco valor en otro, y prácticamente ningún valor en el contexto incorrecto. Por ejemplo, un excelente músico puede prosperar en una ciudad con industria cultural activa, pero batallar en una ciudad sin ese ecosistema. Un ingeniero especializado en cierta tecnología puede ser muy solicitado donde hay industria que la use, pero pasar desapercibido donde no existe esa demanda. Un comunicador brillante puede crear impacto donde hay medios y audiencias, pero sentirse limitado donde no hay plataformas.

No existen carreras malas en sí. Existen fortalezas mal ubicadas.

Esto explica por qué dos profesionales con el mismo título pueden tener vidas tan diferentes.

Conozco médicos trabajando en hospitales públicos ganando muy poco después de muchos años de estudio. Y conozco médicos con clínica propia que ganan en una semana lo que los primeros ganan en meses. Misma carrera. Mismo título. Dos realidades opuestas.

Conozco ingenieros buscando trabajo durante meses. Y conozco ingenieros liderando equipos con sueldos altísimos. Mismo título. Dos vidas. ¿Qué los diferencia? No es la carrera. No es el título. Es cómo conectaron sus fortalezas con un problema real que alguien necesitaba resolver. Es el valor que aportan en su contexto específico.

Lo que esto significa para ti como padre es importante.

Cuando tu hijo mencione una carrera que te preocupa, antes de rechazarla, pregúntate:

- ¿En qué contexto esta carrera sí tiene demanda?
- ¿Hay lugares donde personas con esta carrera prosperan?
- ¿Qué tendría que pasar para que mi hijo pueda ejercerla bien?

La solución no siempre es “estudia otra cosa”. A veces la solución es encontrar el contexto correcto, tal vez otra ciudad, otro país, otro sector, otra forma de aplicar esa fortaleza.

Muchos padres rechazan automáticamente carreras artísticas, humanísticas o “poco tradicionales”. Lo hacen porque en su contexto inmediato no ven necesidad de esas carreras.

Pero el mundo es más grande que nuestra ciudad. La diferencia está en cómo aplican sus fortalezas y en qué contexto lo hacen.

TRES NIVELES DE CONTEXTO

Si quieres ayudar a tu hijo a entender esto, enséñale a observar tres niveles de contexto:

i. Contexto familiar. Lo que tu casa premia o castiga.

Si en casa solo se premia “sacar buenas notas”, tu hijo aprende a complacer, no a aportar. Si solo se premia “portarse bien”, aprende a ser pasivo, no competente. Si se premia la responsabilidad y la iniciativa, aprende a ser útil.

En el primer contexto en que tu hijo aprende a desenvolverse es tu casa. ¿Qué le estás enseñando ahí?

2. Contexto local. La ciudad y su economía.

¿Qué industrias mueven tu ciudad? ¿Qué trabajos existen? ¿Qué se necesita y por qué?

No para que tu hijo elija carrera hoy, sino para que aprenda a observar la realidad sin fantasía. Muchos jóvenes eligen carrera basándose en películas, en redes sociales, en lo que “suena bonito”. Pocos se toman el tiempo de investigar qué necesita realmente el lugar donde viven. Hablaremos más acerca de esto en el siguiente capítulo.

3. Contexto global. Lo digital y lo conectado.

Hoy hay talentos que antes eran “inútiles” localmente pero globalmente son valiosos. Un hijo puede vivir en una ciudad pequeña y trabajar para empresas internacionales. Puede crear contenido que llegue a millones.

Puede ofrecer servicios a clientes en otros países.

El contexto ya no es solo geográfico. Pero sigue siendo contexto.

Si no enseñas a tu hijo a conocer el contexto en donde vive, se va a guiar por opiniones o ideas irreales, que son la peor forma de tomar decisiones importantes.

LA ECUACIÓN DEL VALOR

Hasta aquí hemos hablado de fortalezas y de contexto. Ahora vamos a juntarlos en una fórmula simple que puedes usar para evaluar cualquier decisión de carrera.

Valor = Fortaleza × Necesidad

Déjame explicar cada parte.

Fortaleza: Qué tan bien puede hacer algo tu hijo. Sus habilidades reales, competencias desarrolladas, dominio sobre una actividad. Ya trabajamos esto en el capítulo anterior con la fórmula: Talento × Inversión = Fortaleza.

Necesidad: Para quién y en qué contexto esa fortaleza es útil. ¿Qué necesidades existen? ¿Qué problema hay en la sociedad actual?

¿Por qué es multiplicación y no suma? Porque si cualquiera de las dos es cero, el resultado es cero. Una fortaleza sin necesidad es talento desperdiciado, es decir, alguien muy bueno en algo que nadie necesita. Y una necesidad sin fortaleza es una oportunidad no aprovechada, es decir, un problema real que existe pero que tu hijo no puede resolver porque no tiene las habilidades. El valor aparece solo cuando las dos coinciden, cuando lo que tu hijo sabe hacer bien es exactamente lo que alguien más necesita.

Traducido para ti como padre, tu rol tiene dos partes:

1. Ayudar a tu hijo a desarrollar aquello para lo que está mejor dotado
(fortalezas)

2. Enseñarle a concoer el contexto en donde vive y entender en qué es útil, qué se necesita y dónde puede aportar (necesidad)

La mayoría de los padres se quedan en la primera parte. Pocos trabajan la segunda, pero la vida exige las dos.

SERVIR PARA SERVIR

Aquí llegamos al corazón de este capítulo.

No se trata solo de que tu hijo conozca sus talentos. Se trata de que aprenda a ver qué es lo que el mundo necesita y valora.

Un hijo que solo piensa “¿qué me gusta?” vive centrado en sí mismo.

Un hijo que también piensa “¿qué puedo aportar?” vive conectado con la realidad.

El segundo tiene más oportunidades porque entiende cómo funciona el intercambio de valor en el mundo real.

Y aquí es donde muchos se confunden.

Una persona inmadura piensa en cómo el mundo se puede adaptar a ella. Una persona madura piensa en cómo adaptarse al mundo.

Si tu hijo crece creyendo que el mundo se debe acomodarse a él, cada frustración se vuelve una injusticia. Pero si crece entendiendo que él tiene la responsabilidad de adaptarse, aprender y volverse útil, entonces cada reto se vuelve una oportunidad de aprender.

Y aquí viene una frase fuerte, pero verdadera: “Si no sirves, no sirves”.

Sé que suena rudo, pero si lo que haces no ayuda a nadie, si no mejora nada, si no aporta, el mundo no tiene por qué pagar por lo que ofreces ni abrirte las puertas. No es crueldad. Es sentido común.

Servir no es minimizarte.

Servir no significa ser dejado, complaciente o pasivo. Y sí, muchas veces servir incluye someterse a una autoridad, seguir reglas, hacer fila, respetar procesos, cumplir horarios. Eso no es malo. Es parte de la vida. El punto es otro, que servir significa entender que lo que haces debe mejorar la vida de alguien más.

Un hijo que aprende esto no vive en modo “¿qué obtengo yo?”. Vive en modo “¿qué puedo aportar?”. Y ese modo de pensar, a largo plazo, le ofrecerá más oportunidades que cualquier estrategia centrada en sí mismo.

Servir no es debilidad. Es usar nuestras fortaleza para lo que otros necesitan.

La buena noticia es que no tienes que esperar a que tu hijo tenga 18 años para enseñarle esto. Estas son habilidades que se construyen desde la infancia y la adolescencia.

LO QUE LE PUEDES ENSEÑARLE DESDE AHORA

1. Responsabilidad real

Responsabilidad no es hacer las cosas cuando tienes ganas. Responsabilidad significa hacer lo que te toca *aunque* no tengas ganas. Un adolescente que aprende eso se vuelve raro, en el buen sentido. Y lo raro se vuelve valioso.

¿Cómo se enseña? Principalmente, dejando de rescatarlo de sus pequeñas consecuencias. Si no hizo la tarea, que enfrente al maestro. Si olvidó su lunch, que pase hambre ese día. No se trata de destruirlo ni de ser cruel, sino de dejar que experimente el peso natural de sus decisiones. La vida lo va a poner a prueba de todos modos. Mejor que se entrene contigo, donde las consecuencias son manejables.

2. Ser competente

Competencia es dominar algo hasta que otros lo noten. No importa si es hablar en público, organizar eventos, resolver problemas matemáticos, enseñar a otros, crear cosas con las manos, programar, cocinar o reparar. Lo que importa es que tu hijo experimente el principio: “Yo puedo volverse bueno en algo, y esa habilidad puede producir resultados”. Muchos jóvenes nunca experimentan eso. Viven toda su adolescencia en el “más o menos”, sin destacar en nada.

¿Cómo se enseña? Impulsando proyectos cortos donde tenga que demostrar resultados reales, no solo “intentos” o “participación”. Terminar un curso, dominar una habilidad, algo que pueda demostrar. Y cuando de resultados reales, celebra los resultados, además del esfuerzo. El mundo premia resultados, y tu hijo necesita aprender eso en casa antes de enfrentarlo afuera.

3. Iniciativa

La mayoría de la gente espera instrucciones. Esperan que alguien les diga qué hacer, cuándo hacerlo y cómo hacerlo. El mundo valora a quien ve un problema y hace algo al respecto sin que nadie se lo pida.

¿Cómo se enseña? En casa, identifica tareas que siempre “alguien tiene que hacer” y ponlo a cargo de ellas. No como castigo, sino como entre-

namiento. Que sepa que hay cosas que dependen de él. Y cuando actúe sin que se lo pidas, reconócelo. Ese reconocimiento refuerza el hábito de tomar iniciativa.

4. Relaciones y confianza

La vida no es solo habilidades. Es confianza. Muchos jóvenes capaces no avanzan porque nadie quiere trabajar con ellos, porque son inconstantes, conflictivos o simplemente no saben comunicarse bien con otros.

La reputación se construye con tres cosas: cumplir lo que dices, tratar bien a la gente, y producir resultados. Un joven que hace esas tres cosas consistentemente se vuelve alguien en quien los demás confían. Y esa confianza, a largo plazo, es más valiosa que “ser brillante”. Las oportunidades llegan a quienes otros recomiendan, y la gente recomienda a quienes confía.

5. Servicio

Este es el que integra todo. Un hijo que aprende a servir no vive pensando solo en lo que puede obtener. Piensa en lo que puede dar. Y paradójicamente, eso le abre más puertas que cualquier estrategia egoísta.

¿Cómo se enseña? Involúcralo en actividades donde ayude a otros sin recibir nada a cambio, no como obligación sino como oportunidad. Cuando haga algo que mejore la vida de alguien, hazle notar el impacto: “¿Viste cómo tu primo entendió mejor después de que le explicaste?” Y sobre todo, modela tú mismo el servicio. Que te vea ayudando a otros, aportando sin esperar nada a cambio. Los hijos aprenden más de lo que ven que de lo que escuchan.

La pregunta que quieres que tu hijo se haga naturalmente es esta:

¿Cómo puedo usar lo que soy y lo que sé para mejorar algo?

Esa pregunta, interiorizada, cambia trayectorias de vida.

DONDE TODO SE CONECTA

Hasta aquí entendiste varias cosas importantes:

1. Conocerte es solo el inicio. También necesitas conocer el contexto
2. Para que te vaya bien, necesitas aportar algo útil a la sociedad
3. Las carreras son formas de aportar. Cada una resuelve problemas específicos
4. El valor que puedes aportar depende del contexto donde lo apliques
5. Valor = Fortaleza × Necesidad

Pero, ¿cómo integras todo esto en una decisión? ¿Cómo eliges una carrera que combine tus fortalezas con las necesidades del mundo?

Los japoneses tienen un concepto que lo explica perfectamente. Se llama **ikigai**, y significa “la razón por la que te levantas cada mañana”. Es una forma de pensar que integra todo lo que hemos hablado.

El ikigai se encuentra en la intersección de cuatro elementos:

1. **Lo que amas.** Tus pasiones, tus intereses. Lo que disfrutas hacer sin que nadie te obligue. Lo que te hace perder la noción del tiempo. Recuerda lo que vimos en el Capítulo 1: ¿qué hace tu hijo cuando nadie lo está viendo?
2. **En lo que eres bueno.** Tus fortalezas naturales, las que identificaste en el Capítulo 3. Donde tu talento se multiplica con la inversión. Donde

destacas sin esfuerzo aparente. Recuerda la fórmula: Talento × Inversión = Fortaleza.

3. Lo que el mundo necesita. Problemas reales que existen en la sociedad. Necesidades que las personas tienen. Esto es lo que hemos hablado en este capítulo: ¿qué problemas puede resolver tu hijo con sus fortalezas?

4. Por lo que te pueden pagar. Demanda real en el mercado. Alguien dispuesto a pagar por ese trabajo. Viabilidad económica. ¿Hay alguien que necesite esto lo suficiente como para pagar por ello?

Aquí está la conexión clave:

Los primeros dos círculos —lo que amas y en lo que eres bueno— son sobre ti. Los cubrimos en los capítulos anteriores.

Los últimos dos círculos —lo que el mundo necesita y por lo que te pueden pagar— son sobre el mundo exterior. Los cubrimos en este capítulo.

Una carrera bien elegida está en el centro, donde los cuatro círculos se cruzan. Es donde tus fortalezas se encuentran con las necesidades del mundo. Es donde puedes aportar siendo quien eres.

Cuando eliges carrera sin considerar los cuatro elementos, es fácil caer en errores comunes:

Solo por dinero. Eliges la carrera “que más paga”. Ignoras si te gusta, si eres bueno, si realmente aporta algo. Resultado: trabajo bien pagado pero miserable.

Solo por pasión. Eliges “lo que te apasiona” sin más análisis. Ignoras si eres realmente bueno, si hay necesidad real, si alguien paga por eso. Resultado: pasión sin sustento económico.

Solo por tradición. Estudias “la carrera de la familia”. Ignoras tus propias fortalezas, tus intereses, tu contexto. Resultado: vida viviendo el sueño de otros.

Solo por ser bueno en algo. Eleges una carrera porque “se te da bien”. Ignoras si te gusta, si hay demanda real. Resultado: competencia sin disfrute ni propósito.

Una carrera bien elegida integra los cuatro círculos. No es suficiente con dos o tres. Necesitas los cuatro.

“Hallar nuestra felicidad mientras ayudamos a otros es el mayor regalo de la vida.”

Eso es el ikigai completo. Aportar desde tus fortalezas, con propósito y sustento.

Y aquí está el punto para ti como papá: no se trata de tener el discurso perfecto. Se trata de crear en casa el tipo de conversaciones y hábitos que forman a un hijo útil, confiable y consciente del mundo en el que vive.

RETO DEL CAPÍTULO

Este ejercicio tiene dos partes. La primera es para ti. La segunda es para hacer con tu hijo. **1. Evalúa qué estás enseñando en casa**

Responde honestamente estas cinco preguntas:

- I. ¿Qué premias más en tu casa: las calificaciones o los resultados reales?

2. ¿Tu hijo tiene responsabilidades fijas que cumple aunque no tenga ganas?
3. ¿Has dejado que enfrente consecuencias pequeñas sin rescatarlo?
4. ¿Tu hijo ha experimentado volverse *bueno* en algo hasta que otros lo noten?
5. ¿Le has enseñado a observar qué necesita la gente a su alrededor?

Si respondiste “no” a más de dos, ese es tu punto de partida.

2. Conversación sobre aportar valor

Esta semana, en un momento tranquilo (en el carro, en la cena, caminando), pregúntale:

- “¿Qué problemas ves a tu alrededor que te gustaría resolver?”
- “¿Qué habilidad tuya crees que podría ayudar a otros?”
- “¿Qué trabajos has visto donde alguien usa lo que sabe para mejorar algo?”

No busques respuestas perfectas. Busca que empiece a pensar en términos de aportar, no solo de recibir.

3. El ejercicio del ikigai (si ya está en preparatoria)

Dibuja cuatro círculos que se cruzan en el centro. Anoten juntos 3-5 ideas en cada uno:

- Lo que ama hacer
- En lo que es bueno
- Lo que el mundo necesita
- Por lo que le podrían pagar

¿Hay algo que aparezca en los cuatro círculos? ¿O al menos en tres? No busquen “la carrera perfecta”. Busquen patrones.

El objetivo no es que tu hijo decida su futuro hoy. El objetivo es que aprenda a conectar sus fortalezas con las necesidades del mundo. Cuando llegue el momento de elegir, lo hará desde claridad, no desde miedo.

En el siguiente capítulo vamos a hablar de algo muy práctico: cómo investigar carreras, cómo hablar con profesionales que ya ejercen, y cómo ayudar a tu hijo a pasar de la teoría a la acción. Porque una cosa es entender estos principios, y otra es saber aplicarlos cuando hay que elegir entre opciones concretas.

El proceso de elegir

Ya llegamos hasta aquí. Tu hijo conoce sus fortalezas. Entiende que las carreras existen para resolver problemas reales. Sabe que su éxito depende de conectar lo que es con lo que el mundo necesita.

Ahora viene la parte que muchos padres y muchos hijos temen: *elegir*. Porque una cosa es entender los principios, y otra muy distinta es sentarse frente a un formulario de inscripción y escribir el nombre de una carrera. Una cosa es hablar de fortalezas y contexto, y otra es comprometerse con una decisión que va a definir los próximos años de tu vida.

Y aquí es donde aparece el miedo.

En mis conferencias de orientación vocacional hay un momento que siempre me sorprende. Ya casi al final, cuando los alumnos están más relajados y rompimos el hielo, les hago una pregunta simple: “Levanten la mano todos aquellos que han sentido miedo de tomar decisiones.”

La primera vez que hice esta pregunta, no sabía qué esperar. Son adolescentes. ¿De qué van a tener miedo? No han tenido que tomar decisiones importantes en su vida. La mayoría de sus decisiones grandes —qué escuela, qué horario, qué actividades— las han tomado sus papás.

Para mi sorpresa, alrededor del 60 o 70 por ciento de los adolescentes levantaron la mano.

Desde entonces, en cada conferencia repito la misma pregunta. Y siempre, sin excepción, la mayoría levanta la mano. Jóvenes que por fuera se

ven seguros, que bromean con sus amigos, que parecen no preocuparse por nada pero por dentro tienen miedo.

Siempre les digo que yo también tuve mucho miedo para tomar decisiones cuando era más joven. Y siendo honesto, a veces todavía lo tengo. El miedo a elegir mal no es exclusivo de los jóvenes. Es parte de ser humano. Pero también les comparto algo que cambió mi forma de ver las decisiones. Hace años me topé con un libro que me ayudó a entender por qué algunas decisiones son tan difíciles, y sobre todo, qué podemos hacer al respecto. Se llama *Nudge*, que significa “un pequeño empujón”.¹ Los autores, Richard Thaler y Cass Sunstein, estudiaron cómo las personas tomamos decisiones en la vida real. No en teoría, sino en la práctica. Y lo que descubrieron explica perfectamente por qué elegir carrera genera tanta ansiedad en los adolescentes.

Lo que aprendí en ese libro es la base de gran parte de este capítulo. Porque si entendemos *por qué* elegir carrera es tan difícil, podemos diseñar un proceso que lo haga más fácil.

POR QUÉ ELEGIR CARRERA ES TAN DIFÍCIL

Hay una razón por la cual tus hijos sienten miedo de elegir. Y no es porque sean cobardes o inmaduros.

Es porque están tratando de tomar una de las decisiones más importantes de su vida en las peores condiciones posibles para decidir bien. Sí, así es, a los 17 años no todos estamos listos para tomar una de las decisiones más

¹Thaler, R. y Sunstein, C. (2008). *Nudge: Un pequeño empujón*. Taurus.

importantes de nuestras vidas.

Según Thaler y Sunstein, las personas tomamos buenas decisiones cuando tenemos tres cosas: **experiencia previa, buena información y retroalimentación rápida**.

Piénsalo con un ejemplo sencillo. Elegir un sabor de helado es fácil. Tienes experiencia porque ya has probado varios sabores antes. Tienes información porque sabes qué te gusta y qué no. Y la retroalimentación es inmediata: si no te gustó, lo sabes en el primer bocado y la próxima vez eliges otro. Así de sencillo.

Ahora piensa en algo un poco más complejo: elegir un restaurante para cenar. Aquí ya tienes menos experiencia directa, pero puedes leer reseñas, ver fotos del menú, preguntar a amigos que ya fueron. La información está disponible. Y si el restaurante no te gustó, la retroalimentación es rápida: esa misma noche sabes si fue buena decisión o no. No fue tan grave. Aprendiste algo y la próxima vez eliges diferente.

Pero elegir carrera es exactamente lo contrario.

No tienen experiencia. Tus hijos nunca han elegido una carrera antes. Nunca han trabajado como profesionales. Nunca han vivido lo que significa dedicarte a algo ocho horas al día, cinco días a la semana, durante años. Es como pedirle a alguien que nunca ha manejado un carro que elija qué modelo comprar para los próximos diez años.

No tienen buena información. Lo que saben de las carreras viene de películas, redes sociales, comentarios de familiares y estereotipos. Creen que ser abogado es como en las series de televisión, que ser médico es como

en *Grey's Anatomy*, que ser empresario es como lo pintan los influencers. No tienen idea de cómo es el día a día real de esas profesiones.

La retroalimentación es lentísima. Esta es la por parte. Tus hijos solo sabrán si tomaron una buena decisión hasta años después, cuando ya invertieron tiempo, dinero y esfuerzo. No es como el helado que pruebas y en un minuto sabes si te gustó. Aquí pueden pasar dos, tres, cuatro años antes de que realmente entiendan si eligieron bien. Y para entonces, el costo de cambiar es enorme.

Por eso elegir carrera genera tanta ansiedad. No es un problema de actitud. Es un problema estructural.

Y si tus hijos están confundidos, no es por falta de capacidad o de ganas. Es porque están en desventaja. Nadie les ha dado las herramientas para decidir bien.

Pero hay algo más que complica las cosas para esta generación en particular.

INFORMADOS PERO DEFORMADOS

Uno de los principales problemas de los adolescentes de hoy es que no saben para qué son buenos. No han vivido lo suficiente. No han tenido experiencias reales que les muestren sus fortalezas.

Si le preguntas a tu hijo qué le gusta hacer, probablemente te conteste que le gusta estar en redes sociales, jugar videojuegos o ver videos en TikTok. Porque eso es a lo que está expuesto todo el día.

Y si le preguntas qué quiere ser de grande, no es raro escuchar respuestas como YouTuber, TikToker, streamer, creador de contenido. Porque eso

es lo que ve. Eso es lo que conoce.

Pero hay un problema. Eso que desea no es algo que haya experimentado en la realidad. Lo ha experimentado a través de una pantalla, a través de la vida editada de otras personas, no de la vida real.

Están informados, pero no están formados.

Esta es la generación más informada y menos formada de toda la historia. Tienen acceso a más datos que cualquier generación anterior, pero no han tenido suficientes experiencias que formen su carácter, sus habilidades, sus fortalezas. Han observado el mundo desde afuera, pero no lo han vivido.

Por eso tantos adolescentes se sienten confundidos cuando llega el momento de elegir. No es que no quieran decidir. Es que no tienen la materia prima para hacerlo bien. No tienen experiencia real. No tienen información confiable. Y no tienen forma de saber si eligieron bien o no hasta que ya es demasiado tarde.

Y aquí es donde entramos nosotros como padres. Porque aunque no podemos tomar la decisión por ellos, sí podemos ayudarles a conseguir lo que les falta. Podemos darles herramientas, experiencias y perspectiva. Podemos acompañarlos en el proceso.

LO NUEVO SIEMPRE DA MIEDO

Elegir algo nuevo siempre puede dar miedo. Y eso está bien.

Lo nuevo representa incertidumbre. Y la incertidumbre genera ansiedad.

Es parte de ser humano. A nadie le gusta sentir que está dando un salto sin saber dónde va a caer.

El problema no es el miedo. El problema es quedarse paralizado por él.

Piensa en tu propia vida. ¿Recuerdas cuando elegiste tu carrera? ¿Cuando aceptaste tu primer trabajo? ¿Cuando decidiste casarte o tener hijos? Seguramente había miedo. Pero actuaste de todos modos. Y aquí estás.

Ahora tu hijo está en ese mismo punto. Y esta es una muy buena oportunidad para pedirle que sea valiente.

Han crecido toda su vida bajo nuestra protección. Todas sus decisiones importantes —qué escuela, qué horario, qué actividades— las hemos tomado nosotros. Los hemos cuidado, supervisado, guiado. Y eso estuvo bien. Era nuestro trabajo.

Pero ahora llega el momento donde ellos deben empezar a tomar sus propias decisiones. Y no siempre va a ser fácil. No siempre la respuesta va a ser evidente. Van a necesitar ser valientes para tomar el riesgo, para escoger, para hacer lo necesario para que esta decisión sea lo mejor posible.

Y en esa valentía existe también la posibilidad de equivocarse. No hay forma de evitarlo completamente. Pero eso también es parte del proceso. Aprender a manejar el error es una habilidad que les va a servir toda la vida.

Ahora bien, valentía no significa lanzarse a ciegas. Valentía significa actuar a pesar del miedo, pero con preparación.

Y aquí está la buena noticia. Con la estrategia correcta, tomar decisiones difíciles puede no ser tan difícil.

TRES PASOS PARA ELEGIR BIEN

Si el problema es falta de experiencia, falta de información y falta de retroalimentación rápida, entonces la solución es clara. Necesitamos darles esas tres cosas antes de que tomen la decisión.

No después. Antes.

En el libro *Nudge* que mencioné al principio, los autores hablan de cómo diseñar mejores procesos de decisión. La idea central es simple. En lugar de esperar que la gente tome buenas decisiones por arte de magia, hay que crear las condiciones para que sea más fácil decidir bien.

Eso es exactamente lo que vamos a hacer aquí.

Hay tres pasos que pueden transformar la forma en que tu hijo elige carrera. No son complicados, pero requieren intención. No suceden solos.

Alguien tiene que provocarlos.

Ese alguien eres tú.

PASO 1: BUSCAR INFORMACIÓN REAL

La mayoría de los adolescentes eligen carrera basándose en imágenes mentales, no en información real.

Piensan: “Quiero ser médico porque salvan vidas y ganan bien.” Pero no saben que un médico trabaja guardias de 24 horas, que los primeros años gana poco, que hay mucha burocracia hospitalaria, que el desgaste emocional es fuerte.

Piensan: “Quiero estudiar Derecho porque es una carrera respetada.” Pero no saben cómo es realmente el día a día de un abogado, qué tipo de

problemas resuelve, cuántas horas trabaja, qué tan saturado está el mercado.

La imagen que tienen de las carreras casi nunca coincide con la realidad.

Por eso el primer paso es investigar. Pero no investigar superficialmente. Investigar de verdad.

Para cada carrera que tu hijo esté considerando, debería poder responder estas preguntas:

Sobre la carrera académica:

- ¿Qué materias se estudian cada semestre?
- ¿Cuántos años dura realmente? ¿Hay que hacer servicio social, prácticas, tesis?
- ¿Cuál es la tasa de deserción? ¿Qué porcentaje de estudiantes la termina?
- ¿Cuánto cuesta en total, incluyendo materiales, transporte, tiempo sin trabajar?

Sobre el mercado laboral:

- ¿Qué trabajos específicos puede conseguir un egresado?
- ¿Cuánto gana alguien recién egresado? ¿Y alguien con 10 años de experiencia?
- ¿Hay demanda real de esta profesión en mi ciudad o región?
- ¿Se requiere posgrado para tener éxito?

Sobre la realidad del trabajo:

- ¿Cómo es un día típico de trabajo en esta profesión?

- ¿Cuáles son los mejores aspectos? ¿Y los peores?
- ¿Qué problemas resuelve esta profesión todos los días?
- ¿Hay flexibilidad de horario? ¿Posibilidad de trabajo remoto?

Si tu hijo no puede responder estas preguntas, no está listo para elegir esa carrera. No porque sea incapaz, sino porque no tiene la información necesaria.

Y eso se puede arreglar. Solo necesita investigar.

PASO 2: BUSCAR EXPERIENCIAS DE OTROS

La información escrita es útil, pero tiene límites. Los números y los datos no te cuentan cómo se siente realmente trabajar en algo.

Para eso necesitas hablar con personas que ya lo viven.

Le llamo a esto “las cinco conversaciones”. Tu hijo debería entrevistar a por lo menos cinco profesionales que actualmente trabajan en las carreras que está considerando.

¿Por qué cinco? Porque una sola experiencia puede ser atípica. Tal vez esa persona tuvo mucha suerte, o mucha mala suerte. Hablar con cinco o más personas te da una imagen más realista y balanceada.

¿A quién entrevistar?

- Dos personas con menos de cinco años de egresados, para ver la realidad inicial
- Dos personas con diez o más años de experiencia, para ver el desarrollo de carrera

- Una persona que cambió de carrera o que se arrepintió, para ver la otra cara

¿Dónde encontrarlos?

- Contactos familiares y de amigos
- LinkedIn, donde muchos profesionales están dispuestos a ayudar a jóvenes
- Eventos universitarios, ferias de empleo
- Oficinas, hospitales, despachos, pidiendo treinta minutos de su tiempo

Preguntas clave para la entrevista:

1. ¿Por qué elegiste esta carrera?
2. ¿Qué te sorprendió más de la realidad profesional comparado con lo que esperabas?
3. Describe un día típico de tu trabajo.
4. ¿Qué es lo que más disfrutas de tu trabajo?
5. ¿Qué es lo más difícil o frustrante?
6. Si pudieras volver atrás, ¿elegirías la misma carrera? ¿Por qué sí o no?
7. ¿Qué consejo le darías a alguien que está considerando esta carrera?
8. ¿Qué habilidades o fortalezas son esenciales para tener éxito en este campo?

Este ejercicio hace algo muy poderoso: destruye las imágenes falsas.

Tu hijo va a descubrir aspectos de la profesión que nunca aparecen en los folletos universitarios. Va a escuchar historias reales, con frustraciones

reales y satisfacciones reales. Y va a poder imaginar si él realmente encaja ahí.

PASO 3: BUSCAR EXPERIENCIAS PROPIAS

La información y las conversaciones son valiosas. Pero nada sustituye la experiencia propia.

La verdad es que hay cosas que tus hijos no van a saber hasta que las experimenten. Incluso aunque lo sospechen, no hay mejor forma de saber algo que cuando te consta.

Yo no aprendí que era bueno para las ventas hasta que entré a un trabajo donde tenía que vender. No aprendí que era bueno para el servicio al cliente hasta que entré a un trabajo donde tenía que dar servicio al cliente. Y no aprendí que era malo para organizar archivos y administrar hasta que tuve que hacerlo en un trabajo real.

Por eso el tercer paso es probar en pequeño antes de comprometerse en grande.

Formas de experimentar:

Shadowing. Acompañar a un profesional durante uno o dos días de trabajo. Observar todo: reuniones, tareas, interacciones, decisiones. Ver cómo es realmente el ritmo.

Prácticas cortas o trabajo de verano. Conseguir un trabajo temporal o práctica en el área de interés. Si considera Medicina, voluntariado en hospital. Si considera Ingeniería, práctica en empresa de manufactura. Si considera Diseño, proyectos freelance pequeños.

Cursos introductorios. Tomar un curso básico sobre la materia principal

de la carrera. Si considera Programación, un curso de Python por cuatro semanas. Si considera Psicología, “Introducción a la Psicología” en Coursera. Si odia el curso básico, probablemente odiará la carrera.

Proyectos personales. Crear algo relacionado con la carrera como experimento. Si considera Comunicación, iniciar un blog o podcast por tres meses. Si considera Negocios, vender algo en línea. Si considera Arte, producir una serie de obras.

El objetivo es convertir una decisión abstracta en una decisión con evidencia.

Al final de este paso, tu hijo debería poder decir:

- “He probado dos o tres de mis opciones en pequeño.”
- “Sé cómo se siente hacer este tipo de trabajo.”
- “Tengo evidencia de que puedo y me gusta hacer esto.”
- “Elegir ya no es adivinar. Es decidir con información.”

EL DEFAULT REFLEXIVO

Ahora quiero hablar de algo que muchos padres me preguntan en mis conferencias.

“Maestro, ¿está mal que mi hijo estudie lo mismo que yo estudié? Tengo un despacho de contadores y me gustaría que mi hijo lo continuara. ¿Eso está mal?”

O también: “Mi familia siempre ha sido de médicos. Mi papá, mi abuelo, mis tíos. ¿Está mal que mi hijo siga esa tradición?”

Mi respuesta siempre los sorprende: no necesariamente.

No creo que seguir el camino de los padres sea automáticamente malo.

De hecho, creo que puede ser una muy buena alternativa.

Piénsalo un momento. Como papá, ya creaste toda una estructura alrededor de tu profesión: un estilo de vida, relaciones sociales, contactos profesionales, clientes, reputación. Tu hijo puede aprovechar todo eso si decide estudiar lo mismo que tú, dedicarse a lo mismo que tú te dedicas.

He conocido muchas personas que se dedican a lo que hicieron sus padres. Y por esa familiaridad, por esas habilidades desarrolladas casi sin darse cuenta a través de los años —escuchando conversaciones en la cena, acompañando a papá al trabajo, viendo cómo resuelve problemas— tienden a ser suficientemente buenos para desarrollar una buena vida alrededor de eso.

No tienen que empezar de cero. Ya tienen ventaja.

Hay cierta seguridad en el camino conocido.

Sin embargo, tal vez eso no es suficiente para alguien que realmente quiere sacar su mejor potencial.

Hay una historia que me gusta mucho y que ilustra esto perfectamente:

Un hombre murió y fue al cielo. Al llegar, se encontró con San Pedro en las Puertas Celestiales.

El hombre le dijo a San Pedro que durante su vida había estudiado muchas biografías de militares y generales. Siempre había tenido curiosidad: quería saber, a ciencia cierta, quién fue el mejor general que haya existido.

San Pedro respondió que podía ayudarle, y lo condujo a otra

parte del cielo, una sala donde le presentaron a un hombre sencillo, vestido de manera humilde, sin uniforme, sin medallas, con manos comunes.

El hombre, sorprendido, exclamó: “Ese no puede ser. Yo lo conocí cuando vivía en la tierra. Él no era un general. Era un simple zapatero.”

San Pedro lo miró con calma y dijo: “Tienes razón. Pero si ese hombre hubiera sido general, si le hubieran dado la oportunidad, si se le hubiera puesto a entrenar, si le hubieran confiado un ejército, habría sido el mejor general de todos los tiempos.”

Esa es la conclusión: muchas personas ordinarias tienen dentro el talento para ser extraordinarias. El problema es que nunca se les permite ser lo que podrían ser.

Tal vez ese zapatero de la historia era zapatero porque su papá fue zapatero, y el papá de su papá también. Y no tiene nada de malo. Tal vez vivió una buena vida, con familia, hijos, nietos. Pero nunca logró su mejor potencial, porque nadie lo expuso a aquello que pudo haber sido.

LA DIFERENCIA ESTÁ EN LA REFLEXIÓN

En la película *You've Got Mail* hay una escena que me gusta mucho. Es un monólogo interno de Kathleen Kelly, la protagonista:

“A veces me pregunto sobre mi vida. Vivo una vida pequeña, valiosa, pero pequeña. Y a veces me pregunto, ¿lo hago porque me gusta, o porque no he sido lo bastante valiente?”

Kathleen Kelly era encargada de la librería que le heredó su mamá. Era muy feliz, era plena encargándose de esa librería. Desde chiquita le ayudaba a su mamá a organizar los libros, atender clientes, limpiar, cobrar. Pero llega un momento en su vida donde tiene que cerrar la librería. Y es entonces cuando le da un golpe de realidad. No había conocido nada más en la vida. Y se pregunta: ¿estoy haciendo esto porque me gusta, porque me tocó, o porque no he sido valiente?

Creo que esta condición del **default reflexivo** es cuando nosotros tenemos la oportunidad de decir que no.

Cuando tenemos la oportunidad de renunciar a esas oportunidades fáciles de la vida, pero decidimos no hacerlo. Cuando tomamos la decisión de sí tomar este camino, de sí elegir esa carrera, aunque haya sido la misma que escogieron nuestros padres.

El default reflexivo es cuando eliges el camino conocido después de considerar las alternativas. No por inercia. No por miedo. Por decisión consciente.

Y creo que como padres de familia, nosotros tenemos que darles esa libertad a nuestros hijos.

Al final de cuentas, libertad es tener al menos dos opciones. Si solamente tienen una opción, no es libertad.

LOS TESTS VOCACIONALES

Tarde o temprano, alguien le va a sugerir a tu hijo que haga un test vocacional. Tal vez en la escuela, tal vez un orientador, tal vez un familiar bien

intencionado.

Y tú te vas a preguntar: ¿sirven? ¿No sirven? ¿Vale la pena hacerlos?

Mi posición es esta. Los tests vocacionales son útiles, pero no son mágicos. Son una herramienta más en el proceso de decisión. Una herramienta, pero no la única.

No construyes una casa solo con un martillo. Y no eliges carrera solo con un test.

El problema es que muchas familias tratan el test vocacional como si fuera un oráculo. Como si al contestar cien preguntas, una computadora pudiera decirte exactamente qué estudiar. Y eso genera expectativas irreales que terminan en frustración.

QUÉ SON Y PARA QUÉ SIRVEN

Un test vocacional es una herramienta que busca ordenar información sobre una persona para ayudarle a explorar opciones académicas y laborales.

No “descubre” una vocación escondida. Más bien mide patrones que suelen relacionarse con preferencias: qué actividades disfrutas, qué se te facilita aprender, cómo tiendes a actuar, qué consideras importante.

Su propósito es práctico: mejorar decisiones en contextos donde elegir “a ojo” sale caro.

Un buen test no te da una sentencia. Te da hipótesis útiles para explorar.

Hay diferentes tipos de tests:

Tests de intereses preguntan qué actividades te atraen y te devuelven familias de ocupaciones afines. Útiles para explorar, no para predecir éxito.

Tests de aptitudes estiman qué tan fácil podrías aprender ciertas tareas: verbales, numéricas, espaciales.

Tests de personalidad usan rasgos para sugerir entornos donde la persona suele funcionar mejor.

Tests de valores buscan qué motivaciones te mueven: servicio, dinero, conocimiento, estética, poder.

LO QUE LOS TESTS SÍ HACEN BIEN

Los tests tienen ventajas reales cuando se usan correctamente.

Aceleran la conversación correcta. Muchos adolescentes no tienen lenguaje para describirse. Un test convierte intuiciones en categorías discutibles. Eso ya es ganancia.

Reducen el ruido social. Cuando el entorno mete presión, un test puede funcionar como espejo para separar deseo real de expectativas ajenas.

Sirven como mapa para investigar. Su valor está en lo que haces después. Te dan un punto de partida para los tres pasos que describimos antes.

Ayudan a perfiles indecisos. Si tu hijo tiene veinte ideas y cero criterio para filtrar, un test puede crear un top tres para enfocar la investigación.

LO QUE LOS TESTS NO HACEN

Ahora viene la parte que muchos no quieren escuchar.

Los tests no predicen éxito. Tener interés alto en algo no significa que tendrás disciplina, tolerancia al fracaso, o habilidades para sobresalir. El

éxito depende del carácter que vimos en el Capítulo 2, no de un resultado de test.

Los tests no capturan el contexto real. Economía local, oportunidades, red de contactos, restricciones familiares, dinero, movilidad. Un adolescente puede “salir” Investigador y vivir en un lugar donde esa ruta requiere mudarse.

Los tests no miden motivación sostenida. Contestar “me gusta” no es lo mismo que sostener cuatro años de carrera y luego ocho horas diarias de trabajo.

Los tests tienen un porcentaje de error. Tal vez por la eficiencia del mismo test, o por las respuestas sesgadas del alumno que contesta lo que “suena bien” en lugar de lo que realmente es.

Lo que los tests NO te dicen:

- Si tu hijo tendrá disciplina, resiliencia y buen carácter
- Si el mercado local o global favorecerá esa ruta en cinco o diez años
- Si odiará el día a día real del trabajo
- Si esa elección encaja con valores familiares y estilo de vida

CÓMO USAR LOS TESTS CORRECTAMENTE

Mi recomendación es esta. Hacer al menos tres tests vocacionales. Cinco sería lo ideal.

¿Por qué varios? Porque cada test hace diferentes estilos de preguntas. En diferentes contextos, con diferentes palabras, el alumno puede pensar o responder diferente.

A partir de tres, cuatro, cinco tests, ya podemos empezar a recibir información donde podemos encontrar algún patrón.

Por ejemplo, en el primer test tal vez salió que se le daba la ingeniería. Pero en el segundo y tercero también apareció economía y marketing. Entonces ingeniería también, pero en menos proporción. El primero no fue la solución completa, pero después del segundo, tercero y cuarto ya se ve el panorama completo de los intereses.

Los resultados son un punto de partida, no un punto de llegada.

No toman la decisión por nosotros. Deben ser el inicio para empezar a investigar esas áreas y carreras usando los tres pasos que ya vimos.

Los resultados nos pueden dar un norte, indicar por dónde empezar a investigar. Nos pueden orientar para saber qué trabajo puede tomar tu hijo de medio tiempo, en fines de semana, en vacaciones de verano o de invierno, para que él empiece a experimentar.

Fórmula útil:

Test (hipótesis) + Fortalezas (Capítulo 3) + Experiencia real (tres pasos) + Contexto (Capítulo 4) = decisión más inteligente.

CRITERIOS PARA LA DECISIÓN FINAL

Llegó el momento que todos esperaban. Tu hijo investigó, habló con profesionales, experimentó en pequeño, hizo sus tests. Tiene dos o tres opciones finalistas que le gustan.

¿Y ahora qué? ¿Cómo elige entre ellas?

Aquí es donde muchas familias se paralizan. Sienten que ya hicieron todo el trabajo, pero la decisión final sigue siendo difícil. Y tiene sentido. Si las opciones fueran obvias, no habrían llegado hasta aquí.

Lo que necesitan es un marco de evaluación. Una forma de comparar las opciones usando criterios claros, no solo intuición.

Aquí hay cinco criterios que pueden ayudar:

1. Alineación con fortalezas

¿Esta carrera utiliza los talentos naturales más fuertes de tu hijo? ¿Tiene evidencia de que puede ser muy bueno en esto?

Recuerda lo que vimos en el Capítulo 3: Talento × Inversión = Fortaleza. Una carrera bien elegida potencia lo que ya tiene, no intenta arreglar lo que le falta.

2. Disfrute sostenido

¿Disfruta haciendo este tipo de trabajo, no solo la idea de la carrera? ¿Puede verse haciendo esto durante los próximos diez o veinte años?

Hay una diferencia enorme entre “me gusta la idea de ser médico” y “me gusta estudiar biología, anatomía, y atender pacientes”. La primera es fantasía. La segunda es evidencia.

3. Viabilidad económica

¿Hay demanda real de esta profesión? ¿Los ingresos potenciales justifican la inversión en educación? ¿Puede costear la carrera sin endeudarse excesivamente?

Esto no significa elegir “la carrera que más paga”. Significa ser realista sobre el contexto, como vimos en el Capítulo 4.

4. Impacto y propósito

¿Esta profesión resuelve problemas que le importan? ¿Siente que estaría contribuyendo algo valioso al mundo?

Recuerda: las carreras existen para resolver problemas reales. Una carrera con propósito es más fácil de sostener que una sin él.

5. Flexibilidad y opciones futuras

Si cambia de opinión, ¿esta carrera le da habilidades transferibles? ¿Hay múltiples caminos laborales dentro de esta profesión?

El mundo cambia. Las carreras cambian. Una buena elección deja puertas abiertas, no las cierra.

No existe la elección perfecta. Existe la elección bien informada que tu hijo puede convertir en una gran decisión a través de su esfuerzo y dedicación.

RETO DEL CAPÍTULO

Este reto es diferente a los anteriores. No es un ejercicio de una tarde. Es un proceso que puede tomar semanas o incluso meses.

Pero no dejes que eso te desanime. Lo que estás a punto de hacer con tu hijo puede cambiar la trayectoria de su vida. Vale cada minuto invertido.

Paso 1: Filtrar opciones

Si tu hijo todavía no tiene claridad, usen los filtros del Capítulo 4:

- ¿En qué fortalezas tiene evidencia real? (Capítulo 3)
- ¿Qué problemas le importa resolver?
- ¿Qué opciones son viables en su contexto?

- ¿Qué opciones cumplen los cuatro círculos del ikigai?

El resultado debería ser tres a cinco carreras finalistas para investigar a fondo.

Paso 2: Investigar información real

Para cada carrera finalista, que tu hijo investigue y responda:

- ¿Qué materias se estudian?
- ¿Cuánto dura y cuánto cuesta?
- ¿Qué trabajos puede conseguir un egresado?
- ¿Cuánto gana alguien con esta carrera en su región?
- ¿Cómo es un día típico de trabajo?

Paso 3: Las cinco conversaciones

Que tu hijo entreviste a por lo menos cinco profesionales de las carreras que está considerando. Pueden ser contactos familiares, conocidos, o personas que contacte por LinkedIn.

Las preguntas clave están en este capítulo. El objetivo es escuchar historias reales, no teoría.

Paso 4: Experimentar en pequeño

Antes de decidir, que tu hijo pruebe al menos dos de sus opciones finalistas:

- Un día de shadowing con un profesional
- Un curso introductorio en línea
- Un proyecto personal relacionado
- Un trabajo de verano o práctica corta

Paso 5: Los tests vocacionales

Que tu hijo tome tres a cinco tests vocacionales de fuentes confiables.

Comparen los resultados:

- ¿Qué patrones aparecen en varios tests?
- ¿Los resultados coinciden con lo que ya sabían?
- ¿Hay sorpresas que vale la pena explorar?

Usen los resultados como hipótesis para investigar, no como veredicto final.

Paso 6: La decisión

Después de completar los pasos anteriores, siéntense a evaluar las opciones usando los cinco criterios de este capítulo:

1. Alineación con fortalezas
2. Disfrute sostenido
3. Viabilidad económica
4. Impacto y propósito
5. Flexibilidad futura

Recuerda: La mejor decisión no es la perfecta. Es la reflexiva, informada y valiente.

Tu hijo no necesita adivinar su futuro. Necesita construirlo con información, experiencia y reflexión. Y tú estás ahí para acompañarlo en el proceso.

No para decidir por él. Para caminar junto a él mientras decide.

Ahora bien, ¿qué pasa después de que elige? ¿Qué pasa cuando ya está en la universidad y las cosas no salen como esperaba? ¿Qué haces si quiere cambiar de carrera? ¿O si quiere dejarla?

En el siguiente capítulo vamos a hablar de algo que muchos padres evitan pensar: qué hacer cuando ya eligió. Cómo acompañarlo en los primeros meses. Cómo detectar señales de alerta. Y cómo manejar los escenarios difíciles —porque van a aparecer— sin destruir la relación ni el futuro de tu hijo.

Parte III

El acompañamiento

Qué hacer después de la decisión

Cuando ya eligió

En el capítulo anterior hablamos del proceso de elegir. De los tres pasos para tomar una buena decisión. De los tests vocacionales y de los criterios a considerar para la decisión final.

Pero hay algo que necesitas saber antes de que tu hijo llegue a ese momento y es que **las cosas no siempre salen como uno espera**.

Y cuando eso sucede, tu forma de responder va a determinar si tu hijo sale fortalecido o destruido de la experiencia.

Como docente, he tratado con cientos de alumnos a lo largo de los años. Y algo que he aprendido a ver claramente es la diferencia entre un joven que tiene respaldo emocional en casa y uno que no lo tiene. Se nota en su desempeño, en cómo enfrenta los retos y en cómo se relaciona con otros.

Tener el respaldo de mamá y papá puede cambiarlo todo.

No se trata de evitarles todos los golpes. Se trata de caminar con ellos mientras los enfrentan. Se trata de estar presentes sin controlar y de acompañar sin abandonar.

Y eso es exactamente lo que tu hijo va a necesitar de ti cuando las cosas no salgan como esperaban: **presencia sin control, expectativas sin presión y apoyo sin condiciones**.

Este capítulo es tu preparación para esos momentos. No para asustarte, sino para equiparte.

Porque las situaciones que te voy a contar en este capítulo son más comunes de lo que crees. Y cuando las entiendes bien, dejan de ser tragedias y se convierten en oportunidades de crecimiento —tanto para tu hijo como para ti.

La diferencia casi nunca está en la severidad del problema, sino en cómo los padres responden.

CUANDO LAS COSAS NO SALEN COMO ESPERABAS

EL GOLPE QUE NADIE ESPERA

Antes que nada, quiero que entiendas algo: lo que voy a describir aquí **le pasa a muchas familias**. No es señal de que fallaste como padre y mucho menos de que tu hijo fracasará en la vida. Es simplemente parte del proceso de crecer y encontrar el camino.

Imagina esta escena. Tu hijo entra a la casa con la mirada baja. Lleva semanas actuando raro. Finalmente se sienta contigo y te dice: “Ma, Pa... quiero dejar la carrera.”

El estómago se te revuelve. La mente empieza a calcular los semestres pagados, las expectativas, lo que van a decir los familiares, el tiempo perdido. Sientes una mezcla de enojo, decepción y miedo.

Y en ese momento, vas a tener dos caminos.

El primer camino será reaccionar. Explotar. “¿Cómo pudiste? ¿Sabes cuánto dinero gastamos? Tu primo terminó sin problemas. ¿Y ahora qué vas a hacer con tu vida?”

El segundo camino será respirar. Escuchar. “Cuéntame qué pasó. ¿Desde cuándo te sientes así?”

Lo que digas en los primeros cinco minutos de esa conversación va a definir si tu hijo te ve como aliado o como enemigo.

Y una vez que te ve como enemigo, todo lo que intentes hacer para “ayudarlo” va a sentirse como ataque.

La buena noticia es que todas estas situaciones tienen solución. Y la forma en que las manejas puede convertir un momento difícil en un punto de inflexión positivo para tu hijo y para ti.

Te voy a mostrar los tres escenarios más comunes que he observado. Así, si alguno sucede, vas a saber exactamente cómo responder y qué hacer.

ESCENARIO A: DEJÓ LA CARRERA Y YA NO QUIERE ESTUDIAR

Este es el escenario que más asusta a los padres. Tu hijo deja la universidad y dice que no quiere regresar. Que quiere trabajar. Que “la escuela no es para él”.

¿Qué está pasando realmente?

Cuando un estudiante deja una carrera trunca, el golpe emocional puede ser brutal. No se limita solo a que “no le gustó” la carrera. Sino que su autoestima puede quedar muy dañada. Hay un sentido de fracaso. Verá a sus amigos avanzando mientras él se queda atrás.

Y entonces hace lo que cualquier persona herida haría: busca algo que le devuelva un poco de dignidad. Consigue un trabajo. Empieza a ganar dinero. Y por primera vez en su vida, siente que tiene algo de control, algo

de valor.

Y aquí está el problema, que una vez que empieza a ganar su propio dinero, volver a estudiar se vuelve cada vez más difícil. No porque sea imposible, sino porque requiere algo que la carrera trunca le quitó: **confianza en sí mismo.**

¿Cómo va a invertir otros 4 o 5 años en algo si la última vez que lo intentó, fracasó? ¿Cómo va a volver a arriesgarse si todavía carga el peso de la primera derrota?

El mejor escenario es cuando el joven trabaja uno o dos años, recupera su confianza, gana experiencia real, se conoce mejor a sí mismo y al mundo laboral, y entonces —con más madurez— decide regresar a estudiar algo que ahora sí tiene sentido para él.

El peor escenario es cuando se queda atrapado. No regresa a estudiar porque tiene miedo. No avanza en su trabajo porque no tiene preparación. Y pasan los años sintiéndose estancado, con el peso del “hubiera” sobre los hombros.

Tu objetivo como padre: No se trata de obligarlo a regresar mañana a la universidad. Pero tampoco de aceptar que “ya no va a estudiar” como si fuera algo permanente. El objetivo es claro: **que trabaje, gane experiencia, recupere confianza... pero que regrese a estudiar.** El trabajo es el puente, no el destino. Esa distinción es clave, y tú puedes ayudarlo a mantenerla presente sin presión, pero con claridad.

Conocí a un joven que dejó Ingeniería Mecánica en tercer semestre. Sus papás estaban devastados. Él consiguió trabajo en una tienda de autopar-

tes. Al principio parecía el fin del mundo.

Pero ese trabajo le enseñó algo que la universidad no: descubrió que le gustaba el trato con clientes, las ventas, entender qué necesitaba la gente. Tres años después, regresó a estudiar —pero no Ingeniería. Estudió Mercadotecnia. Hoy trabaja en el área comercial de una empresa automotriz y le va muy bien.

El “fracaso” de dejar la carrera fue en realidad el camino para encontrar su verdadera dirección. Pero eso solo fue posible porque sus papás, aunque decepcionados, no lo abandonaron emocionalmente. Siguieron presentes. Siguieron creyendo en él. Le dieron espacio para caer y levantarse.

Pregunta para ti: ¿Estoy dispuesto a aceptar que mi hijo puede tener un camino exitoso diferente al que yo imaginé?

ESCENARIO B: TERMINÓ LA CARRERA PERO EJERCE ALGO DIFERENTE

Este escenario es más común de lo que crees. De hecho, estudios muestran que **alrededor del 30 % de los profesionistas en México están ejerciendo algo para lo que no estudiaron**.

La vida da vueltas. Las personas cambian. El mercado cambia. Y a veces, terminar una carrera que no te gustaba es simplemente un paso en el camino hacia lo que realmente querías.

¿Cuál es el problema entonces?

El problema no es ejercer algo diferente. El problema es **competir sin preparación formal**.

Si tu hijo estudió Derecho pero ahora quiere dedicarse al marketing digital, va a estar compitiendo con personas que sí estudiaron Comuni-

cación, Mercadotecnia o Diseño. Ellos tendrán ventajas porque tienen formación específica, contactos en la industria, vocabulario técnico, un título que les abren puertas.

Tu hijo puede ser igual de capaz —o más— pero va a tener que trabajar el doble para demostrarlo. Va a tener que construir un portafolio desde cero. Va a tener que convencer a empleadores de que vale la pena apostar por él aunque su título diga otra cosa.

Eso no es imposible. Mucha gente lo hace con éxito. Pero **se pudieron haber ahorrado 4 o 5 años** si se hubieran tomado el tiempo desde el inicio para pensar bien qué querían estudiar.

Ahora bien, también hay que ser justos: a veces necesitas vivir una experiencia para saber que no era para ti.

Hay cosas que no puedes saber hasta que las vives. Puedes investigar una carrera, hablar con profesionales, hacer prácticas... y aun así, no es lo mismo que estar adentro. A veces tienes que probar algo para darte cuenta de que no era lo tuyo. Y eso no es tiempo perdido, de hecho, es información valiosa.

Progreso no es solo saber qué es lo que SÍ quieras, sino también descubrir lo qué NO quieras.

Cuando un joven termina una carrera y decide no ejercerla, no necesariamente “desperdició” esos años. Aprendió disciplina. Desarrolló habilidades. Maduró. Y sobre todo: ahora tiene claridad. Sabe lo que no quiere, y eso lo acerca más a lo que sí.

El problema surge cuando los padres ven esto como fracaso en lugar de verlo como parte del proceso.

Tuve una alumna que estudió y terminó Contaduría porque sus papás tenían un despacho y “era lo lógico”. Sacó buenas calificaciones. Hizo su servicio social. Se tituló. Todo bien.

Y no ejerció un solo día como contadora.

Durante esos cinco años, ella descubrió que los números no la apasionaban. Que lo que realmente disfrutaba era capturar momentos, contar historias a través de imágenes. La carrera de Contaduría le enseñó algo que ningún test vocacional podía: que ese no era su camino.

Al terminar, empezó de cero en fotografía. Tomó cursos. Practicó. Construyó su portafolio. Hoy tiene su propio estudio de fotografía de bodas y le va muy bien.

¿Fue un fracaso? Depende de cómo lo mires.

Ella misma lo reconoce: “Perdí 5 años estudiando algo que no iba a usar. No me arrepiento porque me formó como persona, pero ojalá hubiera tenido más claridad desde el principio.”

Sus papás al principio no entendían. “¿Para qué estudiaste entonces?” Pero con el tiempo aprendieron a ver que esos años fueron el camino que ella necesitaba recorrer para encontrar su verdadera dirección.

El título no define la vida. La persona sí.

Tu objetivo como padre: Si tu hijo ya terminó una carrera y quiere dedicarse a otra cosa, tu rol no es convencerlo de que “aproveche el título”. Tampoco es financiarle indefinidamente mientras “encuentra su pasión”. Tu objetivo es ayudarlo a construir un puente realista: que identifique qué habilidades transferibles tiene, qué le falta aprender, y cómo puede dar pasos concretos hacia lo que realmente quiere. No se trata de empezar de cero —se trata de construir sobre lo que ya tiene.

Pregunta para ti: ¿Puedo soltar mi expectativa de lo que “debería” hacer con su título?

ESCENARIO C: TERMINÓ, EJERCE, PERO VIVE INSATISFECHO

Este es el escenario más silencioso. Y tal vez el más triste.

Tu hijo hizo todo “bien”. Terminó la carrera. Consiguió trabajo en su área. Tiene estabilidad. Desde afuera, parece que todo está bien pero, por dentro, está vacío.

Aquí necesito explicar algo importante sobre el estrés. Algo que tal vez te incomode, pero que necesitas escuchar.

Hay un mito muy extendido que dice que “el trabajo estresa”. Y muchos padres lo repiten como si fuera una verdad absoluta.

Pero no es cierto.

El trabajo cansa, sí. Muchas horas haciendo lo mismo puede ser agotador. Pero cuando estás haciendo algo que tiene sentido para ti, algo que conecta con quién eres, el cansancio se recupera con descanso.

El verdadero estrés no es trabajar. El verdadero estrés es hacer algo que no quieres hacer.

Y aquí viene lo incómodo: **muchas veces ese mito de que “el trabajo estresa” los hijos lo aprenden de sus padres.**

Piénsalo. ¿Qué ha visto tu hijo durante toda su vida? Te ha visto llegar a casa quejándote del trabajo, del jefe, de los compañeros. Te ha escuchado decir que odias los lunes, que cuentas los días para el viernes, que no aguantas más. Ha visto cómo el trabajo te roba energía, te pone de mal

humor, te aleja de la familia.

¿Y luego te sorprende que no quiera trabajar? ¿Que no le interese buscar empleo? ¿Que vea el mundo laboral como algo que no es para él?

Tu hijo está traumado con el trabajo sin haber trabajado un solo día de su vida.

Es lo que podríamos llamar un “trauma pasivo”, es decir, no lo vivió directamente, pero lo absorbió de ti. Creció viendo que el trabajo destruye la felicidad. Que los adultos viven amargados.

Y la distorsión continúa cuando nosotros, como padres estresados, normalizamos el sufrimiento. “Así es la vida, mijo. Hay que aguantarse. Ser adulto es eso. Todos tenemos que sufrir.” Como si el estrés crónico fuera un requisito para la madurez. Como si renunciar a tu bienestar fuera señal de responsabilidad.

Pero no lo es.

Y lo irónico es que muchas veces, queriendo “proteger” a nuestros hijos de la incertidumbre, los empujamos exactamente hacia eso que nosotros odiamos: una vida laboral sin sentido.

Porque eso es lo que le espera a alguien que elige mal su carrera y no la corrige a tiempo:

8 a 10 horas al día. 5 o 6 días a la semana. Durante 30 años. Haciendo algo que no le gusta. Rodeado de personas con las que no conecta. Resolviendo problemas que no le importan. Contando los minutos para que llegue el viernes.

Eso no es trabajo. Eso es condena.

Y lo peor es cuando, en algún momento de esos 30 años, descubre qué era lo que realmente quería hacer. Pero ya no puede. Tiene hipoteca. Tiene

familia. Tiene responsabilidades. Ya no puede darse el lujo de empezar de cero.

Entonces vive con dos pesos: el peso de hacer lo que no quiere, y el peso de no poder hacer lo que sí quiere.

Eso destruye personas. Lentamente. Sin que nadie lo note.

Un hombre de 45 años me contó su historia después de una conferencia. Estudió Ingeniería Civil porque su papá era ingeniero. Trabajó 20 años en constructoras. Ganaba bien. Tenía casa, carro, familia.

Pero me dijo algo que nunca olvidé: “Cada lunes en la mañana, cuando suena la alarma, siento un vacío en el estómago. Llevo 20 años sintiendo ese vacío. Nunca me gustó esto. Pero ya es muy tarde para cambiar.”

Le pregunté qué le hubiera gustado hacer.

“Siempre quise ser chef. Me encanta cocinar. Pero mi papá decía que eso no era profesión de hombres.”

Tiene 45 años. Técnicamente no es “muy tarde”. Pero él lo siente así. Y ese sentimiento de oportunidad perdida es una carga que va a llevar el resto de su vida.

Su papá le heredó dos cosas: una profesión que no quería, y la creencia de que el trabajo tiene que ser sufrimiento. Y él, sin darse cuenta, probablemente está heredando lo mismo a sus hijos.

Tu objetivo como padre: Si tu hijo todavía está en etapa de elegir, tienes una oportunidad de oro: ayudarlo a encontrar algo que tenga sentido para él, no solo para ti. Pero si ya está ejerciendo y notas señales de vacío —quejas constantes, apatía, ese “ir a trabajar como quien va a la guerra”— no lo ignores. Abre la conversación. Pregúntale cómo se siente realmente.

Hazle saber que nunca es tarde para corregir el rumbo, aunque el camino sea más largo. A veces el mejor regalo que puedes darle a un hijo adulto es el permiso de cambiar.

Pregunta para tí: ¿Estoy preparando a mi hijo para el éxito según MIS estándares, o para una vida con sentido según los SUYOS?

CAMBIAR DE CARRERA: ¿MADUREZ O HUIDA?

Uno de los momentos más difíciles para los padres es cuando el hijo dice: “Quiero cambiarme de carrera.”

Y aquí te enfrentas a un dilema real. Por un lado, no quieres que tu hijo abandone algo solo porque se puso difícil. Eso no le enseña nada bueno. Por otro lado, tampoco quieres que se quede atrapado en algo que genuinamente no es para él.

Entonces, ¿cómo distingues si es una decisión sabia o si simplemente está huyendo?

La verdad es que no siempre es obvio. Pero hay señales que te pueden ayudar.

Generalmente es una decisión sabia cuando:

- Ha dado tiempo suficiente (al menos un año completo)
- Ha investigado a fondo la nueva opción
- Tiene claridad sobre por qué la actual no funciona
- El cambio viene de información nueva, no de una mala semana
- Puede explicar su decisión con argumentos, no solo emociones
- Ha consultado con varias personas, no solo actuó por impulso

Generalmente es huir cuando:

- Quiere cambiar cada vez que algo se pone difícil
- No puede explicar qué tiene de malo la carrera actual
- Solo sabe que “no le gusta” pero no sabe qué sí le gustaría
- El patrón se repite (ya cambió antes y quiere volver a cambiar)
- El cambio es para evitar una materia, un profesor, un reto específico
- No ha investigado la nueva opción, solo “suena mejor”

La pregunta clave que puedes hacerle es: ¿estás corriendo HACIA algo o corriendo DE algo?

Correr hacia algo suena así: “Descubrí que mi pasión está en otra área y quiero perseguirla.”

Correr de algo suena así: “Esto está muy difícil y ya no aguento.”

La diferencia es sutil pero importante. Y a veces tu hijo necesita que tú le ayudes a verla.

Ahora, seamos honestos: cambiar de carrera tiene costos reales.

- Los semestres ya cursados (aunque algunas materias se revalidan)
- Más tiempo para graduarse
- Más dinero invertido
- Sus amigos de la carrera actual se van a adelantar

Pero también hay costos por NO cambiar:

- Si se queda en algo que odia, va a ser mediocre
- Va a pasar años sintiéndose miserable
- Va a terminar trabajando en algo que lo drena
- Y probablemente termine cambiando después de todos modos, pero con más años perdidos

La pregunta no es “¿tiene costo cambiar?” Claro que tiene. La pregunta es “¿cuál costo es mayor?”

Y la respuesta a esa pregunta solo la puede dar tu hijo, con tu apoyo pero sin presión.

Cambiar con estrategia es madurez. Cambiar para no enfrentar la realidad es inmadurez.

CUANDO EL PLAN A, B Y C FALLAN

Hay situaciones donde sientes que ya intentaste todo. Apoyo, presión, espacio, consejos, amenazas, incentivos... y nada parece funcionar. Tu hijo sigue perdido, sin rumbo, sin motivación.

Entiendo la frustración. Es agotador. Y a veces te preguntas si estás haciendo algo mal o si simplemente tu hijo “no quiere” cambiar.

Pero necesito que entiendas algo importante: tu hijo todavía está en proceso. Tiene 19, 20, 21 años. Su cerebro literalmente no ha terminado de desarrollarse —la corteza prefrontal, que maneja la toma de decisiones, no madura completamente hasta los 25 años aproximadamente. Su identidad todavía se está formando.

Esto no ha terminado.

Conozco casos de jóvenes que no encontraron su camino hasta los 25, 28, incluso 30 años. Y luego despegaron. Construyeron carreras increíbles, familias sólidas, vidas con propósito. El “retraso” de su juventud no los definió.

Eso no significa que te quedes de brazos cruzados. Significa que no pierdas la esperanza.

Entonces, ¿qué puedes hacer mientras tanto?

Primero, proteger la relación a toda costa. Pase lo que pase, que tu hijo sepa que estás ahí. Esto es lo más importante. Porque el día que despierte —y ese día va a llegar— va a necesitar a alguien que lo apoye. Si destruiste la relación en el proceso, no vas a ser tú.

Segundo, poner límites claros pero con amor. Puedes decir algo como: “Te amo, pero no voy a financiar que no hagas nada. Si no vas a estudiar, necesitas trabajar. Si no vas a trabajar, necesitas ayudar en casa. Pero no vas a estar encerrado en tu cuarto todo el día.” Límites sin amor es crueldad. Amor sin límites es permisividad. Necesitas ambos.

Tercero, considerar ayuda profesional. A veces hay cosas más profundas que no podemos ver: depresión, ansiedad, traumas no procesados. Un profesional puede ayudar donde nosotros no podemos.

Y cuarto, confiar. Si eres una persona de fe, este es momento de soltar el control y confiar en que hay un plan más grande, aunque no lo puedas ver todavía.

Una distinción importante: hay diferencia entre **perseverar con sabiduría e insistir en algo que no funciona**.

Perseverar con sabiduría es ajustar tu estrategia mientras mantienes el objetivo. Es escuchar, observar, y probar enfoques diferentes. Es mantener la relación mientras buscas soluciones.

Insistir en algo que no funciona es repetir lo mismo esperando resultados diferentes. Es presionar más fuerte cuando la presión ya demostró que no sirve. Es sacrificar la relación por ganar la batalla.

Si llevas un año haciendo lo mismo y no hay cambio, probablemente el

que necesita cambiar eres tú. No necesariamente el objetivo, pero sí el método.

LOS ERRORES QUE DESTRUYEN

Antes de seguir, déjame hablarte de los errores más comunes que cometan los padres en estas situaciones. Los he visto repetirse tantas veces que ya puedo predecirlos. Y lo triste es que casi siempre vienen de un lugar de amor —pero un amor mal expresado.

Error 1: Reaccionar con enojo en lugar de curiosidad.

Es natural. Te dan una noticia que no esperabas y lo primero que sale es: “¿Cómo pudiste?” Pero esa pregunta cierra la conversación. Tu hijo se pone a la defensiva y ya no te va a contar nada más.

La alternativa es: “¿Qué pasó? Cuéntame.” Eso abre la puerta. Le dice que quieres entender antes de juzgar.

Error 2: Hacer comparaciones destructivas.

“Tu primo terminó su carrera sin problemas.” “La hija de mi compadre ya es doctora.”

Cada vez que haces esto, le estás diciendo a tu hijo: “No eres suficiente. Otros son mejores que tú.” Cada comparación es una puñalada a su autoestima. Y lo peor es que no motiva —solo hunde.

Error 3: Recordar constantemente la inversión.

“¿Sabes cuánto dinero gastamos en tu carrera?”

Sí, lo sabe. Lo sabe perfectamente. Probablemente lo piensa todos los días. No necesita que se lo recuerdes. Eso no lo va a motivar a cambiar. Lo va a hundir en la culpa y la vergüenza.

Error 4: Tomar la decisión por ellos.

“Te vas a cambiar a Contaduría porque yo lo digo.” “Vas a terminar esa carrera aunque no te guste.”

Esto no funciona. Tal vez logres que obedezca temporalmente, pero el resentimiento que generas va a durar toda la vida. Y probablemente termine haciendo lo que quería de todos modos, solo que años después y con la relación dañada.

Error 5: Retirar el apoyo emocional como castigo.

Este es el más destructivo de todos. Dejar de hablarle. Tratarlo con frialdad. Hacerle sentir que perdió tu amor porque perdió tu aprobación.

Tu hijo puede sobrevivir a un error de carrera. Lo que no puede sobrevivir fácilmente es sentir que dejaste de amarlo por ese error.

Entonces, ¿cómo puedes ser firme sin ser duro?

Puedes decir algo como: “No estoy de acuerdo con lo que pasó. Me preocupa. Me duele. Pero te amo. Eso no cambia. Y vamos a buscar juntos la mejor solución.”

Eso es firmeza con amor. Eso es exactamente lo que tu hijo necesita escuchar en ese momento.

EL AÑO SABÁTICO ESTRATÉGICO

Si tu hijo está en alguno de los tres escenarios que acabamos de ver, tal vez te estés preguntando: ¿hay alguna forma de darle tiempo para clarificar sin que se pierda? ¿Existe una pausa estratégica que no sea simplemente “rendirse”?

Sí. Se llama **año sabático estratégico**.

Especialmente útil para:

- **Escenario A** (dejó y no quiere estudiar): El año sabático puede ser el puente para recuperar confianza... PERO solo si tiene estructura y trabajo real.
- **Escenario B** (terminó pero ejerce otra cosa): Si está considerando estudiar algo diferente, un año sabático le permite explorar antes de invertir otros 4-5 años.
- **Cuando no quedó en el examen de admisión:** En lugar de verlo como fracaso, convertirlo en oportunidad de madurar y prepararse mejor.

Advertencia importante: No todo “año libre” es año sabático. La diferencia está en la intención y la estructura.

LA DIFERENCIA ENTRE PERDER UN AÑO E INVERTIR UN AÑO

Imagínate a una familia donde el hijo no quedó en la UNAM. El papá está furioso. La mamá está preocupada. El hijo se siente fracasado. Y todos lo viven como tragedia.

Les diría esto:

Tu hijo tiene 18 años. Tiene toda la vida por delante. Un año no es nada en el panorama completo. **El problema no es el año. El problema es cómo lo use.**

Si tu hijo pasa el año encerrado en su cuarto, jugando videojuegos, sintiéndose fracasado, esperando el siguiente examen sin hacer nada más... entonces sí, es un año perdido.

Pero si tu hijo usa ese año para trabajar, para ganar experiencia, para madurar, para prepararse mejor, para explorar opciones... entonces no perdió un año. Invirtió un año.

La diferencia no está en el año. Está en lo que hace durante ese año.

Y eso depende de ustedes como familia. Pueden convertir esto en castigo o en oportunidad. Pueden hacerlo sentir como fracasado o como alguien que está tomando un camino diferente pero igual de válido.

La investigación respalda esto. Estudios muestran que estudiantes que difirieron su ingreso a la universidad tuvieron **mejores calificaciones** que quienes entraron directo. El impacto fue más aparente en estudiantes de bajo rendimiento previo.¹

El “atraso” económico es temporal. El crecimiento personal es permanente.

LOS ELEMENTOS DE UN AÑO SABÁTICO ESTRATÉGICO

Si tuviera que diseñar un plan para un joven que no quedó en la universidad, incluiría estos cinco elementos.

i. Trabajo real (mínimo medio tiempo)

No importa qué tipo de trabajo sea —puede ser en una tienda, en un restaurante, en una oficina, ayudando en un negocio familiar. Lo importante es que sea de su interés y que tenga horario fijo, responsabilidades reales, un jefe que le exija, y compañeros con quienes tenga que convivir. ¿Por qué es tan importante? Porque el trabajo enseña cosas que la escuela

¹Birch, E.R. & Miller, P.W. (2007). The influence of type of high school attended on university performance. *Australian Economic Papers*, 46(1), 1-17.

no puede enseñar, como disciplina cuando nadie te está vigilando, tolerancia a la frustración cuando las cosas no salen como quieras, habilidades sociales cuando tienes que tratar con personas difíciles. Y, además, le puede ayudar con su autoestima. Está haciendo algo productivo, ganando su propio dinero, contribuyendo.

Pero aquí hay algo clave que quiero que entiendas: **el objetivo del trabajo no es trabajar ni generar dinero. El objetivo es descubrir.**

Por eso recomiendo que cada mes —o máximo cada tres meses— tengas una conversación con tu hijo sobre cómo le está yendo en el trabajo. No para verificar que esté cumpliendo, sino para preguntarle: “¿Qué estás descubriendo? ¿Te gusta lo que haces? ¿Te ves haciendo algo relacionado con esto en el futuro?”

Si después de un mes descubre que ese trabajo definitivamente no es lo suyo, que lo deje. No importa el “compromiso”. Por eso es medio tiempo —porque el propósito máximo es descubrir, no cumplir con un empleador. Si todavía no está seguro, puede darle uno o dos meses más y volver a evaluar.

Y si resulta que sí le gustó, que descubrió algo que le apasiona, entonces tiene opciones: puede quedarse ahí para seguir aprendiendo, o puede buscar otro trabajo similar en otro lugar para ver la misma industria desde otra perspectiva. No hay nada malo en cambiar de trabajo durante el año sabático. De hecho, es parte del proceso de exploración.

El punto es que el trabajo sea una herramienta para conocerse, no una obligación que cumplir.

Un joven que trabaja con este enfoque durante su año sabático regresa a la universidad con una madurez que no todos sus compañeros tendrán.

Sabe lo que cuesta ganarse la vida. Y más importante: tiene claridad sobre qué le gusta y qué no.

2. Preparación para el siguiente intento

Si el plan es volver a aplicar a la universidad, esa preparación tiene que ser parte del año. No puede ser algo que “luego veo”.

Puede tomar un curso de preparación formal, o estudiar por su cuenta, pero con horario fijo y metas claras. “Los martes y jueves de 4 a 7 estudio para el examen.” No “cuando tenga tiempo”. Porque si no tiene estructura, el tiempo se va a ir volando y de pronto ya es junio y no estudió nada.

3. Exploración activa de opciones

Si parte del problema es que no sabe qué estudiar, este es el momento perfecto para investigar de verdad. Tiene tiempo. No tiene la presión de las clases.

Puede hacer lo que recomendé en el capítulo anterior: entrevistar profesionales, hacer *shadowing* (pasar un día siguiendo a alguien en su trabajo), tomar cursos introductorios en línea, visitar universidades. Tiene un año completo para conocerse mejor y conocer las opciones.

4. Fecha de regreso clara y no negociable

El año sabático tiene que tener fin. “En agosto del próximo año voy a estar inscrito en alguna universidad.” Esa fecha se establece desde el principio y no se negocia.

Sin fecha de regreso, el año sabático se convierte en dos años, luego en tres, y de pronto ya pasaron cinco años y sigue “encontrándose a sí mismo”. La fecha crea urgencia, la urgencia crea acción y la acción crea resultados.

5. Seguimiento semanal con los papás

No estoy hablando de control ni de interrogatorios. Estoy hablando de acompañamiento. Una conversación semanal donde preguntas: “¿Cómo te fue esta semana? ¿Qué aprendiste? ¿Cómo vas con tu plan?”

Esto hace dos cosas: le demuestra que te importa, y le ayuda a mantenerse enfocado. Saber que alguien va a preguntar crea responsabilidad.

Un estudiante que tomó un año sabático exitoso lo describe así: “Debes tener un punto de inicio y un punto final fijo para mantenerte en el camino. Encuentra las piezas del rompecabezas para construir el año sabático, y ten una meta y fecha de cuando planeas terminarlo. Siempre planea 2 pasos adelante para asegurar que nunca quedes en una situación donde no sabes qué hacer.”²

Lo peor que puede pasar es que el año no tenga estructura. Ahí es donde se convierte en año perdido.

CUÁNDO NO ES RECOMENDABLE

Ahora, seamos honestos: el año sabático no es para todos. Y es importante que lo sepas antes de proponerlo como solución.

No lo recomiendo cuando hay falta total de estructura o disciplina. Si tu hijo históricamente no puede organizarse solo, si necesita que alguien esté encima de él para que haga las cosas, un año “libre” va a ser un desastre. Va a pasar los días sin hacer nada productivo, y al final del año va a estar peor que al principio: más atrasado, menos confiado, y con un año de malos hábitos encima.

²Silva, D. (2021). *The Impact of Gap Years on Personal & Career Related Growth*. Nova School of Business and Economics.

No lo recomiendo cuando hay historia de evasión constante. Si el patrón de tu hijo es evitar todo lo que se pone difícil —cambiar de actividad cuando hay reto, dejar las cosas a medias, huir de la incomodidad— entonces el año sabático probablemente va a ser otra forma de evasión. No va a usarlo para crecer. Va a usarlo para esconderse.

No lo recomiendo cuando hay cero disposición a trabajar o responsabilizarse. Si cuando le planteas la idea del año sabático su respuesta es “¡qué bien, un año de vacaciones!”, ahí tienes tu respuesta. No está listo. No es año sabático lo que necesita. Es primero un cambio de mentalidad.

Y no lo recomiendo cuando se va a usar como excusa para no enfrentar la realidad. A veces los jóvenes (y los papás) usan el año sabático como una forma de posponer decisiones difíciles. “No sé qué estudiar, mejor me tomo un año.” Pero si ese año no tiene estructura ni intención, no va a resolver nada. Solo va a retrasar el problema.

La investigación es clara: “Un año sabático sin estructura y sin objetivos predeterminados NO facilita el crecimiento personal ni la adquisición de habilidades.”³

Un año sabático sin propósito no aclara nada. Solo pospone el problema.

Entonces, ¿cuál es la clave? La diferencia entre un año sabático que transforma y uno que destruye se reduce a esto: estructura, trabajo real, fecha de regreso clara, y padres que acompañan sin controlar.

Y eso nos lleva al tema más importante de este capítulo: tu rol como padre

³Rabie, S. & Naidoo, A.V. (2016). *The Value of the Gap Year in the Facilitation of Career Adaptability*. South African Journal of Higher Education.

en todo este proceso.

TU ROL CAMBIA PERO NO DESAPARECE

Llegamos a algo fundamental. Porque todo lo que hablamos antes —los escenarios difíciles, el año sabático, las decisiones complicadas— todo eso requiere algo de ti como padre:

Que cambies la forma en que estás presente. Pero que no desaparezcas.

DE PROTECTOR A MENTOR-ACOMPAÑANTE

Durante 18 años fuiste protector. Tu trabajo era cuidarlo, proveer, decidir por él cuando no podía decidir solo. Y estuvo bien. Era tu trabajo.

Pero ahora tu hijo está entrando a una etapa diferente. Ya no necesita que decidas por él. Pero tampoco necesita que desaparezcas del mapa.

Soltar significa darle espacio para tomar sus propias decisiones y enfrentar las consecuencias.

Abandonar significa desaparecer del mapa emocional.

La diferencia es enorme.

Es común escuchar a padres decir: “Ya está en la universidad, ya es adulto, que se las arregle.” Y literalmente desaparecen. Dejan de preguntar. Dejan de estar disponibles. Se enfocan en su trabajo, en sus cosas, y asumen que su trabajo como padre ya terminó.

El problema es que el hijo sigue necesitando a alguien. No necesita que le resuelvan la vida, pero sí necesita saber que hay alguien al otro lado del

teléfono cuando las cosas se ponen difíciles.

Las consecuencias de ese abandono son reales: jóvenes que reprueban semestres enteros y no le dicen a nadie porque sienten que “ya no es asunto de sus papás”. Jóvenes que caen en depresión y no piden ayuda porque aprendieron que ahora tienen que “arreglárselas solos”. Jóvenes que toman decisiones complicadas —dejar la carrera, meterse en problemas, relaciones destructivas— sin consultar a nadie porque sienten que ya no tienen derecho a pedir consejo.

Soltar es darle espacio para decidir. Abandonar es quitarle el piso emocional donde aterrizar cuando se equivoca.

Piénsalo como cuando le enseñaste a andar en bicicleta. Al principio lo sostenías. Luego corrías a su lado. Luego lo soltaste pero seguías ahí cerca, viéndolo. Y cuando se cayó —porque se cayó— no le gritaste “¡te dije que tuvieras cuidado！”, sino que lo ayudaste a levantarse y le dijiste “otra vez, ya casi”.

En la universidad es lo mismo. Ya no lo sostienes. Ya no corres a su lado todo el tiempo. Pero sigues ahí. Sigues viéndolo. Y cuando se cae, estás disponible.

Tu hijo no necesita que lo sueltes. Necesita que cambies la FORMA en que lo sostienes.

EL ABANDONO ELEGANTE: EL ERROR MODERNO

Hay un error muy común entre padres de esta generación. Vienen de una infancia donde sus propios padres fueron demasiado controladores. Entonces se van al extremo opuesto: desaparecen.

Lo llamo “el abandono elegante”. Suena a libertad. Suena a respeto. Pero en realidad es abandono.

“Ya eres grande, tú sabrás.”

“Es tu vida, haz lo que quieras.”

“Yo ya no me meto.”

¿Por qué algunos padres pasan de “controlar todo” a “desaparecer”?

Cansancio. Después de 18 años de estar encima de todo —tareas, escuela, actividades, problemas— el papá está agotado. Y cuando el hijo llega a la universidad, siente que “ya terminó su turno”.

Confusión sobre el rol. No sabe cómo ser papá de un adulto joven. Sabe ser papá de un niño (proteger, proveer, decidir). Pero no sabe cómo acompañar sin controlar. Entonces prefiere retirarse.

Miedo a estorbar. Algunos papás tienen miedo de ser “ese papá” que no suelta. Entonces se van al otro extremo.

Respuesta al rechazo. Si el hijo adolescente lo rechazó, lo ignoró, le dijo que no se metiera... el papá se cansa de insistir. Y cuando llega la universidad, dice “ya no me necesita” y se retira.

Ninguna de estas razones justifica el abandono. El hijo todavía necesita presencia. Solo necesita una presencia diferente.

La investigación respalda esto. Un estudio encontró que las familias de estudiantes universitarios estuvieron **activamente involucradas** en las decisiones importantes de sus hijos, sugiriendo que “la educación sobre opciones debe extenderse más allá de los estudiantes hacia sus padres”.

Los padres no son observadores pasivos. Son **co-decisores**.⁴

CÓMO ACOMPAÑAR SIN INTERROGAR

Antes (control):

- Llamar todos los días para verificar que hizo la tarea
- Pedir ver sus calificaciones constantemente
- Decidir qué materias debe tomar
- Resolver sus problemas por él

Ahora (acompañamiento):

- Llamar una o dos veces por semana para platicar, no para interro-gar
- Preguntarle cómo le fue, no qué calificación sacó
- Darle tu opinión cuando la pida, pero dejarlo decidir
- Cuando tenga un problema, preguntarle “¿qué vas a hacer?” antes de ofrecer soluciones

Acciones concretas:

- Preguntarle sobre sus amigos, sus maestros, su vida. No solo sobre calificaciones.
- Estar disponible. Que sepa que puede llamarte a las 11 de la noche si lo necesita.
- Visitarlo de vez en cuando si está fuera de casa. Llevarle comida. Pasar tiempo con él sin agenda.
- Cuando te cuente un problema, preguntarle primero “¿qué pien-

⁴Hammitt, H.M. (2024). *Democratizing the Gap Year Option at the Community College Level*. Bradley University.

sas hacer?” antes de darle tu opinión.

Sostener diferente significa: estoy aquí, te veo, me importas, confío en ti, y si me necesitas, aquí estoy.

TU HIJO NO ES TU PROYECTO

Llegamos al cierre de este capítulo. Y necesito decirte algo que tal vez no quieras escuchar.

Tu hijo no es tu proyecto.

No es la extensión de tus sueños. No es la segunda oportunidad para hacer lo que tú no pudiste. No es el trofeo que exhibes en reuniones familiares.

Es una persona. Con su propio camino. Con sus propios errores. Con su propia vida.

SOLTAR EL RESULTADO, NO AL HIJO

Hay una línea muy delgada entre “querer lo mejor para tu hijo” y “querer que tu hijo cumpla tus expectativas”.

Y siendo honesto, todos los papás la cruzamos en algún momento.

Señales de que estás enfocado en TUS expectativas:

- Te importa mucho “qué van a decir” cuando pregunten qué estudió tu hijo
- Sientes vergüenza de contar que tu hijo dejó la carrera o cambió de planes
- Comparas constantemente a tu hijo con hijos de otros
- Te frustra que no quiera la carrera que tú querías para él

- Sientes que su decisión te afecta a TI personalmente
- Usas frases como “después de todo lo que hice por ti...”

Señales de que estás enfocado en SU bienestar:

- Te interesa más que sea feliz que exitoso según tus estándares
- Puedes soltar tu visión de lo que “debería” ser
- Lo apoyas incluso cuando no estás de acuerdo
- No te importa explicar a otros que tu hijo “está encontrando su camino”
- Celebras sus victorias aunque sean en áreas que no te interesan a ti
- Tu amor no cambia según su desempeño

Soltar el resultado significa:

- Aceptar que su vida es SU vida, no la tuya
- Confiar en que encontrará su camino, aunque sea diferente al que imaginaste
- Dejar de presionar para que sea lo que TÚ quieras que sea
- Hacer las paces con la posibilidad de que no sea médico, abogado, ingeniero
- Encontrar tu valor como padre en otra cosa que no sea el “éxito” de tu hijo

No soltar al hijo significa:

- Seguir presente, disponible, conectado
- Mostrar interés genuino en su vida
- Celebrar sus victorias aunque sean pequeñas
- Estar ahí cuando falla sin decir “te lo dije”

- Mantener la puerta abierta siempre

Es paradójico, pero entre más sueltas el resultado, más tu hijo quiere acercarse a ti. Y entre más presionas, más se aleja.

EL MENSAJE DE ESPERANZA

Tu hijo no está roto. Está en proceso.

Todos los problemas que describimos en este capítulo —crisis, cambios de carrera, años difíciles, decisiones equivocadas— son parte del proceso de convertirse en adulto.

No significa que algo esté mal con tu hijo. Significa que está creciendo. Y crecer duele.

Tu trabajo como padre no es evitarle el dolor. Es acompañarlo mientras lo atraviesa.

Y aquí está la esperanza: **los jóvenes que pasan por estas crisis con el apoyo de sus padres salen más fuertes**. Aprenden a levantarse. Aprenden que pueden fallar y no morir. Aprenden que hay alguien que los ama sin importar qué.

Eso es mucho más valioso que cualquier carrera o título.

RETO DEL CAPÍTULO

Este reto es diferente a los anteriores. No es sobre investigar carreras ni hacer tests. Es sobre ti como padre.

Paso 1: Autoevaluación honesta

Antes de poder acompañar bien a tu hijo, necesitas ver dónde estás tú.
Contesta con honestidad:

- ¿Cuándo fue la última vez que platicué con mi hijo sin hablar de calificaciones, carrera o dinero?
- ¿Mi hijo sabe que puede llamarme cuando tiene un problema sin que yo lo juzgue?
- ¿He dicho o hecho algo que haga sentir a mi hijo que mi amor depende de su desempeño?
- ¿Qué tanto me importa “qué van a decir” sobre las decisiones de mi hijo?
- ¿Estoy más enfocado en que sea exitoso o en que sea feliz?
- ¿Qué imagen del trabajo le he transmitido a mi hijo con mi ejemplo? ¿Me ha visto disfrutar lo que hago, o solo quejándose y contando los días para el viernes?

Paso 2: Plan de acompañamiento continuo

No para vigilar. Para caminar juntos.

Semanalmente:

- Una llamada o mensaje que no sea para “verificar” sino para conectar
- Pregunta abierta: “¿Qué fue lo más interesante de tu semana?”
- Si menciona un problema, primero pregunta: “¿Qué piensas hacer?”

Mensualmente:

- Una conversación más profunda sobre cómo se siente, no solo qué

hace

- Si es posible, una comida juntos sin agenda

Si surge una crisis:

- Respira antes de reaccionar
- Escucha primero, opina después
- Separa el problema de la persona
- Recuerda: tu objetivo es mantener la relación, no ganar la discusión

Paso 3: Reflexión personal

Contesta por escrito, para ti:

1. ¿Estoy soltando el resultado o soltando a mi hijo?
2. ¿Qué versión de padre está viendo mi hijo en este momento?
3. Si mi hijo cometiera un error grave mañana, ¿sabría que puede acudir a mí sin miedo?
4. ¿Hay algo que necesito pedirle perdón por haberle dicho o hecho?

Compromiso:

Esta semana voy a tener una conversación con mi hijo donde le diga: “Estoy aquí para ti. No para juzgarte ni para controlarte. Para acompañarte. Y si te caes, voy a estar ahí para ayudarte a levantarte.”

No tiene que ser exactamente esas palabras. Pero que el mensaje llegue claro.

Después de todo lo que hablamos sobre carreras, universidades, decisiones y crisis... muchos padres van a descubrir algo incómodo.

El problema ya no es la carrera de su hijo.

El problema es más profundo.

Es la pregunta de: ¿qué estoy construyendo yo con mi vida? ¿Para qué estoy aquí? ¿Cuál es mi propósito?

Porque cuando tu hijo ya no te necesita para tomar decisiones, te quedas frente a ti mismo. Y si tu sentido de valor dependía de ser “el papá que guía”, ahora tienes un vacío.

Ese vacío no lo llena ninguna carrera. Ni la de tu hijo, ni la tuya.

En el siguiente capítulo vamos a hablar de algo que va más allá de la orientación vocacional. Vamos a hablar de lo que realmente importa: formar hijos para la vida... y para la eternidad. Porque la carrera se elige una vez. Pero el propósito se vive todos los días.

VII

El mentor permanente

Si llegaste hasta aquí buscando la fórmula perfecta para que tu hijo elija bien su carrera, tengo que decirte algo que tal vez no quieras escuchar.

Elegir bien la carrera nunca fue el punto.

Hemos caminado juntos seis capítulos. Te mostré que la persona define el destino, no la carrera. Que el carácter es lo que garantiza el éxito. Que los talentos deben nombrarse para valorarse. Que el mundo premia el valor que aportas, no tus ganas. Que elegir es un proceso, no un evento. Y que tu rol como padre no termina cuando tu hijo entra a la universidad.

Todo eso es cierto. Todo eso importa.

Pero si crees que con eso ya tienes todo resuelto, te falta lo más importante.

Porque la pregunta más difícil no es: “¿Qué va a estudiar mi hijo?”

La pregunta más difícil es: **¿Para qué?**

¿Para ganar dinero? ¿Para tener estatus? ¿Para no quedarse atrás? ¿Para que tú puedas decir con orgullo lo que estudia en las reuniones familiares?

¿O para algo más?

EL VACÍO QUE NINGUNA CARRERA LLENA

Si aplicaste lo que vimos en los capítulos anteriores, ahora tienes un hijo con fortalezas identificadas, un contexto profesional entendido, una decisión más informada, y herramientas para navegar las crisis.

Es más de lo que la mayoría de los padres logran.

Pero si eso fuera todo, este libro sería una trampa sofisticada. Te habría dado herramientas para optimizar algo que, al final, no puede darte lo que más importa.

Las carreras son temporales.

Los mercados cambian. Las profesiones mueren. Lo que hoy es “carrera del futuro” mañana será obsoleto. La inteligencia artificial ya está transformando industrias enteras. Trabajos que parecían seguros para toda la vida están desapareciendo.

Si la carrera fuera el fin último, bastaría con elegir bien una vez. Pero la vida exige decisiones una y otra vez. Y las decisiones más importantes no son sobre el trabajo.

Son sobre quién eres cuando nadie te está viendo.

Son sobre qué haces cuando las cosas no salen como esperabas.

Son sobre en qué fundamentas tu valor como persona.

Viktor Frankl, psiquiatra austriaco que sobrevivió a cuatro campos de concentración nazis, lo descubrió en las circunstancias más extremas imaginables:

“La primera fuerza motivadora del hombre no es la búsqueda

da de placer ni la búsqueda de poder. Es la búsqueda de sentido.”¹

Y el sentido no viene de la carrera.

PERSONAS EXITOSAS, VIDAS VACÍAS

He conocido a personas con “el trabajo soñado” profundamente vacías. Profesionales que “lo lograron” —el título, el sueldo, el reconocimiento— pero que viven en un estado de tedio existencial que no pueden explicar.

Frankl documentó esto con datos. En sus investigaciones, encontró que **el 55 % de las personas admitía haber sufrido, en mayor o menor grado, una situación de vacío existencial.** Más de la mitad había experimentado en algún momento la pérdida del sentido de la vida.

Y eso fue hace décadas. Hoy, con más opciones, más información, más “oportunidades” que nunca... el vacío es peor.

¿Por qué?

Porque hemos comprado una mentira: **que la realización viene del hacer, no del ser.**

Timothy Keller, pastor en Nueva York y autor de varios libros sobre fe y trabajo, lo explica usando una historia de Tolkien sobre un pintor llamado Niggle que pasó toda su vida tratando de completar un árbol que nunca pudo terminar:

¹Frankl, V. (1946). *El hombre en busca de sentido*. Herder.

“En realidad —todos somos Niggle. Todos imaginamos lograr cosas, y todos nos encontramos incapaces de producirlas. Todos queremos ser exitosos en lugar de ser olvidados. Pero eso está más allá del control de cualquiera de nosotros.”²

Y luego viene la frase que debería hacerte pausar:

“Si esta vida es todo lo que hay, entonces eventualmente todo se quemará en la muerte del sol y nadie estará ni siquiera presente para recordar nada de lo que haya sucedido. Todos serán olvidados. A menos que haya un Dios.”

A menos que haya un Dios.

C.S. Lewis, el brillante profesor de Oxford que pasó de ser ateo a convertirse en uno de los pensadores cristianos más influyentes del siglo XX, lo dijo de otra manera:

“Los seres humanos son como máquinas diseñadas para funcionar con Dios mismo. Así como un coche necesita gasolina para funcionar, los humanos requieren una relación con Dios para alcanzar la verdadera felicidad y propósito. Intentar encontrar alegría fuera de Dios es vano.”³

Un carro no funciona con agua, aunque el agua sea buena. Un humano no funciona con éxito profesional, aunque el éxito profesional no sea malo.

²Keller, T. (2012). *Every Good Endeavor*. Dutton.

³Lewis, C.S. (1952). *Mero cristianismo*. Rayo.

El problema no es elegir mal la carrera. El problema es pedirle a la carrera lo que solo Dios puede dar: identidad, propósito, y sentido de valor que no dependa de lo que produces.

Jesús lo dijo hace dos mil años, y sigue siendo la pregunta más incómoda que un padre exitoso puede escuchar:

“¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” (Mateo 16:26)

¿De qué le sirve a tu hijo tener la carrera perfecta si no sabe quién es?
¿De qué le sirve el éxito profesional si su vida no tiene sentido más allá de su currículum?

Todo lo que hemos visto —carácter, fortalezas, valor, contexto— era para la VIDA, no solo para la universidad.

Y la vida no se mide en títulos ni en salarios.

DIOS NO COMPITE CON LA VOCACIÓN: LA ORDENA

Tal vez estés pensando: “Espera, ¿entonces todo lo que leí no sirve de nada? ¿Los seis capítulos anteriores fueron una pérdida de tiempo?”

No. Para nada.

Pero necesitas entender algo crucial: **Dios no anula el trabajo. Le da sentido.**

El trabajo fue idea de Dios. Antes de la caída, antes del pecado, Dios puso al hombre en un jardín *para que lo trabajara*. El trabajo no es maldición.

Es parte del diseño original.

Keller lo explica así:

“El trabajo es tan fundamental para nuestra constitución que es una de las pocas cosas que podemos tomar en dosis significativas sin daño. El trabajo tiene dignidad porque es algo que Dios hace y porque lo hacemos en el lugar de Dios, como sus representantes.”

El problema no es el trabajo. El problema es lo que hacemos CON el trabajo.

TRABAJO SIN DIOS = ÍDOLO

Cuando no tenemos a Dios como fundamento, el trabajo se convierte en algo que nunca fue diseñado para ser: nuestra fuente de identidad.

Frankl observó este patrón en sus pacientes:

“A veces la frustración de la voluntad de sentido se compensa con la voluntad de poder en su expresión más burda: el deseo de tener dinero. En otras ocasiones el vacío de la voluntad de sentido se llena con la voluntad de placer.”

¿Lo ves? Cuando no tenemos sentido verdadero, buscamos sustitutos: dinero, placer, poder, estatus.

Keller lo llama idolatría:

“Cuando no creemos que Dios nos acepta plenamente en Cristo, y buscamos alguna otra forma de justificarnos o probarnos a nosotros mismos, cometemos idolatría.”

Y Lewis identifica la raíz de todo esto:

“El orgullo es un cáncer espiritual: devora la posibilidad misma de amar, de sentir satisfacción o incluso de tener sentido común.”

El trabajo se vuelve tóxico cuando lo usamos para probarnos a nosotros mismos, para “hacernos un nombre”, para demostrar que valemos.

TRABAJO CON DIOS = SERVICIO

Pero cuando Dios está en el centro, todo cambia.

Ya no trabajamos PARA probar nuestro valor. Trabajamos DESDE nuestro valor ya establecido.

Keller lo describe así:

“Puesto que ya tenemos en Cristo las cosas por las que otras personas trabajan —salvación, autoestima, buena conciencia y paz— ahora podemos trabajar simplemente para amar a Dios y a nuestros prójimos.”

Cuando sabes quién eres en Dios, ya no necesitas que tu trabajo te defina. Puedes trabajar sin ansiedad. Puedes fallar sin que se derrumbe tu identidad. Puedes servir sin esperar reconocimiento.

Ahora vuelve a mirar los capítulos anteriores, pero con nuevos ojos:

- **Desarrollar fortalezas** — Sin Dios: herramienta para destacar y presumir. Con Dios: capacidad para servir mejor.

- **Formar carácter** — Sin Dios: estrategia para el éxito. Con Dios: reflejo de Cristo en ti.
- **Aportar valor** — Sin Dios: mérito personal que acumulas. Con Dios: mayordomía de lo que Él te dio.
- **Elegir con propósito** — Sin Dios: optimización de tu vida. Con Dios: respuesta a un llamado.

Lutero, el reformador, tenía una frase que Keller cita:

“Dios ordeña las vacas a través de la vocación de las lecheras.”

Dios trabaja a través de ti. Tu trabajo —sea cual sea— es una de las formas en que Él cuida del mundo.

La vocación no es quién eres. Es una de las formas en las que sirves. Tu identidad viene de Dios, no de tu trabajo.

EL PADRE COMO MENTOR ESPIRITUAL

Ahora viene la parte incómoda.

Porque si todo esto es cierto —si la carrera no es el fin último, si el trabajo sin Dios es ídolo, si la identidad verdadera solo viene de Dios— entonces tu rol como padre es mucho más grande de lo que pensabas.

No eres solo un orientador vocacional de tu hijo. Eres su primer modelo de lo que significa vivir con propósito trascendente.

No se trata de:

- Imponer tu fe a la fuerza
- Dar sermones cada vez que puedes

- Forzar prácticas religiosas
- Usar la culpa como herramienta

Nada de eso funciona. Y probablemente ya lo sabes.

Se trata de:

- Modelar una vida rendida — que tu hijo vea que tú también luchas, pero que en medio de la lucha hay un ancla
- Mostrar congruencia — que lo que dices en domingo se refleje el lunes
- Vivir con propósito trascendente — que tu vida comunique que hay algo más grande que el éxito

Frankl lo descubrió en los campos de concentración:

“Los supervivientes de los campos aún recordamos a los hombres que iban a los barracones a consolar a los demás, ofreciéndoles su único mendrugo de pan. Quizá no fueron muchos, pero esos pocos son una muestra irrefutable de que al hombre se le puede arrebatar todo, salvo una cosa: la libertad humana —la libre elección de la acción personal ante las circunstancias— para elegir el propio camino.”

Esos hombres modelaron algo. Con su vida, no con sus palabras.

Tus hijos no aprenderán a confiar en Dios por lo que les digas, sino por cómo tú enfrentas la vida cuando las cosas no salen como esperabas.

LAS PREGUNTAS QUE TU VIDA RESPONDE

Tu hijo te observa. Quizás no te lo dice, pero te observa. Y tu vida responde preguntas que tus palabras nunca podrán.

Cuando pierdes, ¿cómo reaccionas?

¿Tu hijo ve fe o ve desesperación? ¿Ve paz o ve pánico? ¿Ve a alguien anclado o a alguien que se derrumba?

Cuando tienes éxito, ¿a quién lo atribuyes?

¿Tu hijo ve humildad o soberbia? ¿Ve gratitud o autosuficiencia? ¿Ve a alguien que reconoce a Dios o a alguien que se cree merecedor de todo?

Cuando debes elegir entre dinero y principios, ¿qué eliges?

¿Tu hijo ve integridad o conveniencia? ¿Ve coherencia o hipocresía? ¿Ve a alguien dispuesto a pagar el precio de sus convicciones?

Lewis fue directo:

“El bien y el mal ambos aumentan a interés compuesto. Por eso, las pequeñas decisiones que tú y yo tomamos cada día son de una importancia infinita.”

Cada pequeña decisión tuya está formando la idea que tu hijo tiene de lo que significa vivir.

EL AMOR QUE CAPACITA

Frankl descubrió algo hermoso sobre el amor:

“El amor es la única vía para llegar a lo más profundo de la personalidad de un hombre. Nadie conoce la esencia de otro ser humano si no lo ama. Mediante el amor, la persona que ama capacita al amado a actualizar sus posibilidades ocultas.”

¿Escuchaste eso? **El amor capacita al otro a actualizar sus posibilidades.**

Tu amor por tu hijo no solo lo consuela. Lo capacita. Lo habilita. Lo libera para convertirse en quien fue diseñado para ser.

No lo controlas. No lo manipulas. No lo presionas.

Lo amas. Y al amarlo, le das la seguridad para explorar, fallar, levantarse, y descubrir su propio camino con Dios.

EL VERDADERO ÉXITO

Entonces, ¿qué es el éxito real?

Si no es el título universitario... si no es el salario... si no es el prestigio... si no es la carrera “correcta”...

¿Qué es?

Lo que el éxito NO es:

- Ingresos altos — Hay personas ricas miserables y personas modestas profundamente realizadas.
- Prestigio social — La opinión de los demás es arena movediza; construir sobre ella es garantía de ansiedad.

- Títulos acumulados — Los diplomas no te acompañan al final de tu vida.
- Reconocimiento público — La fama es efímera y vacía.

Frankl preguntó a sus estudiantes qué era más importante para ellos. El resultado fue demoledor para la narrativa del éxito moderno:

“El 78 % dijo que su objetivo primordial era encontrar sentido y finalidad a su vida. Solo el 16 % respondió: ‘Ganar mucho dinero’.”

Los jóvenes no quieren dinero. Quieren sentido. Y nosotros, los padres, a veces les ofrecemos carreras que prometen dinero pero no pueden dar sentido.

Lo que el éxito SÍ es:

- Decidir bien bajo presión — cuando nadie te ve, cuando es difícil, cuando cuesta.
- Levantarse después de fallar — porque el fracaso no es el final; abandonar sí lo es.
- Vivir con propósito eterno — sabiendo que tus acciones tienen eco más allá de tu vida.
- Conocer a Dios y hacerlo conocer — porque al final, es lo único que permanece.

Lewis lo resumió con una paradoja que desafía todo lo que el mundo enseña:

“Apunta al Cielo y recibirás la Tierra como añadido: apunta a la Tierra y no obtendrás ninguna.”

Los que viven para lo eterno terminan impactando lo temporal. Los que viven solo para lo temporal terminan perdiendo ambos.

LA HISTORIA COMPLETA DE NIGGLE

¿Recuerdas a Niggle, el pintor que nunca pudo terminar su árbol?

Tolkien no termina la historia con la frustración. Después de la muerte de Niggle, algo extraordinario sucede. Niggle viaja a las montañas del país celestial y descubre algo:

“Ante él estaba el Árbol, su Árbol, terminado; sus hojas abriéndose, sus ramas creciendo y doblándose con el viento que Niggle había sentido y adivinado tantas veces, y que sin embargo tantas veces no había logrado capturar. Él contempló el Árbol, y lentamente levantó sus brazos y los abrió. ‘¡Es un regalo!’ dijo.”

El trabajo incompleto de esta vida se completa en la eternidad.

Nada se pierde. Nada es en vano. Ni siquiera los esfuerzos que parecen fracasar.

Pero esto solo es verdad si hay un Dios. Si hay eternidad. Si hay algo más allá de esta vida.

Y esa es la perspectiva que necesitas darle a tu hijo. No solo herramientas para elegir carrera. Sino un marco para entender la vida entera.

Frankl citaba a Nietzsche con frecuencia:

“Quien tiene un porqué para vivir puede soportar casi cualquier cómo.”

Tu hijo enfrentará momentos difíciles. Fracasos. Decepciones. Carreras que no funcionan. Trabajos que agotan. Sueños que se rompen. Si su único “porqué” es el éxito profesional, se derrumbará. Pero si su “porqué” es más grande —si está anclado en algo que no cambia, en Alguien que no falla— entonces podrá soportar cualquier “cómo”.

Una vida ordinaria con Dios es infinitamente más valiosa que una vida extraordinaria sin Él.

Porque lo ordinario con Dios tiene eco eterno.

Lo extraordinario sin Él se apaga cuando termina tu vida.

TU LEGADO REAL

Hemos llegado al final.

No del camino de tu hijo —ese apenas comienza.

Sino del camino de este libro.

Quiero dejarte con algo personal.

He pasado años acompañando a familias en este proceso. He visto padres angustiados por la carrera de sus hijos. He visto hijos presionados, confundidos, perdidos.

Y he visto algo más: he visto padres que, al final del proceso, descubren que la pregunta nunca fue sobre la carrera de su hijo. La pregunta era

sobre ellos mismos.

Sobre su propio sentido de vida.

Sobre su propia relación con Dios.

Sobre su propio legado.

¿Qué vas a dejar?

No me refiero a herencia material. Eso se gasta.

Me refiero a lo que tu hijo recordará de ti cuando tú ya no estés.

¿Recordará a alguien obsesionado con el estatus?

¿O a alguien que vivía con propósito?

¿Recordará a alguien que medía el éxito en pesos?

¿O a alguien que medía el éxito en integridad?

¿Recordará a alguien que le presionó para “llegar lejos”?

¿O a alguien que le amó tal como era y le señaló hacia algo más grande?

Frankl, sobreviviente del Holocausto, perdió a su esposa, a sus padres, a su hermano. Perdió todo. Pero escribió:

“En los campos de concentración, en aquel laboratorio vivo, observamos y fuimos testigos de la actitud de nuestros compañeros: mientras unos se comportaron como cerdos, otros lo hicieron como santos. El hombre goza de ambas potencialidades.”

Ambas potencialidades. En ti. En tu hijo.

La pregunta no es qué carrera elegirá.

La pregunta es: **¿qué clase de persona será cuando la vida lo ponga a prueba?**

Y la respuesta a esa pregunta se forma ahora. En tu hogar. Con tu ejemplo.

La carrera se elige una vez.

El carácter se forma todos los días.

Y el propósito solo se encuentra cuando la vida se vive delante de Dios.

RETO DEL CAPÍTULO

Este capítulo no tiene tareas técnicas. No hay listas que completar ni ejercicios que hacer.

Solo tiene preguntas.

Preguntas que no se responden con palabras, sino con tu vida.

1. ¿Estoy formando a mi hijo para verse exitoso... o para ser íntegro?

Hay una diferencia. El éxito se puede fingir. La integridad, no.

2. ¿Qué versión de Dios ve mi hijo en mi forma de trabajar, decidir y fallar?

Tu vida predica un sermón todos los días. ¿Qué está diciendo?

3. ¿Estoy más preocupado por su futuro profesional que por su eternidad?

Es una pregunta incómoda. Pero necesitas responderla con honestidad.

4. Si mi hijo copiara mi relación con Dios, ¿qué clase de vida espiritual tendría?

Los hijos imitan. ¿Qué está imitando el tuyo?

No respondas estas preguntas con palabras.

Respóndelas con tu vida.

Con esperanza y gratitud,

Gastón Santos G.

Tijuana, México

Enero, 2026

Bibliografía

- [Cloo6] Henry CLOUD. *Integridad: El coraje para enfrentar las demandas de la realidad*. Español. Nueva York: HarperBusiness, 2006.
Obra sobre los principios del carácter que predicen el éxito profesional. Utilizada en el capítulo 2 para desarrollar los tres principios fundamentales: competencia, relaciones y resolución de problemas.
- [BMo7] E. R. BIRCH y P. W. MILLER. “The influence of type of high school attended on university performance”. En: *Australian Economic Papers* 46.1 (2007), págs. 1-17.
- [Rato7] Tom RATH. *StrengthsFinder 2.0*. Inglés. Nueva York: Gallup Press, 2007.
Guía práctica para identificar y desarrollar fortalezas personales basada en la evaluación CliftonStrengths de Gallup. Utilizada en el capítulo 3 para el marco de los 34 talentos y la fórmula Talento × Inversión = Fortaleza.
- [Coro8] Nuria CORTADA DE KOHAN. *El profesor y la orientación vocacional*. Español. 2.ª. México: Editorial Trillas, 2008.
Referencia fundamental sobre el rol del docente en la orientación vocacional de adolescentes. Utilizada en los capítulos 1 y 2 para fundamentar conceptos sobre la elección de carrera y los estereotipos profesionales.
- [TSo8] Richard H. THALER y Cass R. SUNSTEIN. *Nudge: Un pequeño empujón*. Español. Taurus, 2008.
- [RNi6] Soraya RABIE y Anthony V. NAIDOO. “The value of the gap year in the facilitation of career adaptability”. En: *South African Journal of Higher Education* 30.3 (2016), págs. 163-177.

- [GM17] Héctor GARCÍA y Francesc MIRALLES. *Ikigai: The Japanese Secret to a Long and Happy Life*. Inglés. Penguin Books, 2017.
- [Sil21] Diana SILVA. “The Impact of Gap Years on Personal & Career Related Growth”. Master’s thesis. Nova School of Business y Economics, 2021.
- [Rat22] Tom RATH. *Descubre tus fortalezas 2.0*. Español. Barcelona: Reverté Management, 2022.
Edición en español de StrengthsFinder 2.0. Incluye acceso a la evaluación CliftonStrengths para identificar las cinco fortalezas principales del lector.
- [Ham24] Haley M. HAMMITT. “Democratizing the Gap Year Option at the Community College Level”. Dissertation. Bradley University, 2024.